

PAUL FEVAL

LAS ETAPAS
DE UNA CONVERSION

PEDRO BLOT

TRADUCCION DE

D. ANTONIO DE VALBUENA



MADRID
LIBRERÍA CATÓLICA DE SAN JOSÉ
calle del Arenal, 20
1883



LAS ETAPAS DE UNA CONVERSION

II

PEDRO BLOT

(SEGUNDA RELACION DE JUAN)

$\frac{D}{78} - 4606$
489
6097

84-3

PAUL FEVAL

LAS ETAPAS
DE UNA CONVERSION

PEDRO BLOT

TRADUCCIÓN DE

D. ANTONIO DE VALBUENA



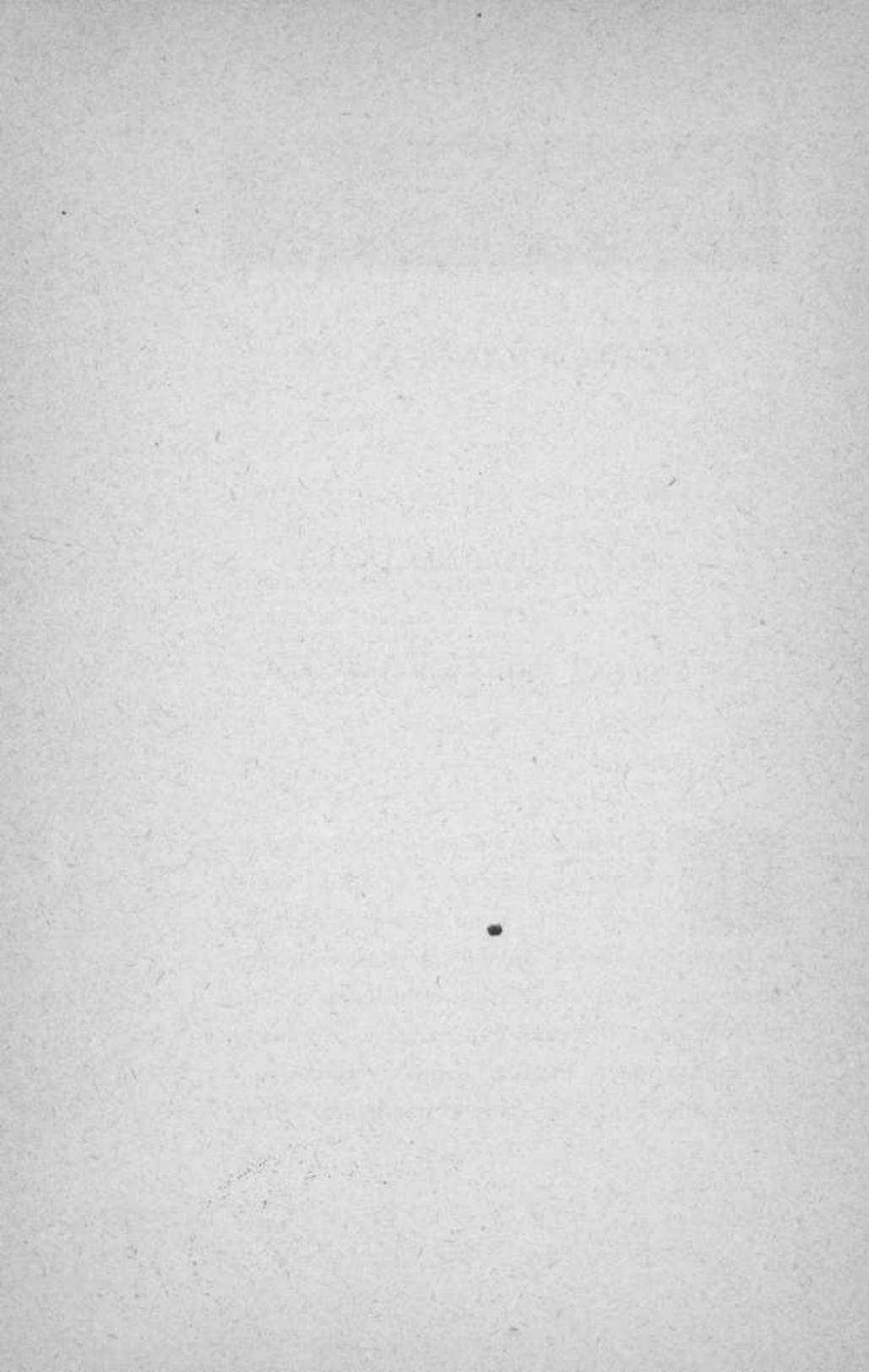
MADRID
IMPRESA DE S. ARRANZ Y COMPAÑÍA
calle de Isabel la Católica, 3
1883

NM 7220
NB 7156
R. 8283 (Munich)

PREFACIO-ANÉCDOTA



LA LIMOSNA DEL SAGRADO CORAZON





PREFACIO-ANÉCDOTA

LA LIMOSNA DEL SAGRADO CORAZON

.....Se levantará sobre la ciudad culpable y castigada como un escarmiento en el sitio de un crimen..... Apartará los peligros del presente y servirá de lección para el porvenir. Monumento de fe, enseñará á nuestros nietos nuestras desdichas, nuestro arrepentimiento y, si Dios quiere, nuestra redencion.

I

JUAN estaba de pié en el alto del acirate. Hubiérasele podido tomar por la estatua de la flacura, si no fuera porque movía los brazos accionando. También accionaba en aquel mismo sitio, en época anterior, el telégrafo antiguo de Montmartre. Después habían hecho allí una torre de yeso, que se llamaba Malakoff ó Solferino, ó no sé qué otra cosa así, pues el tiempo de que voy



á hablar no era el mejor seguramente para retener nombres victoriosos.

A la sazón no había ya nada en aquella cima de París, sino los vestigios de unos terraplenes levantados á toda prisa tres años antes para poner en batería los cañones de la *Commune*. Estábamos á últimos de Julio de 1873.

A lo primero creí que Juan hablaba solo, cosa que le acontecía algunas veces cuando no tenía nadie con quien hablar; pero conforme iba subiendo por la ladera, me fuí convenciendo de que tenía por lo menos un interlocutor, pues oía una voz que respondía á la suya. Una voz alegre y simpática, aunque revelaba cierto cansancio y acaso cierto sufrimiento. En el punto en que comencé á percibir distintamente las palabras, decía:

— Mucha gente viene ya á ver desde que se ha presentado la ley á las Cortes. Parece que la iglesia estará aquí mismo donde estamos nosotros. ¿Ve usted la linterna del Panteón, allá por encima de las torres de Nuestra Señora?

— Sí,—contestó Juan;—es decir..... no nos alabemos: yo no veo más que la niebla; pero sé que deben estar allá las torres y la linterna.

—Pues bien,—continuó la otra voz;—aquí, detrás de V., á la derecha de esas irrisorias fortificaciones

que enviaron á M. Thiers y á sus valerosos ministros hasta Versalles, se colocará el altar mayor, cuya primera grada estará precisamente á la altura de la cruz de Santa Genoveva. Y cuando el sacerdote oficiante se vuelva á decir á los fieles: «El Señor sea con vosotros,» el aliento de su salutación reanimará á todo París, que es, según dicen, el corazon enfermo de Francia.

Juan alargó la mano, sin duda para estrechar otra mano, y noté la emocion de su acento cuando preguntó:

— ¿Ha predicado V. la palabra de Dios, hermano mio?

—No, nunca—le contestaron.—Antes de ser, como soy ahora, una boca inútil en nuestra Orden, enseñaba á leer á los niños de los que fusilaron á los dos generales, aquí cerca, en el corral del académico.

En este momento llegué yo al alto y ví á la persona que daba conversacion á Juan. Era un hermano de la Doctrina Cristiana, cuyas facciones regulares y dulces, pero enfermizas, denunciaban una prolongada lucha con el dolor. Estaba sentado, por lo cual no había podido yo verle antes: su asiento era el reverso de la comodidad; no tenía respaldo, apenas se levantaba del suelo y hacía el efecto de un exi-

guo banco de césped, en donde el polvo hubiera destruido la hierba. A su lado yacían un mal cayado y un devocionario forrado de franela raída.

En la manga derecha de su vestido no había brazo. Parecía tener unos treinta años á lo sumo.

—Mira, mira—me dijo Juan—el excelente conocimiento que acabo de hacer en pago del trabajo de haber llegado el primero. Este buen hermano es un inválido del sitio. Le hicieron la amputación en el bosque de Vincennes, al aire libre, con un frío de doce grados bajo cero, mientras desclavaban ya la tienda de la ambulancia después del combate de Champigny. Habíase metido demasiado por levantar á un oficial de los movilizados de *Ille et Vilaine*, que había caído herido en la escampada, y á la vuelta recibió tres balazos; dos que le destrozaron el brazo, y otro que le partió la rodilla al volverse de cara al enemigo para mostrar la cruz internacional.

El hermano me devolvió el saludo enternecido, y añadió:

— La rodilla le da mucho que hacer al médico de nuestra casa matriz; pero no admito eso de que fué demasiado lejos, pues que salvé á mi subteniente, que hoy está sano y bueno, á Dios gracias. Era joven, muy joven y llamaba á su madre..... Tenía excelente corazón. Me ha escrito allá desde Bretaña

para saber noticias más y anunciarme su boda. ¡Ah, qué fuerte era yo entonces! Le llevaba al hombro cuando recibí los tres balazos, y me dije: ¡Tente firme; Dios está en todas partes! La rodilla me dolía tanto, que lloraba como un cobarde; mas, con todo, anduve bastante ligero, pues me reuní al batallón, y no solté á mi bretoncito hasta que caí redondo, ya dentro de las filas.

Sus pálidas mejillas se habían coloreado un poco, y se sonreía. Juan se sentó á su lado y le dijo:

— La verdad es que esta historia merece ser contada por extenso. Vamos, hermano, le escuchamos á usted.

Pero el hermano respondió:

— No tengo más que contar. Ya lo he dicho todo.

A pesar de ser temprano hacía mucho calor. Juan y yo nos habíamos citado tan de mañana en el acirrate para librarnos de la fuerza del sol al visitar el sitio que se decía haber escogido el señor Arzobispo de París para edificar su gran basílica del Sagrado Corazón. Se hablaba mucho de esto á causa del voto de la Asamblea. Notábase que la Iglesia del Voto Nacional iba á reemplazar justamente las fortificaciones levantadas por la insurrección. En estas alturas, desde donde los insurrectos hacían llover poco

antes el hierro y el fuego sobre la capital de Francia, el hombre de Dios, el pastor heredero de tantos mártires, había recibido la mision de plantar el estandarte de la paz perpetua. En este lugar, templo ya en los tiempos de la barbarie pagana, é iluminado luego con los resplandores del heroísmo cristiano, donde San Dionisio había muerto vencedor de los ídolos, donde San Ignacio había nacido al más grande apostolado de los tiempos modernos, en esta montaña, manchada por los altares de Marte y de Mercurio, pero rescatada por la oracion y glorificada por la sangre, iba á surgir un templo al mandato de un santo obispo, como cruz inmensa de un nuevo Calvario, extendiendo sus brazos para abrazar á la vez á París, á Francia, á Europa, al Mundo.

Y precisamente al otro día de la terrible bacanal movida por el odio, era cuando el pensamiento de un príncipe de la Iglesia, aconsejado por la voz milagrosa del Salvador, caía en buena tierra cual fecunda semilla, germinaba allí, todavía invisible, pero preparaba ya el nacimiento lleno de gloria, desde el cual iba á elevarse y á florecer la obra, símbolo de nuestras esperanzas sobrenaturales.

Me acuerdo que, bajo el reinado de Luis Felipe, allá cuando la carmañola de los charlatanes descar-

gaba como un torbellino en este pobre París, enloquecido por los motines pseudo-literarios, por las revoluciones industriales, por las religiones ateas y por otras mil enfermedades trágicas ó grotescas; en tiempo de los Sansimonianos, de los Furrieristas, de los Jóvenes-Templarios y de Jerónimo Paturot, se echó á volar un pensamiento que á mucha gente pareció grandioso. Un artista, M. Preault, propuso *tallar* el acirate de Montmartre. ¿Qué quería hacer de él? No lo sé á punto fijo; pero me figuro que se trataría de representar á una dama adornada con gorro frigio, ó á un emperador coronado de laurel: á Napoleon ó á la Libertad. Nuestro siglo no ha sabido adorar más que al cañon ó al hacha.

He citado el proyecto del colosal estatuario, no para reirme de él, que hace ya mucho tiempo que no me rio de nada, sino para mostrar á qué alturas se cierne la Religion aun por encima de lo imposible. La Cruz tiene verdaderamente á la fantasía bajo sus piés.

El Catolicismo no talla las montañas para fabricar juguetes monstruosos, sino que eleva todavía más las más altas cumbres, haciéndolas al mismo tiempo accesibles; construye en ellas torres que tienen sus cimientos en las entrañas de la tierra, y las corona con el símbolo del perdon, oponiendo el

hermoso contagio de sus ternuras á las epidemias del odio.

Y llena estas casas de luces tan vivas, que sus muros, penetrados de esplendores, brillan como faros, llevando á todas partes su radiacion luminosa, merced á la cual las almas extraviadas encuentran su camino á través de la noche de la humanidad.

II

Todo esto que acabo de manifestar estaba yo bien lejos de sentirlo en el mes de Julio de 1873. El mundo católico había acogido con entusiasmo la idea de que M. Guibert se había hecho promovedor; pero yo entonces no formaba todavía parte de ese mundo más que por cierta atraccion bastante vaga de mis instintos y de mis recuerdos. Era un cristiano de teoría y de imaginacion, detenido no sé por qué en los umbrales de la iglesia, pero fuera de ella.

Conozco innumerable multitud de personas que están lo mismo. Por ellas es preciso rogar con preferencia.

La expiacion monumental preparada por el Arzobispo de París aparecía ante mis ojos como un

gran poema. Sentíame obligado á admitir en él la religion; pero lo que más deseaba ver en él era el arte. Me había tomado el trabajo de buscar el profeta que había de escribir, en versículos de piedra, el majestuoso salmo de nuestra penitencia. El hombre tan hábil y tan de actualidad que ha hecho el teatro de la Ópera, era el primero que acudía á mi mente, pero me disgustaba. Como quiera que sea, el Sr. Ch. Garnier siempre habrá ejercido sobre su época una influencia real bastante difícil de definir. Me daba miedo él y cualquier otro por causa suya. Ya veis que me adelantaba no poco á los celosos promovedores de la obra. La mosca rara vez va en la trasera del coche, sino á la cabeza de los caballos.

No creo yo que el Sr. Garnier haya fundado una nueva escuela; pero la turba perjudicial de los imitadores contribuyen por unanimidad á darle fama y recogen cuanto de él procede. Ni cristiano, ni pagano, ni romano, ni griego, es un Nabab de Asiria que hace al mismo tiempo lo chico y lo grande, que concibe diabluras babilónicas exageradas con maravillosos accesorios, lo cual agrada lo que no es decible.

Paréceme que Nabucodonosor, convertido en bestia, anda vagando por el peristilo de esta Bolsa

de la sensualidad que llaman la Ópera, tipo de lo gigantesco en miniatura, excelente bazar donde todo se vende, el arte, los oficios, la vergüenza, la gloria, el placer y la ruina. Este es el género de actualidad; y no olvideis que de dos años á esta parte la magnífica escalera, obra maestra al estilo sátrapa, tiene todas las noches 20.000 francos de entradas. París trepa por ella á cuatro piés, como Nabucodonosor.

Está visto, pues, que á París y á mí nos gusta esta obra, propia de Nínive, más curiosa que ninguna otra de las edificadas en nuestros días. Sólo que París nada teme, y yo tiemblo por los demás palacios y aun por las catedrales. En este siglo de imitación desenfrenada, en que las manos están tan prontas y tan tardo el pensamiento, puede cualquier arquitecto meter la mano en el bolsillo del Sr. Garnier y sacarle (me lo estoy temiendo) un plano que debe haber allí entre otras obras maestras: el plano de la pagoda de Baltasar.

Pero entiéndase bien: no quiero decir que el talento extraordinario del autor de *La Escalera* sea incapaz de trazar una bóveda cristiana; creo precisamente lo contrario, y sólo hablo de los imitadores, gente merodeadora que cambia en cobre vil el oro robado. Con razon ó sin ella tenía yo la pesadi-

lla de ver destacarse en la cima de Montmartre lo que ellos llaman «una idea,» alguna cosa nueva, alguna invencion, quizás hasta alguna cosa ORIGINAL; en una palabra, una iglesia de ACTUALIDAD. Y como recordaba el fabuloso costo de la Ópera, que llamó en París la atencion casi tanto como la Ópera misma, preguntábame yo dónde encontraría nuestro Arzobispo una mina de oro capaz de reemplazar al Estado, que de mil amores paga los gastos de las óperas; pero no los de las basílicas.

Era yo, pues, un sí es no es de oposicion, como suelen ser todos los malos feligreses. La futura iglesia del Sagrado Corazon me parecía soberbia como bandera de fe, útil como protesta, elocuente como cántico ó plegaria; pero la encontraba cierto color de lujo y perfume de temeridad.

Juan me decía: «No juzgues tú de eso, porque estás demasiado lejos del altar. Por presuntuoso que seas, ¿tendrás la pretension de examinar el estilo de un poema escrito en lengua para ti desconocida?.....»

Aunque confusamente, veía yo que Juan tenía razon y que me faltaba el compás para medir estas cosas; pero no daba mi brazo á torcer y me quedaba con mi opinion. Siempre hay que tener una.

III

El hermano Ignorantino (1), si hemos de darle este hermoso nombre de que la pública ingratitud ha hecho casi una injuria, no pertenecía ya á ninguna de las escuelas de distrito. Vivía retirado en la casa matriz, donde, á consecuencia de sus heridas, se habían suavizado para él las austeridades de la regla, y tenía permiso para venir á Montmartre todos los días que hacía buen tiempo. Como él nos había dicho, allí habían corrido los años de su juventud; antes de la guerra se dedicaba á enseñar á leer á los niños, pobres salvajillos de la ciudad fabril, que no oyen nunca el nombre de Dios más que en la blasfemia. Les amaba con ternura, y ahora volvía á verlos. En aquellos terrenos del acirate, que después han sido trastornados á costa de tantos trabajos, sólo encontraba entonces la soledad. Se sentaba en la hierba, leía algunas líneas en su libro forrado de franela, rezaba mucho y á veces reunía en derredor suyo á los muchachos vagabundos para contarles

(1) *Ignorantius* llaman los franceses á los Hermanos de la Doctrina Cristiana, cuya principal mision es enseñar el Catecismo á los niños.

alguna interesante historia. Sabía muy bien que su vida terrestre tocaba á su fin; pero no era esto para él motivo de vanagloria, sino que animaba con una santa alegría su paciencia.

Conocía palmo á palmo el cerro, y nos le enseñó todo. Apoyado en su muleta llegó hasta el borde del acirate que avanza sobre el campo arenoso por donde va ahora el nuevo *boulevard*. Desde allí dominábamos á la derecha la ciudad, erizada de monumentales maravillas; en frente los arrabales de la miseria; á la izquierda la llanura, cuyo centro señala la veleta de San Dionisio. Seguía después la barriada industrial, coronada de vapores, los verdes oasis de Saint-Ouen, Enghien, mancha gris, donde la especulación, los anuncios y la política cultivan sus dependencias amontonadas alrededor de un lago más profundo que el estanque del Palacio Real. Mas allá de todo este aburrimiento que hace esfuerzos desesperados por divertirse, la selva, una verdadera selva tapizaba lo lejano de las colinas, mostrando á nuestro purgatorio de París el paraíso de la campaña francesa.

El hermano nos enseñó este panorama explicándonos sus detalles con cuatro palabras sumamente sencillas, cada una de las cuales era una pincelada. Juan no solía tener curiosidad de ver nada; era

además muy míope, de lo cual no le importaba gran cosa; nunca he visto á nadie que se cuide menos de mirar. Como veía dentro de sí mismo cosas que le interesaban, se había acostumbrado á creer en los objetos exteriores bajo la palabra de los demás.

Pero aquel día no sé qué le dió, que apoderándose de mis gemelos, no cesaba de mirar con ellos. Creo que debía mirar el paisaje que el sol iluminaba profusamente; pero estoy seguro de que vió algo que le llamó la atención, más allá de los límites del paisaje, porque luego exclamó:

—Puede un velo cubrir la conciencia de un pueblo lo mismo que los ojos de un hombre, y este es el milagro que debe hacer el voto nacional de penitencia.

Miró un instante, mas con la sorpresa incrédula de los niños, y temiendo que no le hubiéramos comprendido, añadió:

—Es ciertamente una figura grande y conmovedora, aun cuando en el fondo no se trate más que de un simple par de gemelos. ¿Puede darse nada más hermoso que un remedio para la miopía de los entendimientos y de los corazones? Yo mismo no sabía que era corto de vista. Oía decir á los demás que veían, pero me parecía una cosa indiferente. Y

cuenta que no me quejo de haber mirado á Dios en mí mismo, sin observar apenas los espectáculos que forman el esplendor material de su obra. Quizá los adivinase yo tan hermosos como los veis vosotros y acaso más. La cuestion no es esa. Para vosotros estaban presentes estas cosas; para mí no existían, ó porque no las conocía, ó porque las había olvidado, que eso lo mismo da, y ha bastado un simple círculo de cristal para creármelas. ¡Ah! yo contaré esto en San Sulpicio, y hablaré del Sagrado Corazon.

Quise que se quedara con mis anteojos, pero me los devolvió inmediatamente como si hubiera temido abusar de aquel prodigio.

—Que sea un cristal,—añadió,—un hecho ó una palabra, ¿qué importa? Lo cierto es que la ceguera del hombre puede ser curada. Pienso en los que sufren, en aquellos á quienes envuelve la niebla de la desesperacion, en mis obreros, á quien los enemigos de Dios fatigan poniéndoles una venda en los ojos... Te digo que todo esto es grande y que la bondad de la Providencia inunda mi corazon. La iglesia del Voto será el telescopio colocado en lo alto de la montaña, y gracias á él, verán de repente nuestros ojos más allá de las barreras de la mentira.

El hermano, que iba delante de nosotros haciendo de *cicerone*, se detuvo junto á un lienzo de pared protegido por unas tablas y dijo:

—Aquí es.

Estábamos á la entrada de la finca del difunto Sr. Scribe, el autor dramático que celebraba las ganancias de su propio genio en la lengua de Virgilio, tomando por enseña una pluma con estas cuatro palabras, que él creía latinas: *Inde fortuna et libertas*: por lo demás, persona apreciable que tenía el derecho de dar dictamen, pues era académico, para fijar la lengua de Bossuet.

El hermano separó una tabla, y nos mostró el sitio donde habían sido fusilados los generales.

—Allí estaba yo—nos dijo,—rodeado de aquellos infelices poseídos de furor. Me tenían prisionero. A casi todos los conocía, á algunos de ellos les doy todavía limosna; pero no son estos los que hieren y asesinan: el pensamiento homicida está detrás de ellos.

Rezamos los tres un *De profundis* por las almas de aquellos republicanos, asesinados por la República. Acaso Dios haya visitado su última hora. No sé qué tristeza indefinible oprimía nuestros corazones. ¡Ah! No hay nada más triste que el suplicio de los Girondinos, á no ser esa cosa burlona que anida

en las hojas de los libros y que llaman en serio la gloria..... la gloria de los Girondinos.

Algunos días antes me había yo arrodillado en el suelo de la calle de Haxó, y se me había deshecho el corazón en lágrimas. No había allí más que un pobre muro como aquí, acribillado á balazos; pero un soplo de vida animaba para mí la soledad de aquel lugar miserable. Allí había esa otra gloria, que es lo contrario de la gloria de los Girondinos, y que es la Gloria. El jesuita Pedro Olivaint y sus compañeros cayeron en aquel polvo, desde entonces sagrado, cantando el himno de las grandes alegrías; y Jesús, el divino Mártir, hijo de María, presidió aquella fiesta de propiciación..... ¡Olivaint, espíritu apacible, corazón grande, caridad espléndida, soldado, soldado de pacíficas violencias!.... Ya me acercaba yo al buen camino, pues mis lágrimas eran de alegría..... Una muerte como la tuya, deseada largo tiempo y abundantemente merecida, vale tesoros de perdón; y tu último suspiro, padre mío muy amado, rescata para la fe á los Girondinos y á sus verdugos.

IV

Veinticuatro horas hacía que era conocido el voto de la Asamblea, y á medida que París se despertaba, iban y venían á Montmartre algunos curiosos hablando de la Basílica que se proyectaba levantar. Habíase recientemente abierto, para reconocer el terreno, un pozo, el cual estaba rodeado de una empalizada. En torno de ésta se reunían algunos grupos, donde se hablaba de las inmensas dificultades que había que superar aún para saber si era ó no posible la construcción del monumento en aquel sitio. El hermano nos dijo que algunos redactores de periódicos, muy inteligentes en la materia, habían subido la cuesta expresamente para afirmar después que el proyecto era impracticable, dando en favor de su opinión las razones que les parecían mejores. Lo absurdo de la empresa les daba gran contento. Había quien decía que, dada la naturaleza de aquel terreno, el edificio, al cabo de algún tiempo, se metería por la tierra como se mete la licencia de un soldado en su canuto. Otros pronosticaban que cualquier mañana, después de una noche de lluvia, la Basílica se pondría en marcha co-

mo los barcos, cuando se botan del astillero á la mar, y se iría majestuosamente á aplastar el barrio de Nuestra Señora de Loreto.

Juan oía con atención al hermano, que contaba estas cosas con mucha gracia, y de cuando en cuando me miraba con desconfianza, como suponiéndome cierta complicidad, si no precisamente con aquellos redactores de la prensa avanzada, al ménos con aquellos cristianos *prácticos* que se echan á temblar al poner el pié en un terreno tan ardiente como el del Sagrado Corazon.

—¿Sabes tú—me preguntó de pronto,—si el señor Thiers ha votado por el proyecto de la Basílica?

—No lo sé—le respondí;—pero no me extrañaría, porque durante el Imperio votaba con los católicos en las cuestiones de interés para el Papa, y en favor de su poder temporal.

—Por señas que sobre esto tuvo una discusion histórica con el Sr. Barthelemy Saint-Hilaire.....

—Ya me has contado eso otra vez—le dije:—es apócrifo.

—¿Cómo apócrifo?—preguntó el hermano.

—¡Apócrifo! ¡apócrifo!...—exclamó Juan:—nunca han disputado el Sr. Thiers y su fiel amigo más que esta vez. ¡Figúrese usted, hermano, una riña de fami-

lia! Thiers en esta ocasion no era el más fuerte. Estrechado por los cargos de su excelente amigo, que le acusaba de abandonar decididamente el libre-pensamiento, opuso á ellos al principio su buen humor, que, según dicen, era inagotable en la intimidad; pero al fin, acosado y puesto ya en aprieto, exclamó:

—Pues bien, lo confieso; personalmente no tengo nada contra Dios.

—*¡Bien lo sabe él!*—replicó tristemente M. Barthelemy Saint Hilaire:—y esto es lo que le envalentona.

Juan lo contaba admirablemente; así es que la primera vez que se lo oí, me hizo reir mucho con esta historia, que probablemente sería invencion suya, pero que no dejaba de ser verosímil. El hermano, sin embargo, no se rió, ó porque no comprendió el sentido, ó porque quizá la burla le pareciera exorbitante.

Juan prosiguió dirigiéndose á mí:

—No es que quiera hacerte el obsequio de compararte con el Sr. Thiers, pero tienes algo de esa clase de religion. Esa frase tan ridícula «personalmente no tengo nada contra Dios,» es la expresion exacta y aun algo favorecida del estado de respetable moderacion en que yace dormido el

pensamiento del mundo *práctico*, en su esfera más inteligente, y tú formas parte de ese mundo. No dejo yo de tenerles un poco de buena voluntad á los que han estado en el Liceo y guardan cierta neutralidad benévola para con Dios. Siempre es una galantería de su parte. Tú, por ejemplo; tu opinion en el fondo es decente y pulcra, porque si temes á los *clericales*, es por interés del mismo Dios; y para defender á la Iglesia has dado con el ingenioso recurso de encerrarla en un armario.

Sin embargo, compágname esto si puedes; esta idea clericalísima del voto de Francia te inspira cierta especie de entusiasmo. Hasta te has tomado el trabajo de inventar la frase con que aplaudirla con toda reserva: Es una *sublime imprudencia*,—dices. Y esta fórmula conciliadora permite á tu corazon entusiasmarse, sin que tu cabeza pierda nada de su estimable *sensatez*.

Más adelante mirarás con una mezcla de gratitud y curiosidad estos días de transicion en que estabas ya circundado y verdaderamente bañado por la virtud de la Cruz, pero en que todavía podías retirarte de ella á voluntad, y salir perfectamente seco. Los que te aman é imploran sobre ti la luz de lo alto con paciente anhelo, se asustan más bien que se regocijan de esa apariencia de fe en cierto modo

literaria y ficticia, en que tu imaginacion entra separada de tu alma, y que te deja todos los síntomas de la indiferencia, incluso hasta el más característico, la cobardía, disfrazada de sensatez; pero yo, que he pasado por ese camino, te veo andar y espero.....

La anécdota del Sr. Thiers introdujo nuestra conversacion en el centro mismo de la cuestion de la basílica. El hermano estaba bastante más fuerte que nosotros sobre los orígenes del Voto. Había asistido á la sesion de los comités católicos del 5 de Mayo de 1872, donde el pensamiento de la obra fué referido de una manera tan conmovedora. El hermano nos dijo lo que había oído, y según él lo dijo, os lo refiero.

Era en la hora más cruel de nuestros desastres. Un cristiano aislado y voluntariamente desconocido, recibió esta inspiracion en la soledad de su alma, lacerada por la inmensa desgracia de la patria. Este cristiano estaba exento de cólera hasta el punto de creer en la buena voluntad del Dictador que usurpaba entonces el Gobierno de Francia. No ponía en duda su patriotismo; pero le veía, como todo el mundo, lamentablemente inferior á su empresa, dissipar nuestros supremos recursos, inutilizar nuestros soldados, aniquilar nuestros generales, y redoblar

sus fanfarronadas á medida que su insuficiencia pesaba más cruelmente sobre la agonía de su país. Todo era desesperado; Bourbaki caía en el Este al ruido de la orgía garibaldina; Chanzy no tenía ya soldados. La nacion más valerosa del Mundo (1) exhalaba su último suspiro..... El cristiano desconocido, solo, sin mision de nadie, usurpador también, arrojado á los piés de un Crucifijo, en un cuarto de una posada, consagraba esta ruina tan querida al Corazon sacratísimo de Jesús.

¡Oh! ciertamente, muchas personas á quien yo no debo criticar, pues hasta ayer mismo participé de sus timideces, hallarán aquí motivo para sonreirse. ¡Quiera Dios iluminar á aquellos que todavía tienen sobre los ojos la misma venda que yo tenía sobre los míos! Es preciso rogar fervientemente por ellos, perdonarlos de todo corazon; pero sobre todo, amarlos, amar á los mismos á quienes hay que combatir. Tal es la ley. ¡Vamos á entrar en ese inmenso piélago de amor, donde los hombres se reconciliarán, porque ese es el corazon de Dios!

Aquel cristiano desconocido, que no quiso dar su nombre á su obra, hizo oracion y vió sobre sí un resplandor desusado. Como le agobiara su aislamiento,

(1) Lo que dice un francés.—N. del T.

confiose á otra alma igualmente piadosa, y ya fueron dos cristianos á conspirar por la liberacion del país: Abrieron luego sus conciencias á Monseñor Pie, y el santo y elocuente obispo de Poitiers bendijo la hermosa locura de sus esperanzas.

Trabajaron, y llegaron á ser diez: un santo religioso de la Compañía de Jesús fué su consejero y su guía: Monseñor Guibert, Arzobispo entonces de Tours, les animó con su bendita palabra, y yo no sé cómo, á pesar de ser entonces tan difíciles las comunicaciones, se propagó en seguida la idea por toda Francia, como impelida por la gracia.

Nuestros ejércitos no alcanzaron victoria. El señor Thiers no llevó la persuasion al animo de los soberanos extranjeros, ninguno de los cuales hubo que nos tendiera la mano; y cuando todo lo que era de la tierra nos faltaba, Francia, desprovista de todo humano auxilio, recibió la suprema herida, fué mutilada.....

Y sin embargo, vive..... iba á decir que ha resucitado..... ¡Bendito y glorificado sea el Corazon de Jesús!

V

En el espíritu de los fundadores era esta una obra de expiación. Siglos hacía que París y Francia entera estaban olvidados de Dios: la basílica debía ser el testimonio de su arrepentimiento..... «Se levantará—dijeron—sobre la ciudad culpable y castigada, como un escarmiento en el lugar de un crimen. Apartará al mismo tiempo de nosotros los peligros del presente y servirá de lección para el porvenir, mostrando á nuestros descendientes nuestras desgracias, nuestro arrepentimiento, y, si Dios quiere, nuestra salvación.»

«Hemos visto—añadían—que alejándonos del Señor, la vida se aleja de nosotros: el poder, la energía, el amor patrio, la habilidad, todo ha desaparecido con la fe. Volvamos, pues, á buscar nuestra vida social en su fuente verdadera, en el Corazón de Jesús, de donde salió la sangre que regeneró al mundo.....»

«¡Jesucristo ama á los franceses!»—exclamaba algún tiempo después el P. Montsabré en la cátedra

de Nuestra Señora:—«les ha colmado de glorias: les ha dado la gloria de las leyes, de la magistratura y de las armas; la gloria de las ciencias, de las letras y de las artes; la gloria del heroísmo, la gloria del apostolado y la gloria de la santidad.

»¡Jesucristo ama á los franceses! Les libra de peligro de muerte; Tolbiac, Poitiers, Bouvines, Orleans, Denain, son nombres de salvacion, más todavía que de gloria. Cuando el valor de los hombres no corresponde á la grandeza del peligro, nuestro divino amigo suscita una doncella para blandir la espada de San Luis, y Juana de Arco salva por Cristo al reino de Francia....

»¡Jesucristo ama á los franceses! No ha permitido que como tantos otros pueblos, fuesen separados del cuerpo de la Iglesia (1) por el cisma ó la herejía; les ha dado á sus reyes el título de cristianísimos, y á su Francia el nombre de hija primogénita de la Iglesia..... (2)

»Jesucristo ama á los franceses y á Francia. El Esposo de la Iglesia ama á la hija primogénita de la Iglesia. La Iglesia sufre, la Francia está enferma. Cuando esta hija valiente y generosa podía sostener

(1) El autor pone aquí una nota diciendo que la cita no es literal, sino tomada de memoria, y al poco más ó menos.—N. del T.

(2) Así han llamado á Francia los franceses.—N. del T.

una arma, Jesucristo la decía: «Defiende á tu madre.» Pero hoy, ¡oh Jesús, Esposo de la Iglesia, arma tu propio brazo! Francia, tu hija pecadora, no puede sostener el acero, y acude á tu nombre y á tu amoroso corazón: *Christo ejusque sacratissimo Cordi Gallia pænitens et devota.....*»

.....«El que resucita á los muertos, ¿no ha de poder volvernos la vida?» «Señor,—le diremos,—si hubieras estado aquí, tu inmortal Esposa no estaría cautiva y su hija no hubiera muerto.» Él nos responderá con voz dulcísima: «Francia, nuestra hija, no está muerta; no está más que dormida.» Y dirigiéndose á los miserables restos de la gran nación, dirá: «¡Francia, levántate; sal afuera! *Gallia, veni foras.....*» Y ahí teneis á la gloriosa muerta, de pié, resucitada por el amor; ahí teneis cómo se arrepiente y se consagra á Jesús y á su Corazón amantísimo para siempre.....»

El texto original de estas palabras era mucho más elevado y mucho más hermoso, y recuerdo que juntaba con la idea del voto nacional la esperanza más cara de cuantos aman á Francia: la pacificación interior de la patria. El elocuente religioso, potente como un profeta, desgarraba un jirón del velo del porvenir, y mostraba los hijos de Francia libres ya de sus odios impíos, agrupados, reunidas sus almas en

una, formado otra vez más el pueblo invencible y rey, consagrado por el bautismo de Clodoveo.

No sólo la multitud de fieles congregados bajo los bóvedas de Nuestra Señora oyeron este inspirado llamamiento, sino también todos los católicos de Francia. La obra surgió entonces grandiosa bajo la protección del Arzobispo de París, el cual puso también el peso de su venerable palabra en el platillo favorable de la balanza. Desde la altura del Calvario romano, donde la cruz nuevamente plantada sostiene la imagen viviente de Jesús que sufre y que ora, descendió también la ofrenda del padre común de los fieles cristianos, ofrenda magnífica, aunque menos preciosa que el tesoro de su bendición. Todos los Obispos hablaron á un tiempo, y la bolsa del Voto, apenas abierta, pesaba ya más de medio millon.

Entonces fué cuando el eminente Pastor de la diócesis de París se dirigió al Gobierno y le pidió que reconociese la obra por una ley. Esto sucedió en pleno siglo XIX y tres años después del reinado blasfemo de la *Commune*. El Gobierno se mostró favorable. Presentada la ley, tuvo por defensor á un hijo católico de Alsacia, provincia tan querida y tan llorada, y conforme con su discurso, la Asamblea, por trescientos ochenta y dos votos contra ciento

treinta y ocho, declaró..... «la utilidad pública de la iglesia que, por medio de una suscripción nacional, se proponía el Arzobispo de París levantar en honor del Sagrado Corazón de Jesús sobre la colina de Montmartre para atraer sobre Francia, y más especialmente sobre la capital, la misericordia y protección divina.»

¡Esto sucedió, repito, en pleno siglo XIX, siglo de la putrefacción creadora, del acaso vencedor de Dios, y de la mona, *alma mater* de la humanidad! ¡Esto sucedió en presencia de los que niegan los milagros! El tiempo presente tiene esta página en su historia.

El voto de la Francia católica fué así ratificado por la Francia sin epíteto.

No es, pues, la conclusión material del edificio la que arreglará la deuda de la patria para con Dios; la deuda está ya arreglada por la ley, en el sentido de que estamos todos comprometidos á pagar en la forma elegida. Dios nos ha abierto un crédito regular. «Quien tiene un plazo para pagar, no debe.» Sobre esto se funda el código especial de los comerciantes; pero este axioma tan favorable, está compensado con una sanción muy severa: la quiebra.

Este término, verdad es, no está inscrito en la ley; es un secreto de Dios y su servidor el santo

Obispo que después ha sido investido de la púrpura romana. Vosotros los que odiáis, no tengáis esperanza; vosotros los que amáis, no tengáis miedo. Francia, que ha hecho á Dios el voto, no hará quiebra.

VI

No quiero olvidar que esto es una anécdota, y que tengo que seguir narrando. Juan y el hermano entraron en la iglesia parroquial de Montmartre cuando tocaron á misa de ocho. Yo no les seguí. Habíame despertado el apetito el aire de la colina, y me senté á la mesa de un figón que había en la plazuela misma de la iglesia, á tomar una taza de café con leche. Nadie había allí en el momento en que me la servían. Recuerdo que pensaba en Juan, y más aún en el hermano, con ese sentimiento especial que ya he descrito, mezcla de compasion y de envidia. Era yo entonces un hombre feliz, según el mundo, sumamente feliz, y mi vida me llenaba de orgullo. El mundo era mi dueño, y me tenía amarrado muy corto. Mis esperanzas todas, sin excluir

las que se referían á mi familia, á quien tan tiernamente amaba, tendían hacia el mundo; y, sin embargo, la figura del hermano me parecía brillante; conocía hasta qué punto oscurecía la mía.

Después de aquel joven tan extraño al mundo, nacido en cierto modo en el servicio de Dios, se me representaba Juan, pobre viejo pecador, arrodillado en las losas de la vetusta iglesia. Juan era una de esas personas que parece que todavía se las ve cuando ya no están presentes.

¡Qué hacía yo con aquellos dos hombres tan diferentes de mí? Trato ahora de averiguar, interrogándome á mí mismo, si creía ya entonces que la suerte de ellos era mejor que la mía; pero me parece que no; mi hora estaba todavía muy lejos.

Mientras yo tomaba mi refrigerio, llegó gente. Gente pobre, pero alegre y de buen carácter: eran obreros sin trabajo que volvían *secos* de la plaza de Clichy, donde habían estado de planton inútilmente. Sentáronse cinco ó seis á cada mesa para beber un vaso de vino y comer un bocado de pan. Quejábanse de la huelga de aquel día, pero sin impacientarse. Aunque ninguno de ellos era politicastro, sabían las noticias del día, y hablaban como de cosa corriente de la «asonada» de los diputados que iban á venir en procesion á bendecir á Mont-

martre. La cosa les parecía, más que nada, ridícula. Había allí muchos á quienes les pasaba lo mismo que á Thiers, que no tenían nada contra Dios.

La mayor parte consideraban el hecho desde el punto de vista de *la obra*, que iba á andar abundante, y ciertamente no dejaban de estar en su derecho. Según los mejor informados, los cimientos de la basilica debían tener justamente la misma profundidad que el pozo de Grenelle, y, aunque estaban á cincuenta pasos del primer trabajo de sonda, afirmaban que este agujero tenía ya trescientos metros de hondura. Todo lo demás que decían era así al símil en punto á exactitud. A través de su plática, en la que se bosquejaba la buena fe, los millones rodaban como las olas del mar; porque en el tejido de contradicciones que forma la opinion de las turbas, la religion es una cosa muerta de consuncion, y capaz al mismo tiempo de conmover las montañas. No se cree en los milagros que la religion proclama, pero se la acusa de muchos milagros que nunca ha proclamado. ¡Este cadáver hace cosas admirables!

Cuando yo concluía ya mi desayuno, aparecieron dos figuras muy diferentes de las otras, repugnantes las dos y desarrapadas: eran un hombre, joven aún, y una mujer vieja, con la mejilla derecha tan hin-

chada por un golpe reciente, que no se la veía el ojo. Caminaban á bastante distancia el uno del otro, diciéndose improperios.

— ¡Mirad á Chamoin, que acaba de zurrar á su presidente!—dijeron á mi lado.

Y todos se echaron á reir.

Comprendí desde luego que la vieja del ojo hinchado era el presidente de Chamoin. Tenía la tal muy mala traza, y aunque era fea y repugnante, mostraba en su porte ciertos conatos de coquetería. Detúvose á la entrada de una callejuela, y empezó á dar desaforados gritos, llamando á alguien que no veíamos:

— ¡Bastián, Bastián!

— ¡Nada de golpes, Bastián!—dijo Chamoin, como quien está acostumbrado á hacer frases.

Y continuaron las risas.

La vieja gritó llena de coraje:

— ¡No, pues como yo te vaya á buscar.....!

Chamoin se sentó, rehusó el vaso de vino que le ofrecían, y pidió una copa de ajenjo.

En seguida se puso á perorar. Era un charlatán con la cabeza llena de frases pescadas en el revuelto mar de las calumnias. He conocido periodistas del mismo trapío, y aun «personas respetables,» pero menos fuertes que él; porque éste tenía chispa

y un lenguaje gracioso, y cierta hombría de bien tan pronunciada, que emborrachaba á sus oyentes. Excusado es decir el tema de su sermón: llevaba en la mano un número del periódico *El Sus*, con la noticia del voto *clerical* de la Asamblea.

— Hé aquí,—dijo agitando el periodicucho mal impreso,—uno siquiera que no oculta su opinion política. Los demas se llaman *El Pueblo*, ó esto, ó lo otro, ó lo de más allá; pero éste, lo primero que demuestra es de lo que trata: *El Sus* (1). Yo conozco á uno de sus redactores, y hé aquí su manera de pensar: «Para tener suses no hay más que adular á los que no los tienen.»

Tras de este exordio, que tuvo favorable acogida, porque el obrero, aunque la cosa sea verdaderamente extraña, no se forja más ilusiones respecto de sus escritores que de sus representantes, Chamoin empezó á hincarle el diente al pastel, á la verdadera golosina, un poco hueca y algún tanto averiada, por estar de muestra en el escaparate de cualquier pastelería revolucionaria, pero siempre, siempre apetitosa; me refiero al inagotable *capítulo de los cuervos*. No tenía inventiva Chamoin; no hacía más que traer

(1) Moneda de cobre de cinco céntimos de franco, de que es copia fiel nuestro flamante *perro chico*.—N. del T.

á colacion todas las piltrafas del odio, pero bien re-
 vueltas en ensalada, y sazonándolo todo con una
 sátira llena de buen humor. Esos detestables *cuer-
 vos*, cuya infamia inaudita llega hasta el punto
 de dar al pobre los suses que le quitan los rojos,
 fueron pintados por él de mano maestra. No podía
 yo menos de admirarle, y su peroracion, en la cual
 instituyó con los millones del SAGRADO CORAZON
 confiscados por el Municipio, una caja de capitales
 para los obreros, que ya no tendrían que trabajar,
 fué elevándose de tono con brío sorprendente hasta
 su última palabra, que recomiendo á los que se
 asustan de cualquier cosa:

—El asunto es éste—dijo Chamoin para con-
 cluir:—á la derecha los hipócritas viles que os pre-
 dican el sufrimiento; á la izquierda la gente alegre
 que os habla de gozar: la eleccion no es dudosa.

Lo cual sería verdad, mirada la cosa de tejas
 abajo, si esa *gente alegre*, en materia de goces, diera
 jamás otra cosa que la miseria.

Calló Chamoin, y oyóse la voz de un niño que
 lloraba en la calleja, donde la mujer del linternazo
 en el ojo había entrado amenazando al hasta en-
 tonces invisible Bastián. Casi inmediatamente des-
 pués se la vió salir trayendo medio á rastra una po-
 bre criatura que daba pena, aullando de dolor. Bas-

tián podría tener unos diez años, y no era más que unos huesos deformes dentro de un andrajo. Su aspecto excitó un movimiento de compasión en las mesas de los obreros, y alguno dijo:

—Debías atar corto á tu presidente, Chamoin.

Este, algo avergonzado, respondió:

—Verdad es que es mala; pero la irrita el tener á su hijo tan enfermizo.

En este momento aparecieron en la puerta de la iglesia Juan y el hermano, que saltan ya de misa. La harpía estaba exasperada; al ver al hermano dió un fuerte empujon hacia adelante al pobre Bastián, y gritó con voz temblorosa de furor:

—¡Mirad, mirad cómo nos ponen los cuervos á nuestros hijos!

La exclamacion hizo efecto entre mis vecinos, y más cuando Chamoin añadió:

—¡Apuesto á que esos manos-largas le han pegado!

El hermano, en tanto, bajaba á la plazoleta y se dirigía hacia el pobre Bastián, que, cambiando el lloro en tierna sonrisa, le tendía los brazos.

Los obreros, al ver esto, empezaron á cuchichear, pero es su esclavitud muy rigurosa. Casi nunca se atreven á escuchar lo que les dice la inteligencia ni lo que les dice el corazón. La mentira ha edifi-

cado para ellos de cal y canto la fachada de una religion que tiene dogmas tiránicos, y en la que los hombres llevan un yugo como los bueyes...

Hubo, sin embargo, uno entre ellos que murmuró:

—Este de veras es bueno: le conozco mucho.

Y otro añadió:

—Es el inválido del sitio.

Mas estas frases tímidas no tuvieron eco.

La escena que á esto siguió fué verdaderamente característica, y no se me borrará de la memoria.

La vieja conocía también al hermano, pues se retiraba hacia nuestras mesas conforme el hermano se acercaba á ella, y arrastraba consigo al pobre Bastián, que pugnaba por agarrarse á la sotana del religioso. Este no dijo más que estas palabras:

—Sé bueno, Sebastián, hijo mío; ama á tu padre y á tu madre, que Dios te lo premiará.

Cuando la vieja llegó reculando hasta las mesas, dijo á su marido:

—¡Vámonos de aquí!

Y Chamoin se levantó. También él conocía al hermano, y andaba huyendo de él con la vista. Cogió en brazos á su hijo, que probablemente haría ya mucho tiempo no se había visto en otra, y se fué sin decir una palabra.

—Son unos infelices—dijo el hermano, sin separar de ellos su mirada compasiva.

Un obrero que había apurado ya su vaso, se llegó entonces al hermano, y le dijo:

—Hay aquí quien ha estado en Champigny... allí le han visto á usted. No hay traje que pueda ocultarlo... Usted tiene mucho *de esto*.

Y dándose unas palmaditas sobre el corazon al pronunciar las últimas palabras, volvió la espalda, añadiendo:

—Los Chamoin no son buena gente.

No hubo más. Las mesas quedaron desiertas en un abrir y cerrar de ojos.

¡Ah! Es dura su esclavitud, muy dura. Tienen el corazon recto, son honrados, conocen que el hermano tiene mucho «de esto,» mucho corazon, conocen que los Chamoin no son buena gente... Pero huyen del hermano como de la peste, y se van con Chamoin.

¿Por qué? ¿Acaso Chamoin les dará el bienestar de que él mismo carece por completo? Quizás tengan en él un poco de esperanza: ¡tan niños son!

Pero hay otra cosa.

Por los ojos de Chamoin les está mirando un poder oculto, y tienen miedo.

VII

En el coche de alquiler á que hicimos subir al hermano para volverle á la casa-matriz, quiso Juan saber lo que yo había visto y oído en el figon mientras él estaba en misa, y se lo dije. Había yo recibido muy mala impresion. El hermano se mostró muy discreto, como era su deber; mas ciertas frases recogidas al rededor de las mesas, me dejaban entrever que aquel Chamoin y su mujer se encontraban entre los siniestros actores del drama de la calle de Scribe.

—El voto nacional—dije yo—es una gran cosa, pero es una gran cosa que no es de nuestros tiempos. La basílica no llegará jamás á edificarse, y si llegara á ser edificada, será destruida. Es un reto demasiado atrevido lanzado al rostro de la victoriosa coalicion formada por la duda, la incredulidad y la indiferencia. Ustedes mismos proclaman que todos los que no están con ustedes, están en contra. Pues bien; en este siglo de medias tintas, de compromisos, de amalgamas, de atenuaciones y de aco-

modamientos, en que toda criatura humana comercia con el deber, discute el sacrificio y se condena inteligentemente y según las reglas de la más exquisita prudencia, esa divisa de ustedes es una divisa desastrosa. Las filas de ustedes se enrarecen, mientras que las de los enemigos se hacen cada día más compactas, merced á la divisa opuesta. Porque ellos dicen: «todos los que no están contra nosotros, están con nosotros,» y este sí que es en el fondo el espíritu del Evangelio. De este modo ellos reclutan todas las bajas de ustedes; y yo, que estoy entre los dos campos, imagen viva de la imparcialidad, estoy viendo claramente que les dan ustedes motivo para que se rían. Al crear ese monumento se parecen ustedes bastante á un pueblo que hiciera tirar salvas y cantar el *Te-Deum* después de una batalla perdida. ¿Tienen ustedes muchos recursos de sobra que gastar? ¿No les quedan ya pobres á quien socorrer, para que arrojen ustedes la sustancia que ellos necesitan como pasto á ese fastuoso quemadero de incienso prodigado y perdido?

El buen hermano me miraba sonriéndose con cierta gravedad. Maravillábame yo de que Juan no me contradijera; pero Juan había cogido el devocionario forrado de franela y le andaba hojeando.

Yo por mi parte proseguía mi exposicion, y por

supuesto, tenía buen cuidado de repetir al final de cada período que hablaba de aquella manera por el interés únicamente de la religion. Es la ley constante de toda murmuracion y de todo daño. Un destronamiento no puede hacerse en toda regla sino al grito de: ¡Viva el rey!

Había ya concluido con la imprudencia de la «manifestacion», preparábase á tronar contra el crimen inútil de semejante limosna prodigada irrisoriamente á la riqueza de Dios delante de la miseria de los hombres, y es seguro que hubiera podido continuar muchísimo tiempo hablando en el mismo tono, sin que se me agotara la vena, cuando la mano de Juan cayó de golpe sobre su libro abierto.

—Escucha—me dijo.

Y leyó en alta voz la parte del Evangelio de San Juan que se lee el lunes de la Semana Santa: «Seis días antes de Pascua llegó Jesús á Bethania, donde había muerto Lázaro, á quien Él mismo había resucitado. Diéronle allí de cenar, y Marta servía la mesa, siendo Lázaro uno de los comensales. María por su parte tomó una libra de unguento de nardo de preciosísimo perfume, y ungió con ello los pies de Jesús, limpiándolos y enjugándolos en seguida con sus cabellos: y toda la casa se llenó de olor del unguento. Y en esto uno de los discípulos, Judas

»Iscariote, que era el mismo que había de entregar
 »á Jesús, dijo: *¿Por qué no haber vendido este un-
 »guento en trescientos denarios y haber dado esta
 »cantidad á los pobres...?»*

Juan volvió la hoja y prosiguió:

—Tal fué la palabra de Judas. Aquí tienes ahora
 la respuesta del Salvador en el Evangelio de San
 Marcos: «Dejad en paz á esta mujer; ¿por qué la mo-
 »lestáis...? Ha hecho lo que ha podido: ha ungido y
 »embalsamado con anticipacion mi cuerpo para la
 »sepultura. Y os digo la verdad, que donde quiera
 »que fuere predicando este Evangelio en el univer-
 »so mundo, la accion de esta mujer será contada
 »en su alabanza... »

El hermano besó la cruz de su rosario: yo quedé
 mudo: Juan cerró el libro.

—¡Es bellísimo!—dije yo después de un momento
 de silencio.

—¡Cállate!—murmuró Juan, que rezaba.

VIII

Poco despues continuó:

—Lo de Dios todo es hermoso. No alabes sola-
 mente el esplendor de su palabra con tus juicios de
 poeta: contempla la hechura de sus manos; admira

la obra de sus misericordias; maravíllate, prostérnate... ¿Tienes realmente miedo por Dios, ó al menos por el santuario de Dios circundado de amenazas y de odios? Es en verdad un sentimiento bueno, y quizás no esté yo lejos de participar de él; quizás abrigue yo tus mismos temores. Yo llevo también una tristeza en mi pensamiento; pero al mismo tiempo me dan ganas de reirme de ti, y de mí sobre todo, porque nuestros temores no van bien dirigidos. Lloremos por los hombres, y no más que por los hombres. En Dios todo es duracion; todo es fuerza. Nada peligrá en Dios ni nada muere. ¡Bah! no seas nunca prudente cuando se trata de Dios. Ámale si puedes sobre todas las cosas, y no le prestes jamás la proteccion de tu sabiduría. Judas injurió á la hermana de Lázaro en nombre de los pobres, pero su indignacion era una mentira. Escucha á Jesús y da á Jesús, que es á la vez el más pobre y el más rico. Que tu perfume sea derramado hasta la última gota y se pierda á sus piés. ¡Tanto mejor si vale trescientos denarios ó mil ó cien mill

Tú vives en el siglo de los hombres sensatos, racionalmente enloquecidos, de los sabios que no ignoran nada sino el principio de toda ciencia; en medio de esos talentos ruidosos que se creen profundos porque están huecos, y oyes á cada paso á

los corifeos de la duda lanzar á los cuatro vientos el constante grito de su estupor al ver á esas masas de creyentes, inmensas y sin intermision renovadas, emprender viajes sobre viajes sin otro objeto que ir en tropel rezando y cantando á adorar el corazon de Dios, á honrar á la Madre de Dios, á la madre de la Madre de Dios, á San Miguel Arcángel, y ¡qué sé yol... á todo lo que es de Dios. ¿Piensas que entre ellos no hay doctores? Son millones de peregrinos, y van á cien y cien santuarios y ermitas tan humildes, que los comerciantes de popularidad no conocían ni por asomos sus gloriosos nombres; se arrodillan delante de los sepulcros de San Dionisio y de San Martín, de Santa Radegunda y de Santa Genoveva, en Tours, en Poitiers, y ¡oh vergüenzal ¡en París, manantial de tintas que sirven para todo!... Beben el agua de Lourdes y el agua de la Saleta, desacreditadas por los médicos; traen consigo rosarios de la Saleta y de Lourdes; dan la vuelta de rodillas al rededor de la basílica de Santa Ana, y piden besando la tierra ante el Sagrado Corazon en Paray-le-Monial, no ciertamente el castigo de los que ciegos les aborrecen á ellos y á su religion y de los que triunfan sobre su propia desgracia, sino su vuelta á la felicidad y á la luz verdadera. Pues bien; ahí tienes que esos mismos peregrinos y otros

todavía más innumerables vuelven ya sus ojos hacia Montmartre, la colina escogida, desde donde el inmenso amor á Jesús va á descender sobre Francia en torrentes de bendiciones.

¡Así lo creen! ¡En 1873!

Este hecho, ¿no te da en qué pensar?

Van á venir, ya vienen; y el templo del Voto Nacional, cuyas raíces penetrarán en la tierra más profundamente que las de los cedros del Líbano, no existe todavía más que en esperanza. ¿Qué será cuando nuestro Arzobispo haya sembrado la bellota de piedra, de la que ha de surgir y elevarse el árbol con todas sus ramas? Entonces vendrán á centenares. Y cuando los primeros perfiles de la obra aparezcan sobre la cima de la montaña, les verás venir á miles; y cuando el primer cántico resuene dentro de la nave sagrada, el monte todo entero, de la falda á la cumbre, se verá materialmente erizado de actos de fe vivientes.

Yo sé que ha de suceder todo esto: oigo en el porvenir resonar la sinfonía pacífica que consagre al corazón de Dios el corazón de mi patria: este es para mí el grito de resurrección que sube, más agudo que nuestros dolores, más hondo que nuestras ignominias y vasto como nuestras esperanzas, hasta el cielo, que invade, lanzado por millones de pe

chos. Estos tumultos de fervores rinden á la Providencia.

Existen, tú lo has dicho, serias amenazas en medio de estas consoladoras promesas. ¿Pero acaso tú solo acabas de descubrir esta mañana la batalla que se viene librando desde hace casi diez y nueve siglos entre Cristo y Belial? Sabemos que nuestro enemigo se prepara al asalto; hase vanagloriado de su fuerza y ha insultado nuestra debilidad; pero ¡loado sea Dios! el triunfo tiene para nosotros dos fases, una de las cuales es la del martirio, y triunfamos aún siendo derrotados: nosotros vemos la victoria en donde está realmente; en el cumplimiento, sea como fuere, de la voluntad divina.

Tenemos quizá nosotros en nuestras horas la misma vision que los profetas del mal. Vemos la ola de la impiedad venir contra nosotros como la marea que sube. Vemos la inundacion de la cólera cubrirlo todo. Nada resiste á esta muerte; los cánticos sagrados enmudecen; el templo se desploma; no queda del santuario más que un lienzo de pared, lo justo de alto y de ancho para que se arrimen los santos que van á morir. *Te Deum laudamus.*

¡Gloria á vos, Señor y Padre nuestro, gloria, gloria! ¡Oh! ¡Gloria eterna á vuestro adorado nombre! Tened piedad de esa corriente homicida que rueda

precipitada contra vuestros siervos. ¡Habeis muerto ¡oh perdon inmortal! por esas almas en plena demencia! ¡Tened piedad de los verdugos por amor á las víctimas... tened piedad hasta de Judas, si es posible!...

Y hasta tened piedad ¡oh Dios, cuya misericordia no tiene límites! tened piedad de los amos de Judas, de los príncipes del pueblo, de los fariseos y los escribas poseedores de los números y de las letras, que son ricos, que son elocuentes, que son sabios, hasta el punto de que se les llame con el nombre mismo de la ciencia: «doctrinarios», y que combinan sin cesar el plan de la destruccion sin atreverse jamás á poner mano en ella.

Porque éstos no tienen más que un valor, el de la apostasía; su única audacia es la de mentir sin ruborizarse, y si hieren es desde lejos, sin ponerse á tiro, fuera de alcance, fuera de peligro, destilando por la palabra y por la pluma el veneno en que los verdaderos asesinos templen luego y afilen sus puñales...

Éstos, ¡oh Jesús dulcísimo! son mucho más culpables que Judas, porque éstos excitan á Judas y hasta le pagan. —¡Ah! ¡En verdad que no le pagan muy caro: treinta dineros que Judas no comerá ni beberá, y de que los doctrinarios volverán á apro-

vecharse después que Judas se haya dado la muerte!

Yo, por mí, me compadezco mucho del nuevo Judas, el miserable de los miserables, al paso que mi pecho estalla de indignacion cuando pienso en el crimen de los doctores, sus patronos; pero Vos, ¡oh Dios mio! tened piedad hasta de los doctores.

Y en tanto, Señor, ¿cuál de estas dos fiestas presenciaremos? ¿La del bien, ó la del mal? ¿La inauguracion? ¡Gloria á Vos entonces! ¿La ruina? ¡Tambien entonces os sea dada toda gloria! Vuestros templos, Señor, claman á Vos dos veces: cuando se levantan y cuando se hunden. Más incienso hay siempre en las lágrimas que en las oraciones mismas; y la cúpula derruida que coronó vuestros altares, no está menos cerca de Vos en el polvo que en las nubes.

Vos habeis dicho, Señor, con palabra de verdad, que en cualquier parte del mundo donde fuere predicado vuestro Evangelio, se hará mencion de la prodigalidad de María Magdalena en loor suyo. Así sea. La ganancia, la verdadera ganancia; Señor, el beneficio incalculable es aquel que se pierde á vuestros piés.

Nuestro voto tiene por objeto la expiacion. ¿Qué importa, pues, la manera como nuestro voto ha de cumplirse? Nosotros haremos cuanto esté de nues-

tra parte; mas á Vos toca realizar la obra. Es menester que la basílica brote del suelo como una alabanza de mármol y oro, y brotará. Es menester que crezca y que florezca para coronar á París, que corona el mundo. Es menester que su forma sea pura, y sus muros preciosos por la materia y por el arte. ¿Puede hallarse nada bastante bello para la casa de vuestro amor? Quisiera yo que fuese posible tallarla en un solo diamante, como que por ella han de correr los tesoros de la caridad infinita. No sería por eso ni demasiado consistente ni demasiado brillante para ser el dón de Francia, el homenaje que ha de vivir tanto como los siglos ó que se hundirá mañana hecho polvo en el primer temblor de tierra. ¡Sea, si á Dios le placel

¡Sea! ¡Y pueda en este caso ser la ruina bastante grande para valer todo el perdon de Dios!

Para esto, para esto sobre todo, que sea, ¡oh Jesús mio! incomparable en su magnificencia el palacio de vuestra ternura. ¡Que nada iguale su soberana belleza si ha de ser demolido por Judas, ciego y mercenario, asalariado por el crimen ilustrado de los doctores!

Demos, pues, los trescientos denarios de unguento, aun cuando hayan de derramarse por el suelo hasta la última gota. Dad con profusion los que ha-

beis recibido el temible depósito de la riqueza de que se os ha de pedir una cuenta tan estricta. Demos tambien los que somos pobres. Que la opulencia y la indigencia sean igualmente pródigas, á fin de que el *ex-voto* monumental de la Francia católica sea de plata maciza si ha de quedar en pié, y todo de oro si ha de ser derruido. Para dar lo que podamos, ¿tenemos acaso necesidad de saber si la maravilla dedicada al Corazon de Jesús le glorificará por largos años ó exhalará ante él de un soplo todas las piedades de su perfume como un incensario quebrado?

Lo que sabemos y lo que es cierto es que la bondad de Dios no tiene límites, que su reino viene á nosotros sin cesar, que su voluntad se hace eternamente, y que en el instante en que nuestra expiación suba hacia él victoriosa ó vencida, su corazon divino la derramará convertida en bálsamo de gracia sobre la llaga por donde sangra el corazon de Francia.

¡Dad, venturosos; dad, desvalidos; dad todos, y dadlo todo para rescatar el alma de la patria!...»

Y diciendo estas palabras, nos tendió, entre grave y risueño, la mano abierta como los que piden. Obedecemos ambos inmediatamente á este man-

dato, y cayeron en su mano á un tiempo el *sis* del hermano y mi bolsillo.

Sólo que al buen hermano se le enaguaron los ojos, mientras que yo llamaba á Juan «fanático» por vengarme.

IX

Algún tiempo después fuí visitado por la desgracia, al parecer muy cruelmente. Bajo la primera impresion del golpe, anduve vacilando al borde de la rebelion que mata.

Pero vine una mañana á arrodillarme en la capilla provisional del Sagrado Corazon, y fuí salvo, recibiendo el beneficio de las primeras lágrimas.

Desde entonces creo, espero y amo. Soy feliz; sé rezar.

Hace quince días terminaba la publicacion de *Pedro Blot* en la *Revista del Mundo Católico*, cuando supe, por el triunfante clamoreo de los periódicos hostiles á la religion, que las suscripciones á la obra del Voto Nacional iban enfriándose. Inmediatamente me ocurrió el pensamiento de añadir este prefacio á mi libro, no porque me lisonjee de po-

seer la menor influencia, sino con el objeto de crearme así una ofrenda que depositar sobre el altar del Sagrado Corazon.

Escribiendo luégo estas páginas, surgió en mí otro pensamiento. Según la palabra del mismo Dios, me dije, el que divulga el bien que ha hecho, ha recibido ya su recompensa en este mundo.

Y resolví entonces dar dos veces: primero, el salario de mi trabajo, y después, publicándolo, la futura recompensa, para tener el derecho de decir á mis amigos ricos: ¿Habéis dado? Pues dad otra vez ¿Habéis dado mucho? Pues dad el doble, porque es preciso imponer silencio á las burlas de los malos. Dad y divulgad vuestra dádiva, aun á riesgo de perder la recompensa. Levantad vuestra bandera, sostened el honor de vuestra fe. La pecadora fué perdonada porque su corazon estalló como un vaso demasiado lleno é inundó la casa de perfumes. Imitad este amor, superior á las prudencias humanas. Vosotros, la Francia católica, habéis hecho en vuestro arrepentimiento una promesa solemne al Corazon de Jesucristo: *Christo ejusque sacratissimo cordi Gallia pœnitens et devota*. Estáis en deuda. ¿Dejaréis que se ultraje á Francia y á su voto? ¿Dejaréis protestar su deuda? ¿Dejaréis insultar su penitencia y provocar el rayo?

Os hablan: oíd. No soy yo, que no soy nada; es el Sagrado Corazon, que lo es todo. Os llaman: levantaos y venid. El enemigo ha cantado victoria antes de tiempo, pues que ahí estáis vosotros prestos á dar lo que tenéis, todo lo que tenéis, más de lo que tenéis, y á daros por añadidura vosotros mismos, al Corazon que ama á los franceses, para rescatar á Francia.





PEDRO BLOT

ME determino á publicar aparte, y fuera del lugar que debiera ocupar en la serie intitulada LAS ETAPAS DE UNA CONVERSION, la narración que va á léerse. Por orden de fechas fué la segunda historia que me contó Juan; la segunda, al menos, relacionada con su propia vida. Sálese en verdad del plan general que me había trazado, y apenas sabría qué lugar darla entre los episodios que forman las cinco jornadas del viaje misericordioso de la Gracia al encuentro de un alma.

Estas cinco etapas, que son: *La muerte del padre* (ya publicada), *La primera comunión*, *El corazón de Carlos*, *María*, y *La segunda comunión*, forman un todo completo y no dejan entre sí hueco alguno donde poder intercalar un episodio de cierta importancia.

Y sin embargo, ni quiero ni puedo yo suprimir este episodio que muestra á Juan bajo un aspecto que es necesario conocer; que muestra las buenas cualidades de Juan, y también sus defectos. Colocado al fin de toda la obra no estaría bien: sería demasiado tarde. Entre *La muerte del padre* y *La primera comunión* fué donde Juan me contó el extraño suicidio del obrero en cuyo corazón habían asesinado á Dios los sofistas, y en el mismo intermedio voy yo á contarle.

Mas en lugar de abrir, como él, un ancho paréntesis al efecto, pongo bajo un título especial este drama, que está completo por sí mismo. Y de esta manera habré respetado, hasta en este ligero detalle, el deseo de aquel que es el verdadero autor de estas páginas.

En realidad, ésta es una aventura de Juan *ya convertido*, y no está ligada al resto de la obra sino por el niño Facio, el hijo adoptivo de Juan y de Magdalena.

Pero Juan, á quien yo deseo pintar tal cual era, me parecería mutilado si no le mostrara siquiera una vez en su papel de amigo al lado de un obrero, con su ardiente pasion por hacer bien, su desprecio, tal vez exagerado, de las teorías polítticas, y la idea imperfecta que tenía de las soluciones ofrecidas en lo más angustioso del problema social por la ciencia católica, que ha entrado en la lid despues que él ha muerto.

La vida cristiana de Juan estuvo consagrada casi toda ella á los obreros. Bien lejos de tener sobre el conjunto de las cuestiones obreras la ciencia y la experiencia de los que predicán hoy en día la cruzada de *reconciliacion*, empleaba ya, sin embargo, esta palabra, implícitamente contenida en el programa de las conferencias de San Vicente de Paul, y bien que sus ideas fuesen insuficientes é insuficientemente por él expresadas, quizá tuvo el mérito de ser el primero que las enunciase, como nacidas en él de su odio contra la políttica de explotacion, contra esa lepra que corroe la senectud del mundo.

Llamaba él políttica de explotacion á la industria de esos comerciantes que labran su fortuna vendiendo mentiras á la miseria y ódios á la desgracia.

No era seguramente ignorante en materia de socialismo. Había ido cayendo, tino á uno, en todos los errores llamados *generosos*, que entusiasmaron y embrutecieron al primer tercio de este siglo; había conocido al Mapah, cuyo nombre significaba padre y madre, tío y sobrino, tía y sobrina; dios singular que se bebía hasta la camisa: había admirado la soberbia barba del *padre* Infantín, cada pelo de la cual se convertía, á la hora que se quisiera, en una sociedad israelita comanditaria: había creído á Carlos Fourier el menos loco de los utopistas y el más desinteresado, pero que, desgraciadamente para su mecánica falansteriana, encontró un día medio y ocasion de hacer un ensayo, es decir, de dár al traste con ella: había viajado por el país de Icaro con Cabet, y había frecuentado los talleres nacionales con el Sr. Luis Blanc: no había sistema, no había tienda del género, no había específico social que le fuera desconocido. Y no deja de tener sus ventajas el conocer todo esto, pues cuantas más veces se han visto los frutos del charlatanismo llevado á la práctica, mejor se descansa en brazos de la verdad.

- Conocía Juan perfectamente á todos los clowns de la popularidad; hábales visto tan de cerca, que conservaba de ellos una especie de náusea conti-

nua, y su principal vocacion era la de aislar y libertar al obrero de su influencia corruptora.

Quizás había llegado él demasiado viejo á la luz para servir á los demás de lumbrera: esta es la desgracia de los que tardan. No hallareis en la aventura de Juan con su obrero ni observaciones, ni máximas, ni teorías; no es más que una pobre historia desnuda de adornos, precedida de un punto de discusion literaria.

Debo añadir que Juan me ha contado otras muchas historias del mismo género, y que yo mismo he visto con mis ojos gran número de hechos análogos que tendrían el mérito de ser más sencillos, más fáciles de poner en escena, y, por consiguiente, más conmovedores; pero Juan estaba enamorado precisamente de esta anécdota por lo extraordinario del asunto. Y en efecto, no puede dudarse que penetra de lleno en el fondo del abismo de absurdos en que se anega el desamparo de los infelices á quien la industria de los políticos de café ha escamoteado la consolacion suprema; de suerte que, en lugar de tener á Dios por refugio, amartillan las contusiones de su frente contra este muro terrible: el odio de Dios.

No ciertamente contra el odio que Dios tiene..... Dios no tiene más que inmensas é infinitas compa-

siones, sino contra el odio que ellos tienen á Dios; odio con que les han traidoramente envenenado.

Si Juan hubiera sido más joven se hubiera puesto al frente del movimiento de que estamos siendo testigos: este era su papel natural. Vió por lo menos la aurora de este movimiento, y recuerdo que la primera vez que oyó, muy poco tiempo antes de morir, la elocuente y profética palabra del soldado, joven entonces y desconocido, que ha llegado á ser el general del ejército del bien, exclamó trasportado de alegría:

—Hé ahí un coracero (1) que empleará quizá doscientos años en abrir el portillo por donde Dios vuelva á entrar en la mansion del trabajo; pero ¿qué importa el tiempo? Muerto ó vivo, él habrá levantado el bloqueo del taller, y la victoria se llamará con su nombre.

Marchóse aquel día sin ofrecer su mano envejecida al joven y vigoroso apóstol, no ciertamente porque tuviera celos; pero contra su costumbre, se apoyó silenciosamente en mi brazo para volverse á su guardilla, y, ya en la escalera, me dijo:

(1) El señor conde Alberto de Mun era entonces capitán de coraceros.

—Dios tiene piedad de los que llegan como yo, malos obreros de la última hora, pero nada más: no tiene más que piedad. No les concede nunca la sublime alegría de los vencedores. A los jóvenes, á los valientes que son bastante dichosos para tener en la edad de la fuerza la santa voluntad de pelear, yo no puedo ayudarles más que con el fervor de mis oraciones.

Y en uno de los días siguientes, calmado ya por la reflexion, añadía:

—¿Has visto bien, has oído bien al coracero? No sé yo si se saldrá con la suya, porque Dios no ha prometido á su Iglesia un consuelo tan grande. La tiranía que el mal ejerce sobre el obrero es el máspreciado privilegio del Infierno, y el Infierno no quiere soltarle. Pensar que esos millones de infelices que sufren pueden ser consolados aún en este mundo y victoriosamente emancipados de su tenebrosa esclavitud, quizá sea una utopia. Pero, de todos modos, ¡bendiga Dios al valeroso joven que ha dado una fórmula clara, sencilla y viril á los indecisos conatos de mi deseo! Ese joven ama verdaderamente á Jesús en el obrero. Es un alma noble y un corazón firme y decidido. Detrás vendrán otros más sabios que él, si no más elocuentes; pero lo que él funda será más bien una falange, más bien un ejér-

cito que una escuela, y él quedará siempre de jefe por el derecho que le da su intrépida iniciativa.

Aun cuando cayera en el camino, bajo el peso demasiado enorme de la cruz que ha cogido á cuestas, su caída siempre sería gloriosa y fecunda como un triunfo. Los hombres de su temple alcanzan la victoria sólo algunas veces en vida, casi siempre muriendo.....





I

EL LIBRO QUE HAY QUE HACER

 A familia de Juan, como he dicho, se componía de Magdalena, su mujer, y de Facio; pero puede decirse que formaba parte de ella también la niña Berta, que iba á pasar el día á su casa una ó dos veces por semana, estando lo demás del tiempo en un colegio.

Parecíame que Magdalena no quería demasiado á esta niña; pero Juan estaba loco por ella. Berta y Facio andaban á la greña por inclinacion. A decir verdad, ni uno ni otro eran malos; pero Facio tenía el dardo parisiense en la punta de la lengua, y Berta, por su parte, en la punta de los dedos.

Los otros hijos de Juan y de Magdalena, es de-

cir, sus verdaderos hijos, ya mucho mayores, se habían establecido en pueblos lejanos. Era una familia dispersada por la ruina del padre.

Juan estaba casado en segundas nupcias, y Berta era hija de la hija de su primer mujer, que fué aquella María de Moy que en otro tiempo le tiraba cajas de juguetes á la cabeza por la ventana del cuarto principal. Es decir, que Juan era abuelo de Berta, cuya madre había muerto.

Mucho tiempo pasó sin que Juan me volviera á hablar de sus *etapas*. Estuvo enfermo una gran temporada á luégo de aquella entrevista desmesuradamente larga (comenzó á las ocho de la noche y terminó al amanecer) en que me contó la muerte de su padre. Y yo, por mi parte, tampoco procuraba hacer recaer la conversacion sobre el asunto, porque su primer historia me había dejado una impresion profunda, pero *inútil*, como que no pensaba que me sirviera para mi oficio de escritor. ¿Qué había de hacer de ella? Y sobre todo, ¿qué habían de hacer de ella mis lectores habituales, á quienes amaba tanto y amo todavía, mis queridos lectores empeñados en resolver conmigo, de número en número de folletín, el importante problema de saber cómo Agueda se casará con Teodoro?

A más de que yo había prometido no poner mano

en el asunto sin estar convertido, y nadie es más tarde en convertirse que los hombres como yo, amigos platónicos de Dios, respetuosos para con Dios, pero que no sienten la necesidad de Dios y que se pasean quizá toda su vida, sombrero en mano, alrededor de Dios, sin entrar en Dios.

No tomé apuntes acerca de lo que Juan me había contado aquella noche, y no sólo no tomé apuntes, sino que hice lo que pude por borrarlo de la memoria. Había en el fondo de aquella narración cosas que me impresionaban de una manera desagradable. Sin llegar hasta el punto de decir, como el doctor Olivier: «Si me vuelves á hablar de eso no vendré más», le agradecía yo á Juan muchísimo su silencio.

Él, por su parte, parecía experimentar aquella vacilación, aquella misma repugnancia que le había detenido tan largo tiempo en el dintel, como si dijéramos, de nuestras relaciones. Así como había retrocedido días y días antes de penetrar en el secreto de su vida, así ahora buscaba pretextos para no continuar esta excursión por entre los dolores de su pasado.

Y lo que es en esto, los dos éramos cómplices. Si Juan tenía miedo de renovar en su corazón una llaga, yo por mi parte no pretendía ni mucho menos

resucitar emociones que habían dejado una especie de contusión en un rincón de mi alma.

No me gustaba nada aquella emoción que me arrastraba con importunas violencias hacia un lugar donde yo no quería ir todavía.

Pero debo confesar que, cuanto más pugnaba por olvidarlo, más vivo mantenía el recuerdo.

Una figura, sobre todo, de entre las que Juan había bosquejado ocupaba siempre mis horas de soledad y me asediaba; era aquel joven á quien no querían apenas en la familia porque le respetaban demasiado; aquel Carlos, el *hipócrita* para los tábanos del Liceo, el *jesuita* que decía la buena Juliana, y el *juicioso*, como le llamaban sus hermanas y su madre.

Para mí, su hermano, el bueno de Francisco, el soldado, valía tanto como él, no lo ocultó; pero entonces, ¿por qué Carlos vagaba de continuo rondando mis pensamientos, mientras que el bravo Francisco me ocupaba tan poco?

Durante este período de tiempo, Juan me entretenía casi exclusivamente con el famoso libro que había que hacer sobre Tartufa.

Su pensamiento era complejo; veía dos Tartufas: el uno santo, el otro pillo, y esto nos traía á la memoria á Carlos, pues Juan me había dado á enten-

der en diversas conversaciones que Carlos había sido calumniado gravemente, insultado y abofeteado—si no materialmente con la mano, al ménos con el pesado golpe de la mentira,—y había presentado la otra mejilla al ultraje con la frente serena y bajos los ojos.

Lo cual es terrible; es contra la inclinacion de la naturaleza, como todo lo que es sobrenatural.

Había en ello un heroísmo milagroso, ó una cobardía sin nombre.

Yo tenía miedo de saber más á propósito de aquella historia que me repugnaba de antemano enérgicamente: ¡hasta tal punto la entrevía alejada de mí y superior á mí!

Una mañana de primavera, un jueves por cierto, vino Juan á mi casa pidiéndome de almorzar. Traía consigo á Facio y á Berta, porque era día de vacaciones. A Magdalena la gustaba más quedarse en casa, y nunca solía venir á la mía.

Vivía yo entonces en una habitacion encantadora, situada en medio de un barrio muy feo, en la calle de San Mauro de Popincourt, no lejos de la iglesia de San Ambrosio.

Era la antigua casita del señor de Breteuil, embajador de Francia en Rusia al comienzo del reinado

de Luis XVI. Todo el contorno estaba lleno de fábricas y talleres; pero el jardín era precioso y muy bien aislado. Se podía hablar allí como en medio del campo. A Juan le gustaba mucho aquel jardín, cuya historia había encontrado entre los papeles de la parroquia de San Ambrosio.

En tanto que Berta y Facio se olvidaban de pegarse, entretenidos en jugar con mis hijos, Juan se entretenía también disertando largo y tendido mientras tomaba su café bajo el emparrado.

—No lo dudes—me decía;—el siglo va tomando un camino muy particular; vamos á entrar en una corriente literaria católica muy acentuada, por consecuencia precisamente de los esfuerzos extraordinarios que va á intentar la impiedad por ver de aniquilar el catolicismo. *Non prevalebunt*: ni los gigantes ni los hongos de la materia prevalecerán en definitiva, porque tal es la promesa de Dios, según nosotros sabemos y ellos quizá no ignoran; pero entra en el orden de la Providencia y en la naturaleza misma de las cosas el que lleguen muy cerca del éxito y hasta obtengan victorias considerables en apariencia, y que tengan su día en que le sea permitido al impío subirse á los tejados para ostentar á la faz del sol su efímero triunfo.

Así debe suceder, y así sucederá; son numerosos

son, mejor dicho, innumerables; son poderosos por su talento, por su ciencia, y áun algunos por el genio.

Los hay, y yo por mi parte conozco algunos, que hasta son poderosos por la virtud, tomando la palabra en su acepcion puramente humana.

Quiero y respeto á algunos de ellos, como hubiera respetado y querido á Sócrates ó á Platon.

En todos tiempos ha encontrado el catolicismo defensores que tenían todas las cualidades que acabo de enumerar, y que las tenían en grado admirable; hállanse de siglo en siglo los apologistas del catolicismo en la primera fila de los escritores ilustres, y la pluma de sus grandes obispos ha sido siempre de oro; pero si nunca le han faltado al catolicismo generales gloriosos, lo que es soldados sí le han faltado algunas veces, sobre todo cierto género de soldados: los que dejan atrás á la caballería, aun marchando á pie, á la carrera; los que pelean con ambas manos; los que asustan al enemigo; los *cazadores*, los *zuavos*.

También ahora, en verdad, van á ser menester soldados, y precisamente de estos soldados, porque la batalla va á propagarse y extenderse, va á descender á la arena misma de la vida de un día á otro. Ya lo verás antes de mucho tiempo.

Va á ser una refriega en que habrá que hacer uso de todas las armas, desde el cañon hasta el alfiler. Llegará el día en que los santos tendrán que aprender la gimnástica del sarcasmo, la esgrima de la burla, y hasta ese arte ignorante de cortar una miserable novelucha en trocitos pequeños para excitar el apetito de los viejos monotes que se alimentan de este género de salsas.

Hará falta gente, mucha gente, en rededor y por debajo del gran periodista católico, que es el primero de todos los periodistas. Es verdad que no está solo, bien lo sé, aunque tiene las espaldas más al descubierto que los demás: su estado mayor es bueno y brillante. Pero no es, al fin, más que un estado mayor; mientras que en redor de la impiedad hay todo un ejército que arremolina sus apretados batallones.

Mas quisiera yo que se dejara la palabra á los maestros; pero no va á ser esto posible en un siglo en que los tartamudos tienen el valor de pronunciar discursos.

A más de que el auditorio del periódico, y aun del libro, hase aumentado tanto, y tanto ha descendido el nivel de las curiosidades apetitosas, que los maestros han de sentir la necesidad de tener detrás de sí hombres que no sean maestros, que sepan si-

quiera un poco el idioma de los sencillos, y que sean capaces de conversar corrientemente con millon y medio de abonados de á *sus*; cosa, en verdad, difícil.

Estas muchedumbres curiosas, á quienes habrá que hablar, no carecen de inteligencia; por lo menos, no creo yo haber querido indicarlo; al contrario, son en gran manera inteligentes. Lo grande, lo sencillo, lo bello, las apasiona en pequeña escala y por breves momentos; pero quieren ante todo divertirse, y la admiración *no divierte*.

Las gusta además burlarse de sus mismos divertidores, despreciarles amigablemente y darles un puntapié, diciendo: « ¡qué bruto! », como para vengarse del *sus* que han pagado.

Los maestros no se prestan bien á estas familiaridades: son menester servidores.

No creo yo que los diarios católicos de reducido tamaño lleguen de buenas á primeras á recaudar un millón de *suses* cada día, pero pueden hacer un bien considerable.

Si yo tuviera todavía voz en la prensa, diría á los periódicos pequeños del catolicismo: « Sed la morada de los maestros, pero sed también la mansión de los jóvenes. Buscad á los jóvenes, atraed á los jóvenes, á los vigorosos, á los resueltos, á los atrevidos.

El *magnificat* brotó, es verdad, espléndido y ardiente del corazón de una mujer; pero aquella mujer era la Virgen María, y todo el resto del Evangelio es varonil.

»Nada hay tan viril como el pensamiento de Dios.

»Huid de lo soso, de lo mediano, de la falsa sencillez, de lo afeminado, de lo dulzarro, de lo empalagoso. Dejad á Emerenciana con su candor talludo, algún tanto necesitado de tutela, por más que sea de azúcar de cebada; devolved á Athenaida su pomada austera; dejad á la condesa de Ventavilla en sus periódicos de modas. Toda esa gente de nada os sirve.

»Hombres, hombres, amigos míos, y hombres jóvenes y fuertes, son los que necesitáis para sostener enhiesto y levantado el estandarte de la Cruz, que es pesado de llevar.»

Y creo que tendría mil razones para hablar así; porque veo en esta creciente invasión de mariposas una amenaza para la mies literaria.

Hay, sin embargo, mujeres fuertes, me dirás, en el arte como en la virtud. ¿Qué hombres hay más grandes que las hijas de San Vicente de Paul? Santa Teresa, Santa Gertrudis y tantas otras han hecho oír más alto que los hombres el verdadero lenguaje

del Amor divino. Todo eso es verdad; pero, ¿sabes?, aquí no hablamos precisamente de santidad, aunque Emerenciana sea buena persona. Hablamos de acción.

Iré, si quieres, más lejos que tú: es verdad que la mujer es el elemento íntimo y cordial de la piedad en la familia: todos ó casi todos nosotros somos cristianos gracias á nuestras madres; y no se puede entrar en una iglesia cualquiera sin experimentar una emoción de alegría y de tristeza á la vez viendo la inmensa superioridad de número en que se hallan las mujeres: hay cien mujeres por cada hombre. ¡Dios las bendiga! Pero bien pocas de entre ellas tienen manchados de tinta los dedos.

El hombre es el que está en el altar: el hombre es el que está en el púlpito.

Todo depende, por otra parte, de la ocasión. Cuando Apolo cambia de sexo en la *Revue des Deux Mondes*, por ejemplo, lo encuentro correcto y hasta conveniente; pero, acá entre nosotros, eso mismo me inquieta. Yo diría, pues, á mis amigos: «Echad mano, si queréis, de las mujeres fuertes: echad mano hasta de las pobres mujeres. Insensato sería querer privar al concierto cristiano de ese registro espléndido, suave, tierno, penetrante, que recorre todos los tonos de la inspiración. Solo que, cuando llueve,

hay que temer el diluvio. Escoged con cuidado, y, sobre todo, economizad la inspiracion. También las especias son muy buenas y, sin embargo, no hacen buen efecto empleadas con demasiada abundancia. No conviene que las alabanzas de Dios suenen en los oídos de cierta clase de gente que entra en las capillitas de nuestra prensa, como las coplas de Calafnos, con acompañamiento de vihuela destemplada.....»

Juan se iba animando, según costumbre, á medida que hablaba de esta manera. Tenía inquina contra las literatas, á pesar de su admiracion entusiasta por Jorge Sand, á quien, según él, «no le faltaba más que Dios,» ¡que no era poco!

En este punto se interrumpió bruscamente para gritar, mirando hacia arriba:

—¡Facio! ¡Bribon! ¡Que te vas á desnucar!

Los niños que viven encerrados se salen de sus casillas en el momento que se ven libres. Facio, el prisionero de la *cueva*, hubiera querido saltar de rama en rama por encima de los árboles como las ardillas.

Había llegado á trepar hasta lo alto del emparrado que cubría el cenador, y lloraba porque no sabía cómo bajar.

Subíme yo sobre un banco para hacer el salvamento de Facio, y Juan continuó:

—Barbey d'Aurevilly, que de un rasgo dibuja la fisonomía de un hombre, me definió de este modo una tarde que estaba haciendo mi apología: «Juan es un viajero muy elocuente que sale para París y va á parar á Roma.» El caso es que á menudo me sucede que no digo lo que tenfa intencion de decir. ¡Mal año para Emerenciana y la condesa de Ventavilla, y el estilo de tocador y los papeluchos impresos de cualquier color y olor que sean! Yo había venido á hablarte de Tartufa.

Es menester que comiences en seguida nuestro libro sobre Tartufa, pues para eso ni aun tienes necesidad de estar convertido. Te bastará con tu honradez nativa.

Y no tengas miedo de mostrarte irreverente con Molière, tu ídolo. Puedes quemar todo el incienso que quieras ante su estatua: yo te ayudaré.

Sólo Dios es eterno, pero el mal es inmortal, porque Dios no ha querido poner término á su castigo, que es el ser el mal. Tartufa existía antes que Molière, y quizás Molière, al cogerle, le ha echado á perder.

Mas no por eso dejo yo de agradecer al admirable maestro de la comedia francesa el que haya

echado el alma del hipócrita como pasto á la risa y al desprecio de los hombres.

Hase dicho con insistencia que el tipo que Molière tuvo á la vista para crear á Tartufo era un jansenista muy conocido, enemigo venenoso de los jesuitas. Pero esto, á la verdad, no me importa gran cosa.

De cualquier manera, yo no creo que Molière haya querido herir al sacerdote en la persona de este ateo, ni siquiera al *devoto*, y, sin embargo, puede ser que lo haya hecho, porque en Francia la oposicion lo arrastra todo y conduce á todo, siendo, como es, condicion indispensable de todo feliz éxito.

La palabra «oposicion» ha podido ser inventada hace poco; pero la cosa en sí es tan antigua como el mundo.

En tiempo en que Molière vivía de gloria y de oprobio, de que al fin vino á morir, había en los honores que se concedían al católico piadoso algo por una parte que podía incitar la oposicion de un satírico, y por otra parte algo que podía tentar la codicia del incrédulo.

Molière estaba, pues, en su derecho de oposicion y dentro de la verdad del arte al atacar el reverso de la piedad; es decir, el comercio del incrédulo que usurpa el traje de un creyente.

Hasta aquí todo iba bien; pero esto era lo estrictamente justo, y el afán de obtener un éxito ruidoso no se cuida gran cosa de la justicia, á más de que no podía conseguirse gran éxito en el ataque dirigido contra la incredulidad, que es la oposicion.

Para obtener un éxito completo era menester ir más allá; era menester adular á la oposicion y tomar como punto de partida un tipo conocido, consagrado, oficial, como si dijéramos. En todos los templos hay fariseos, y Molière estaba también en su derecho atacando á un fariseo.

Admitamos que su objeto al crear á *Tartufa* fué arrastrar por el lodo al fariseo católico exclusivamente, y no al fariseo protestante, ni al fariseo jansenista, ni al fariseo parlamentario, ni al fariseo de la sinagoga, ni al Judas de cualquier apostasía, ni al farsante de cualquier francmasonería, ni al santimbanquis de una filosoffa cualquiera.

Esto fué una injusticia y una desgracia.

Molière tenía talla para hacer mejor las cosas. Tenía la talla y la fuerza suficientes para luchar cuerpo á cuerpo con el fariseo sin epíteto, con el hipócrita de cualquier clase, y ahogarle en el abrazo de su genio... ¿Parece que no eres de mi opinión?

Al ser interpelado en esta forma, contesté, no sin cierto mal humor:

—Molière ha cogido á Tartufa donde le ha encontrado.

—Está bien—exclamó Juan frotándose las manos.—Precisamente no deseo otra cosa sino ir haciéndote algunas concesiones; los obsequios fomentan la amistad: concedido. Molière ha cogido á Tartufa donde le ha encontrado; es decir, donde su instinto de cortesano de las muchedumbres galoneadas ó harapientas, y su olfato de gran poeta, amante del éxito, le ordenaban buscarle, so pena de haberle hallado en cualquier otro sitio mucho menos favorable para el efecto cómico y el éxito de su obra. Tu respuesta me satisface completamente, porque deja clarearse esta confesion, á saber: que Tartufa no vive siempre en el mismo número de la misma calle.

En efecto, á menudo se muda de casa el infeliz. Y algo menos de cien años después de aquella noche del 17 de Febrero de 1673, en que Molière el cómico moría con la cabeza en el regazo de una hermana de la Caridad, si Molière resucitado hubiera querido buscar otra vez su fariseo, seguramente no hubiera llamado otra vez á la puerta del mismo teatro para hacer á todo un ejército de lacayos galoneados la siguiente pregunta: «El señor duque de Tartufa ¿está visible?»

Eran aquéllos los tiempos en que un gran ministro (como le llaman los diccionarios), modelo de filosofía, de patriotismo y de lealtad, pensionado por el Austria y pensionando á su vez á la vieja Pompadour, dejaba nacer á Prusia y morir á nuestras colonias; labraba la fortuna de Inglaterra; mataba á Montcalm, mataba á Lally-Tollendal; perdía el Canadá, perdía la India; estrechaba nuestras fronteras, á pesar de las batallas ganadas por nuestros soldados; echaba á pique nuestras flotas, empobrecía nuestros campos, firmaba una paz humillante después de una guerra gloriosa, y se retiraba, enemigo cruel de su rey, pero amigo cariñoso de Voltaire, á su tranquila morada para embotellar allí, después de mezclado con el jugo de la Enciclopedia, el brebaje diabólico que debía amamantar á Robespierre.

¡Pobre hombre!

Los diccionarios le han perdonado todo esto porque expulsó y robó á los jesuitas, culpables de haber estorbado á su patrona la Pompadour la ocasión de cometer un sacrilegio.

Este Tartufa ya no se parece nada al Tartufa de Molière.

Y, sin embargo, ¿no es Tartufa?

Y si es cierto que el talento obliga, más todavía

que la nobleza, ¿no tenía Molière el deber de cortar el manto de su fariseo bastante ancho para que pudiese venirles bien á todos los hipócritas?

Pero pasan los años, y aquí tenemos ya al ciudadano Tartufa, en lugar del Excmo. Sr. Tartufa; porque se me antoja saltar por encima del Tartufa ginebrino y del Tartufa enternecido por «la religion de la naturaleza,» que se desvive por ver cómo se levanta en Oriente el carro de la Aurora....

¿Habré de hablar largamente de Tartufa el de la guillotina? No por cierto. Guillotinóse á sí mismo en su afán de no estar parado, y esto le disculpa hasta cierto punto. A más de que me objetarías que Molière no pudo presentar en escena tan odioso personaje, puesto que no le conocía ni le adivinaba siquiera en la honradez natural de su pobre alma cándida.

Mas, con todo, ¿no es una verdadera desgracia para un gigante como Molière el haberse gastado la pólvora en tirar á un tan ruín gazapillo como es su Tartufa de pseudo-sacristía, cuando en un solo cuarto de hora de caza vamos nosotros encontrando tantos y tan enormes Tartufas que combatir, que no son el suyo?

¡Ah! ¡Que el gran Molière, para hacernos odiosa la plaga eterna de la hipocresía que envenena al

mundo desde que es mundo, haya cogido un zamacuco que acumula traiciones sobre villanías para tentar la tela de un hábito que ni aun llega á manchar, y para engañar á un hombre de bien confiado hasta el exceso, pero sin llegar á robarle, y que hasta el gran rey Luis XIV haya empleado sus ocios en descubrir esta pobre intriga!....

¡Y éste es Tartufal! ¡Este es el IMPOSTOR por excelencia, el milagro de hipocresía! ¡Ha sudado la gota gorda durante cinco actos, para que se burle de él madama Elmira, sin que él, por su parte, logre engañar más que al pobre Orgon, empeñado en dejarse engañar!

Y por contera, esa serpiente, ese monstruo negro y horroroso, está siendo cada día acribillado á heridas y como respunteado con hilo blanco para que todo el mundo le haga burla, conociéndosele desde luego, pues que ha habido alguien que le ha llamado «el principal enemigo del fraude.»

¿Quién ha podido ser este alguien? Preguntéle en cierta ocasion á Janin, que me respondió con el habitual buen humor de su escepticismo:

—¿Quién había de ser, voto á bríos!..... ¡El comisario!

¡Ahí tienes! ¡Ese coloso de astucia tiene ya su proceso abierto en las oficinas de policía, en casa

del teniente de lo criminal, Tardillo, que vivía ya entonces en la calle de Jerusalén! ¡Ese saco de marrullerías se ha dejado tomar la filiación por el secretario del Juzgado de paz, y el inspector le ha atado un hilo á una patal

• Vamos, que hay que convenir en que el tal Tartufa no es cosa grande.

Ha sido menester todo el genio de Molière para meter miedo aun á D. Prudencio con este fusil de caña.

He oído sostener una vez á un elocuentísimo escritor, que en sus escritos nunca trata de estas cosas, pero cuya conversacion, que tiene tanto de animada y viva como su prosa de grave y seria, sale siempre salpicada de conceptos brillantes, presentados en forma paradójica; he oído sostener, digo, la tesis de que Tartufa no es en el fondo más que una obra maestra de ironía, arrojada por el autor á la cara de los Prudencios del siglo xvii.

Yo, por mí, no lo creo así. Molière es más grande que la ironía, y en tiempo de Orgon no había Prudencios.

Orgon y D. Prudencio son incompatibles.

Ten en cuenta que Orgon es de un siglo y D. Prudencio es de otro; pero Tartufa es de todos los siglos. Y aquí tienes por qué ataco yo al Tartufa de

Molière, porque no es más que el Tartufa del siglo de Orgon.

No; Molière no ha querido burlarse de los que le aplaudían. Era comediante y era autor dramático, y por estos dos títulos vivía de los aplaudidores, que por lo general no sufren en manera alguna que se burlen de ellos.

Molière quiso hacer una obra de gran éxito, y puso en ella el *quantum sufficit* de oposicion, de justicia y de odio: el odio dirigido contra una cosa realmente aborrecible, como es la hipocresía; la justicia aplicada á cosas criminales, como son el dolo, la seducción, la intrusion del extraño en la familia; la oposicion, en fin, hecha á una cosa potente y casi soberana entonces, cual era la influencia religiosa.

Viene á ser, pues, la obra de Molière casi una obra de circunstancias, como lo da á entender la vehemente y verbosa charla de madama Pernelle; y quizás aún la parte más importante de la acción señalaba un hecho particular, pues que Tartufa, en cuatro actos de los cinco, se sale enteramente del cuadro de la antigua comedia convencional, y los nombres mismos de Tartufa y de madama Pernelle hacen presentir un paso de exploracion fuera de las costumbres teatrales de entonces para entrar en el camino por donde va todo el mundo. Philinto es

todavía griego por su nombre, y Orgon lo mismo; Elmira parece venir de hacia España; pero madama Pernelle es ya de Pontoise, y Tartufa, discretamente arropado en una bata de Italia, viene de Roma en vía recta, ó á lo menos hace los posibles por parecerlo.

Es humilde é insolente á la vez, á lo Mazarino, y ha podido muy bien nacer de los odios suscitados y conservados por la invasion italiana de tantas reinas y de tantos ministros; figuras que tenían su grandeza, pero que eran hostiles al temperamento de Francia.

Huele á desquite más bien que á blasfemia; manobra cuando más en favor del galicanismo, próximo ya á descomponerse, y ciertamente no sospecha siquiera que, después de haber hecho reir á aquella corte erudita y profundamente necia, á aquellos marqueses inocentes, aunque cargados de talento, á aquellos escépticos titulados que escupían hacia arriba con muchísima gracia la mofa que debía tornar á caer como un diluvio y ahogar á toda su raza en la inmensa alcantarilla de la revolucion, no sospechó siquiera, digo, Tartufa, ó por lo menos Molière, que le ha hecho, que la incredulidad iba á agarrarse de él, á echarle en sal, á mecharle, á escabecharle, á ponerle en el asador ó en la cacerola y ha-

cer de él el plato fundamental de la cocina atea del siglo XIX.

¿Te gustan á tí aquellos pobres marquesucos incrédulos? Todavía no han muerto, ¿sabes? Yo conozco algunos todavía, y tengo para con ellos ternuras como de niñera. Dios les daba el alimento ya mascado como á los pajaritos, y era menester que fuesen muy ingratos, por lo mismo que estaban atragantados de beneficios.....

En cuanto al gran Molière, yo te apuesto á que no le admiras tú más que yo; pero miraba demasiado de cerca las enfermedades humanas, para poder ver la salud inmensa de Dios. No conocía el lado providencial de las cosas. Por encima de él se cernía Bossuet en la vision de Jesucristo, sin que Molière ni aun la sospechara, ocupado como andaba en sus admirables é inmensas niñerías.

Para mí es mucho más disculpable que Pascal, otro cómico de primer orden, álgebra sublime, fe estrecha, amor sin confianza, y que, nacido para ser el primer padre de la Iglesia en su siglo, però enfermo del cuerpo y separado de Dios por los escrúpulos, siguió un día las huellas de no sé qué Arnaldo, medio protestante, jansenista y medio, que redactaba ya la *Revue des Deux-Mondes* y el *Journal des Debats* bajo el reinado de Luis XIV, más de un

siglo antes de la aparición de estos respetables «órganos.»

Es una fatalidad: por esos caminos no se anda, se resbala: no se puede poner los pies en ellos sin sumergirse en el fondo del abismo. Puerto-Real (¡ah, cómo se alegraba de ello el pobre Sainte-Beuve!), Puerto-Real ahogó á Pascal después de haberle sacado del cuerpo las *Provinciales*, *Tartufa* colectivo que llaman el Jesuíta; cerca de mil páginas, de las cuales las novecientas son pesadísimas; y las otras cien forman una especie de obra maestra de maldad inútil, que la incredulidad ha utilizado, sin embargo, para batir en brecha al Dios de Pascal, para extirpar la religion de Pascal, para arrancar de cuajo todo aquello en que creía Pascal, todo lo que Pascal respetaba, todo lo que adoraba de rodillas y con la faz humillada en el polvo.

¡Quisiera yo ver la cara que pondría el desventurado Pascal si le fuera dado leer nuestros periódicos publicados de cien años acá y contar las innumerables salsas venenosas que se han condimentado con sus *Provinciales*!

Pero Molière, el rey de nuestro teatro, con su buen sentido tan recto y tan penetrante, poco conocedor de Dios, es verdad, pero tan conocedor de los hombres..... ¿qué diría Molière si levantara la cabe-

za y viera el uso que se hace de su *Tartufa*? ¿Qué diría, sobre todo, al ver esos Tartufas nuevos, plagios en accion, que no le roban su idea para ponerla en escena ó en los libros, pues no son tan estúpidos como todo eso, pero que se sirven de ella política, social, periodística, industrial y judaicamente, como de un excelente pasaporte, para penetrar en las moradas del sufragio universal y escamotear los favores de Orgon, que no se ha hecho, por cierto, más avisado ni menos tonto con haberse hecho elector?

Figúrome que Molière se quedaría desde luego como quien ve visiones ante la innumerable bandada de ánades rojos empollados por su gallina negra, porque seguramente nunca imaginó ni soñó siquiera con semejante posteridad.

Todavía anda por ahí el duque de Tartufa, y aun el doctor Tartufa, y, en rigor, hasta el Tartufa periodista y el Tartufa orador, etc.; mas todos estos Tartufillas, todos estos Tartufetas, todos estos Tartufazas, estos centenares y montones y costales y cestos de Tartufas..... ¡oh! es preciso convenir en que Molière no se los había imaginado! Si los viera, empuñaría una zurriaga, caso de que no encontrara una pluma, y vapulearía.....

Aquí Juan interrumpió de nuevo su discurso para exclamar:

—¡Facio! ¡bribon, que te voy á matar!

Facio no era todavía un malvado, y debo decir que con el tiempo ha llegado á ser un muchacho de talento y de buena conducta ; pero entonces no era más que el hijo de un salvaje de París, y se dejaba llevar de ideas que sólo la buena de Magdalena encontraba graciosas.

Magdalena era, en efecto, partidaria de Facio contra Berta, á la que solía llamar, no sin cierto amargo retintin, «la señorita.»

Esta vez Facio había ideado lisa y llanamente alimentar á Berta con hierba, que á la fuerza iba introduciéndola en la boca, y la muchacha, ya sin respiracion apenas, lanzaba gritos inarticulados. Juan se abalanzó baston en mano; pero Facio estaba ya al otro extremo de la pradera, y el incidente no tuvo consecuencias.

—Aquí tienes—me dijo Juan cuando tornó á sentarse á mi lado;—este abejorro de Facio me ha caído encima cuando menos lo pensaba, por obra de Tartufa y, sin embargo, no por eso quiero peor á Tartufa, porque Facio es un animalejo feroz que se irá domesticando poco á poco. Ya ha comenzado; ya sabe el Catecismo sin errar una palabra.

Hoy había venido á contarte mi primera comunión y la de María; pero en el camino ocurrióseme

la idea de bosquejarte á grandes rasgos la notable escena de Molière andando á vueltas con la descendencia de su Tartufa; escena que constituye el libro que hay que hacer, ó por lo menos es el prólogo de ese libro.

Pero ahora Facio me lo impide. Ya le llegará su turno á Tartufa. Voy á contarte cómo he recogido á Facio, miserable fruto caído de un árbol que se se-
caba herido por el hacha del ciudadano Tartufa.

No hará esta relacion mal efecto en el libro hallando una coyuntura donde introducirla.

Solo que tiene todo el aire de un cuento.

Escucha.





II

EL FONDO DE UN AGUJERO

UAN comenzó de esta manera:
—Aún no hacía mucho tiempo que me había yo convertido, seis ó siete meses quizás, ó un año á lo sumo. Estaba ya, por supuesto, arruinado en toda la línea, pues que la pérdida de mis bienes fué lo que me volvió á Dios.

¡ Ah! No será orgullo en mí el confesarlo, cuando podría muy bien afirmar que he sido atemorizado en el Señor por la muerte de mi hija.

Lo cual, por una parte, sería menos vulgar, y por otra repito que no mentiría mucho cuando lo dijera, puesto que la pérdida de la hacienda no ha dejado en mí huella ninguna, ni jamás he hablado á Dios

de ella, mientras que sin cesar le hablo de María.... la segunda María, ¿sabes?, la hija de la que me regaló aquel caballo con máquina. La muerte de esta hija ha quedado entre Dios y yo como un lazo de dolor, de arrepentimiento y de esperanza, que no habrá fuerza capaz de romperle....

Vivíamos solos Magdalena y yo en mi cueva que acababa yo de alquilar, y á la que á ella la costaba mucho trabajo acostumbrarse después de haber tenido un hotel. Los hijos y las hijas habían ido ya despajando: todos están por allá bastante bien colocados, á Dios gracias. En fin, los castigos de la Providencia han estado para nosotros llenos de dulzura; y si Magdalena no se acordara de «su coche,» recuerdo que la suele ocurrir los días de lluvia, sería la anciana más feliz del mundo, porque en seguida se encariña con lo que ve, y Facio, con quien nada tiene ni es nada para ella, basta á reemplazar á todos los demás..... Lo cierto es que yo he conocido muchas personas mejores que nosotros.

Una tarde del mes de Junio dije á Magdalena:

—Pon á asar ó á freir un trocito de cualquier cosa para llevárnoslo y comer mañana de hambre. Si te parece, nos iremos al campo, lejos, lejos: necesito andar diez ó doce leguas á pie.

Magdalena se echó á reir y me contestó:

—¡Pobre hombre! En otros tiempos habrías andado catorce y todo.....

Y decía la verdad, y quince también, y veinte, y más todavía : á la edad de diez y seis años hice ya á pie el camino de Angers á Tours, desde las seis de la mañana á las once de la noche. No sé cuántos kilómetros cuentan ahora entre ambas ciudades, pero entonces había veintisiete leguas del país. Otra vez escribí dos tomos regulares en seis días. Hazañas propias de un caballo de coche de plaza.

Pero, á la sazón de que hablo, yo era ya viejo y Magdalena tenía razón en reirse.

—¿Dónde iremos en ese caso?—me preguntó.

—A cualquier parte, á San Germán, si quieres; veremos extenderse ante nosotros el bosque.

Magdalena puso á asar no sé qué, y á la mañana, muy temprano, nos pusimos en marcha, yo con las manos colgando y ella con su cesta de provisiones debajo del brazo, y de muy buen humor por cierto, pues que aquella especie de gira la recordaba tiempos aún más lejanos que los tiempos de su coche.

Nos tragamos sin sentir el *boulevard* Bosquet y la avenida Josefina, por donde ganamos la ronda de Curva-vía. No me contrariaba á mí otra cosa sino el que San Germán estuviese tan cerca, y me iba diciendo :

—El caso es que apretar hasta Rouen sería demasiado para Magdalena.....

Estaba un tiempo hermoso, pero hacía mucho calor, á pesar de ser tan de mañana. Al puente de Neuilly comenzaba yo á entrar en calor; y al alto de la cuesta de Curva-vía iba ya sudando á mares y me tendí jadeante en una de aquellas heredades que están á la espalda del Monte-Valeriano, por el lado de Nanterre. Las conocía perfectamente. En otro tiempo se cultivaban allí rosas para las ramilleteras ambulantes; pero la arena que asoma por todas partes á flor de tierra se ha sobrepuesto á la capa vegetal y ha imposibilitado el cultivo. Al presente son una serie de terrenos baldíos tristes y negruzcos, por donde se ven vagar soldados desorientados y confundidos siguiendo veredas de ovejas que no conducen á ninguna parte.

De tiempo en tiempo suelen comenzarse allí misteriosos trabajos estratégicos que contribuyen á aumentar lo melancólico del sitio. Los parisienses no van allí nunca.

Conocen al Monte-Valeriano como á la Luna, sólo por un lado; bien es verdad que ésta es su manera de mirar todas las cosas.

En el fondo yo soy un parisiense y un tonto: como la cima del Monte-Valeriano me ocultaba á Pa-

rís, y aun el bosque de Bolonia, experimentaba yo la misma sensación que el primer navegante cuando dejó de ver la costa. Parecióme aquél un sitio inmejorable, porque no podía ya con la fatiga, y me maravillé de que no se hubiera ya pensado en edificar allí una ciudad floreciente. Magdalena, que no es nada maliciosa, me contestó que tal vez sucedería con el tiempo.

Lo que me hacía falta era sombra, porque el cielo estaba sin un nublado. Pero había allí cerca un raquítico bosquecillo de acacias, cuyas menudas hojas acribaban ó cernían los rayos del Sol como un cedazo. Proclaméle bosque virgen, y en cuanto llegamos á él exclamé:

—Acampemos aquí, á la frescura, que me parece que ya tenemos bien ganado el almuerzo.

—Sí por cierto, hombre, sí por cierto—me contestó Magdalena;—¡como que has andado ya media legua de las catorce!

Destapada la cesta de las provisiones, contenía pan tierno, carne fiambre, un ángulo agudo de queso de Brie, cerezas y una botella de vino ya empezada. Aquello era una comida de campo en toda regla.

Tanto Magdalena como yo solemos tener buen apetito; así es que los dos comimos de firme; pero

como el vino era poco, empezamos á sentir mucha sed. Yo quería agua.

Pero precisamente lo que ha impedido hasta ahora el establecer una poblacion hermosa y rica en los terrenos incultos del Monte-Valeriano es quizá la falta de fuentes. No hay en todo por allí más que un pozo que se agota en tiempo seco. Despues de haber paseado por los alrededores una mirada investigadora, dije á Magdalena:

—¿Ves aquella casa de campo, allá abajo, en aquel vallejo? Allí pasaría yo contento toda mi vida.

—¿Sí, eh? Pues yo no — me replicó Magdalena.

Nunca suelo yo incomodarme con ella porque no sea de mi misma opinion, y continué:

—Por ahora no se trata sino de ir allí á buscar agua. No presenta gran aspecto de riqueza; de suerte que, si te reciben bien, dejas disimuladamente un par de suses en la esquina de la mesa.

Magdalena fué, y volvió en seguida con el agua en una botella rota. Al alargármela se la arrasaron en lágrimas los ojos.

—¿Por qué lloras?—la pregunté.—¿Eran mala gente y has reñido?

Pero Magdalena, en lugar de responderme, se contentó con sollozar, y luégo me preguntó á su vez:

—¿Tienes todavía aquella moneda de cien suses?

Debo advertir aquí que mi vanidad en lo tocante al bolsillo no murió inmediatamente después de mi cambio de vida. Para muchísimas cosas era yo ya entonces humilde hasta hacer gala de mi bajeza, lo cual, sea dicho de paso, para nada sirve, y debo acusarme de ello; pero para otras conservaba todavía un gran fondo de semejanza con los pavos reales. Así es que la moneda de cinco francos á que aludía Magdalena no se me iba nunca del bolsillo. Formaba, por decirlo así, parte de mi traje y no la cambiaba nunca, en lo cual hacía muy mal, puesto que conocía mucha gente más pobre todavía que yo. A la pregunta de Magdalena respondí:

—Que la tenga ó que no la tenga no hace al caso, puesto que no hemos de gastarla.

—¡Ay, querido!—exclamó ella;—¡querido mío! Yo sé que tienes buen corazón; y si vieras semejante miseria, estoy segura de que esos cinco francos te quemarían en el bolso.

Tenía yo ya mi vaso de agua en la mano; pero, en lugar de beber, me puse en pie y eché á correr hacia lo que yo había llamado «una casa de campo.» No diré que el deseo de acabar allí mis días, manifestado por mí momentos antes, fuese

muy serio; pero, con todo, la verdad es que soy míope y que había visto aquella vivienda de una manera muy vaga desde el paraje en que estábamos almorzando.

No será á tí ciertamente á quien haya necesidad de enseñar que se hallan con harta frecuencia, en esa especie de desierto cercano á París, casuchas de vagabundos por junto á las cuales pasa uno con cierta sospecha de que hayan podido servir un día ú otro de escondite á un hombre. Tú has tratado de este asunto quizás de sobra: has descrito minuciosamente esos albergues, ora aislados, ora reunidos en verdaderas ciudades de miseria y constituyendo lo que los mismos pobres, en su doloroso buen humor, llaman «las Californias.»

Lo que has hecho así es curioso y verdadero hasta cierto punto; pero tarde ó temprano te ha de pesar de haberlo hecho, porque es poco digno el andar buscando el lado puramente curioso del gesto arrancado por un gran sufrimiento.

Tú no has adulado ni fomentado nunca los odios tan disculpables de ese pueblo extraño, lo cual ya es algo; pero ¿has tratado alguna vez de calmarlos? ¿Les has mostrado alguna vez con decision y valentía á esos condenados de la Tierra la evidente, la espléndida compensacion que les está ofrecida en el

Cielo? Se te hubieran reído, ¿no es así? Y tú has tenido miedo á esa risa. ¡Cobarde!

Yo supongo que no te lanzarías, sin llevar el bolsillo abierto, en medio de tales estrecheces y miserias. Supongo que les abrirías á aquellos infelices ambas las manos; pero ¿les abrías tu corazón? ¡Ah! tú te mostrabas simplemente bienhechor allí donde era necesario ser caritativo. Y no vale que alegues ignorancia; lo sabes tan bien como yo: la beneficencia es hija de la compasión, pero la caridad es el amor mismo.....

Detúvose aquí Juan, y yo le tendí la mano, que me apretó, según su costumbre, moviendo lentamente la cabeza.

—Está bien—continuó:—corto aquí mi sermón, porque eres discreto; pero déjame que te lo diga: si brotara una sola chispa de abnegación, entiéndase que hablo de verdadera abnegación, de entre el egoísmo perezoso de los hombres honrados de tu misma laya, Tartufa-ateo y el ajeno no lo tendrían tan fácil para envenenar la guardilla.....

Volvamos al asunto: no hay tal *California* al otro lado del Monte-Valeriano. Lo que me plugo al principio tomar por una casa de campo era una de esas infelices madrigueras de hurones descivilizados que se albergan alrededor de París en los rincones

abandonados por la cultura. Una de esas barracas que subsisten allí, sea que el dueño del suelo las tolere, sea que ignore su existencia, hasta el día en que cualquiera que se cree con derecho viene y dice al intruso morador: «vete de aquí.»

Me acuerdo perfectamente de una de estas barracas de tus libros, que tú nos construiste con argamasa, huesos, pucheros quebrados, carbon de piedra, escoria de fragua, tizones, pedruscos, cieno y latas de sardinas. Y es verdad; yo la he visto entre Clichy y Saint-Ouen. Pero la que aquí nos ocupa era sencillamente una antigua choza de pastores, abandonada ya por vieja, y que habían enterrado hasta la mitad, entre despojos y desperdicios de todas clases, con el fin de darla solidez y consistencia.

El antiguo cuerpo de la choza formaba como un molde que sostenía en forma cónica los desperdicios amontonados, y al mismo tiempo éstos amparaban y vestían, por decirlo así, el decrepito armazon de la cabaña. El viento nada podía hacer allí, porque la choza estaba metida en un hoyo; pero, para reducirlo todo á un monton de polvo, hubiera bastado un puntapié algo fuerte.

Iba yo lo más de prisa que podía, y Magdalena, que se había detenido á volver á meter el sobran-

te de las provisiones en la cesta, seguía tras de mí gritándome desde lejos:

—Mira, yo no pude dejar la moneda en la esquina de la mesa, lo uno porque no tengo dinero, y además porque allí no había mesa ninguna. Ten en cuenta que seguramente no debe ser ése un pobre de buena índole, porque huele á ajeno que apesta; pero allí está estirizado en el suelo, metido en un costal, y yo creo que se muere... y el niño está llorando, enteramente desnudo y arrastrándose por el suelo como un gusano: ten cuidado al entrar dónde pones los pies, no le despachurres.

Llegaba yo entonces justamente al dintel de la choza, y no estaba demás la advertencia, porque me encontré con una miserable criatura en camisa, ó mejor dicho, en harapos de camisa, arrastrándose al traves de la puerta. Podía tener poco más de dos años: su carita era graciosa, aunque estaba horriblemente manchada, y sus miembros bien formados, á pesar de estar muy flacos. Lloraba, y el llorar era sano todavía.

—No hace aún mucho tiempo que tiene hambre—me dije al oírle.

Apenas hube entrado, sentí que me cortaba la respiración una horrorosa hediondez formada de humo de tabaco, de ajeno, de muerte y de miseria.

—¡A beber!—resolló una voz cavernosa en la oscuridad y hacia la derecha de la puerta.

Por supuesto, no había ventana alguna. Yo miraba y no veía más que tinieblas; pero dije para mí:

—El que ha hablado debe estar en el suelo.

Y no me engañaba. La voz cavernosa añadió:

—¿Es usted de los de San Vicente de Paul? ¿Hasta aquí vienen también esos pajarracos á ejercer su industria? Aquí no comemos de eso..... La pobre Adela clamaba hace poco por un cura..... ¡Qué tonta!.... ¿Y dónde estaban las piernas para ir á buscarle?.... A más de que los curas no vienen más que por el dinero.....

—Hay aquí otro saco—exclamó en este momento Magdalena, que entraba á su vez y miraba hacia la izquierda de la puerta;—y es una mujer la que está en él.

El niño se clavó á los manteos de Magdalena, gritando: «¡Mamá, mamá!» Y el hombre que estaba metido en el saco de junto á mí, es decir, en el de la derecha, se echó á reir de una manera tan lúgubre que me temblaron las carnes.

—Mira á ver—la dije á Magdalena;—yo creo que esa mujer debe estar muerta.

Al mismo tiempo me incliné sobre el saco que había yo descubierto primero. Se me iba acostum-

brando ya la vista á aquella oscuridad, y pude distinguir un rostro macilento y horriblemente desencajado en donde se dibujaba una sonrisa dolorosa. Tenía el labio inferior colgando y me dejaba ver blanquear los dientes, entre los que apretaba el tubo de una pipa apagada.

—Sí, está muerta,—me contestó Magdalena, que estaba al lado del otro saco.

—Por eso es—dijo el hombre—que ha dejado escapar al chiquillo..... ¡Claro! ya hacía rato que no la oía yo moverse ni quejarse.

—Mira, Juan, no nos estemos aquí—exclamó Magdalena,—que se nos va á pegar el mal.

—¡Qué bestia!—murmuró el hombre;—¡que se te va á pegar el mal!.... ¿Acaso ha tenido tiempo de corromperse? Se ha *marchado* esta noche..... ¡Pobre Adela!.... Y el niño, en cuanto ella no ha podido tenerle, se ha escapado por ahí, como era natural, haciendo altares..... ¡Cosas de su edad!.... Y ha roto sin querer la última botella de ajenjo, que se ha derramado..... Por eso huele tanto.....

—¡Mamá, mamá!—segufá llamando el niño.

Y el hombre le respondía con voz fatigosa, pero sin que hubiera la mas leve ironía en su acento:

—¡Bah, bah! llama á tu madre, que ya no la molestas.

Y continuaba riendo con una risa medio apagada; pero el estertor que salía de su garganta no era precisamente el de la agonía. Ni tampoco era enteramente el hipo de la embriaguez. Participaba un tanto de uno y otro, y el atontamiento que á ratos le dominaba era combatido por no sé qué resto de inteligente ingenuidad.

Hay hombres de esta clase que mueren rabiosos; mas hay otros también que llegan á un estado neutral y relativamente apacible. Los tres venenos del salvaje de París, el ajeno, la miseria y el odio, producen síntomas muy diversos según el diverso temperamento del atacado, y Tartufa-libertador no asesina á todos sus clientes de la misma manera. Este salvaje mio era más bien de condicion pacífica, y hubieran sido menester quizá muchísimas lecciones dadas por los profesores de odio, por los pontífices del dios Nada, para reducirle á la desesperacion.

Se llamaba Blot, Pedro Blot, y el niño que se arrastraba por aquella madriguera era Bonifacio, ó por lo menos había de ser Bonifacio, puesto que no tuvo nombre cristiano hasta la tarde de aquel día. Pedro le llamaba el «niño,» y parecía quererle bastante. Ya verás luégo de dónde provengan la desnudez del hijo y la enfermedad del padre.

Pedro Blot hablaba con voz apagada, pero con bastante tranquilidad, metido en su saco; y refiriéndose á la mujer que estaba muerta, decía, no sin cierto tono de sentimiento muy amistoso:

—Eso era lo que la quedaba del Catecismo, el deseo de ver á su cura..... ¡Y pensar que todavía se enseña el Catecismo en lugar de instruir al pueblo!.... Tenía todas esas ideas estúpidas..... El Catecismo era también lo que la hacía obstinarse en no querer vivir en mi compañía hasta no estar casada por la Iglesia. ¿Para qué sirve eso? Para engordar á los curas..... Hacía ya tiempo que tosía mucho del pecho: yo por mí, el arca del cuerpo siempre la he tenido sana, y antes del accidente de las piernas no he sabido sufrir más que de hambre y de sed. Ahora estoy impedido, pero estoy fuerte, y aun en este momento, quitado lo de las piernas, estoy mejor que usted..... Lo que me falta es el ajenjo.

Magdalena se había arrodillado delante del otro saco y tenía al niño en brazos. Pedro no la veía, porque estaba yo interpuesto y se la ocultaba. Sacó una mano para frotarse los ojos, y me parece que debía escocerle en ellos alguna lágrima, porque dijo en seguida:

—Alguna que otra vez solíamos disputar acaloradamente ella y yo con motivo de sus ideas de san-

turronería; pero nunca la he pegado fuerte, como hacen algunos que apalean á sus mujeres tísicas. Yo lo encuentro eso muy cobarde..... Mientras ha tenido fuerza y aliento para chochear, ha chocheado á su sabor con su buen Jesús y su Santísima Virgen. ¡Qué majadería!.... ¡En el siglo diez y nueve!

—¿Sabe usted leer?—le pregunté al oírle esta última frase, que es propia de la prensa.

—¡Ah, yo lo creo!—me respondió;—no es á mí á quien se le puede venir á contar patrañas..... Con todo, ella quería muchísimo al niño..... ¿Y qué voy á hacer yo ahora del niño, yo solo?

—¿Quiere usted que hablemos de eso?—le pregunté.

Sonrióse maliciosamente al oír mi pregunta, y trató de recobrar la pipa que se le había escapado de entre los dientes, refunfuñando mientras yo se la devolvía:

—¿De veras es usted de los cuervos de San Vicente de Paul?

—Sí lo soy—le respondí;—pero, desgraciadamente, no lo soy de hace mucho tiempo.

—¡Farsas, farsas!—repitió Pedro Blot; y con voz cascada comenzó á canturrear:

Fantasmas oscuros,
¿De dónde salís?

—¡Silencio!—dijo Magdalena indignada.—Espe-
re usted siquiera á que la entierren.

Pedro dejó de cantar inmediatamente, murmu-
rando:

—Tiene razon, ya no me acordaba; lo demás,
no crea usted que soy un hombre sin corazon.

Magdalena, que se había levantado y andaba
dando de comer al niño con lo que había quedado
en la cesta de las provisiones, advirtió que yo cogía
una de las manos de Pedro para tomarle el pulso, y
exclamó asustada:

—¡Pero, hombre, tú no estás bueno! ¡Vas á coger
el mal por andarle tocando!

—¡Calla, hija, calla—la respondí.—Al principio
me había engañado; pero no está muy malo..... ni
es muy malo tampoco en el fondo, seguramente.
Vamos á ver, tráele algo de la cesta: los dos somos
ya dos buenos amigos, hablamos, y en comiendo
algo de eso tomará fuerzas....

Pero Pedro me miró á la cara y me dijo con du-
reza:

—No hay hambre, gracias. Ha oído uno hablar ya
de los mendrugos de San Vicente de Paul, y eso no
es cosa buena; eso deshonra.

—Amigo Pedro—le dije,—hace usted mal en ul-
trajar lo que usted no conoce. No es ciertamente

para dar á usted un rebojo de pan seco para lo que San Vicente de Paul llama á su puerta. Tiene usted razon, sin embargo, en decir y en pensar que el pan que gana uno mismo con el sudor de su frente es el mejor de todos. Fíjese usted bien en esto que voy á decirle. Yo no sé lo que usted vale, pero sé que yo no valgo ciertamente más que usted hoy en día, y que ayer valía menos aún, porque era más rico.

—¡Ah!—dijo Pedro.—¿Con que usted tampoco quiere á los ricos? Entonces puede ser que usted sea más bien un engañado que un engañador, pues que, según dice, no hace mucho que milita en el regimiento del solideo.

Y diciendo esto, me miraba con cierta benevolencia.

Íbame yo cansando de estar agachado sobre su saco, y discurrí sentarme en el suelo á su lado, de suerte que mi cara quedó al nivel de la suya. No creo fuese posible hallar una faz más profundamente desolada. Él, por su parte, parece que debió también hacerse cargo de la ventaja que le llevaba yo en lo físico, porque le oí réfunfuñar:

—¡Diablo de *cuervo*! No tiene traza de haberse hecho embaucador por ganar cuartos.

Yo me decía precisamente de él casi lo mismo, aunque en otros términos, y sentía que le amaba

ya en su abyeccion miserable. Y estaba satisfecho, y sobre todo agradecido, de amarle.

Porque la simple compasion tiene sus límites, bien estrechos por cierto, y no resiste á lo que repugna violentamente. Me ha sucedido alguna vez retroceder todo asustado al abrir una puerta por donde me saltaba á la cara la asfixia horrorosa de la miseria. Además, por naturaleza no soy muy bueno, y, entregado á mis propias inclinaciones, no puedo tener por mucho tiempo compasion del abominable. Era, pues, Dios quien me sostenía, es decir, la caridad, milagro permanente que llega á ser la vida misma de los que están en Dios.

Por supuesto que, al hablar así, no te hablo ya de mí mismo. Yo trato de vivir en Dios, pero hay gran distancia del intento á la obra perfeccionada; y si te digo la alegría que sentía dentro de mí en aquella estancia repugnante, el atractivo de la verdadera caridad, es precisamente porque no estaba bien acostumbrado á ello.

¿Por qué no he de decirlo? Yo sufro mucho en mi espíritu. El cumplimiento del deber no trae consigo la plenitud de la recompensa. Hay horas para la gracia; y según San Agustín, parafraseado por el autor de la *Imitacion de Cristo*, las horas que más se nos cuentan para la salvacion son pre-

cisamente aquellas en que con angustia nos vamos abriendo camino sin el socorro de la gracia. Este mismo pensamiento resplandece en Bossuet. Mas ¿quién nos dice que no es precisa y únicamente la gracia la que puede sostenernos en la ausencia aparente de la gracia?... ¿Has acabado de leer la *Imitacion* (1) que te di el otro día?

—Sí—le respondí;—y es un libro muy hermoso.

—¿De veras?—me dijo con su gracejo ordinario.

—Es un libro muy hermoso—continué yo;—pero no me gusta.

—¡Ah!... ¡pobre *Imitacion*!

(1) Es el libro conocido generalmente en España por *El Kempis*, del nombre de su autor. Los franceses trataron de atribuirsele á Gerson, y por eso le llaman la *Imitacion* simplemente, después de haber hecho desaparecer el nombre de Kempis de la portada de sus ediciones, conducta que han seguido en España los catalanes, siempre imitadores de los franceses. Cuando éstos se consideraban del todo triunfantes, entróles también á los italianos la envidia de reclamar para su patria la gloria que los franceses querian para la suya, y comenzaron á defender que el verdadero autor de la *Imitacion de Cristo* no era ni Kempis ni Gerson, sino un tal Gersen ó Gersenio, abad de un monasterio de benedictinos en Italia; y en efecto, han demostrado que no ha podido ser el canciller Gerson el autor de la obra. Pero, en cuanto á probar que lo fuera su Gersen ó Gersenio, hoy día parece lo más seguro que no ha existido semejante personaje, ni el códice en que los italianos fundaban sus derechos. Resultado: que los enemigos de la gloria del venerable Tomás de Kempis se han destruido unos á otros, y han hecho que hoy día la opinion que le atribuye la *Imitacion de Cristo* sea, si no más general, por lo menos más racional y más segura que cuando nadie la habia puesto en tela de juicio.

—Me gusta más Bossuet, las *Meditaciones sobre el Evangelio*.

—Y sobre todo el Evangelio, ¿no es verdad? Vamos, no has perdido del todo el gusto. Pedro Blot, por su parte, entre la *Imitacion* y Bossuet no tenía preferencia bien marcada. Sin embargo, se iba amansando poco á poco, y bien pronto se volvió del todo hacia mí para decirme:

—Adela padecía del pecho; yo por mí, de tiempo en tiempo, parece que me ahogo aquí del corazón; pero el cuerpo le tengo sano y esto no ofrece peligro. No sé yo lo que será menester para matarme, cuando tan bien he resistido ahora. ¿Tiene usted deseo de saber quién somos, de dónde venimos y qué es lo que habíamos venido á hacer aquí?

—Sí, por cierto—le respondí.— Deseo y necesidad.....

— ¡Calla! ¡Necesidad! ¿Por qué?... En fin, no importa: es cosa breve de contar y es, además, la historia de mucha gente. Vamos allá.





III

UN SUICIDIO

DEDRO Blot continuó:

—Adela y yo no estábamos casados, ¿entiende usted? Pero como si lo estuviéramos; era igual. Nos queríamos mucho; trabajábamos cuando había obra, y se hacía uno duro al hambre y á todo; como que no ha estado uno jamás ni un momento sin sufrir desde el día en que ha nacido.

Yo no tenía vicios, excepto el de fumar. Pero me empiqué al trago cuando se comenzaron á pagar las idas y venidas para mejor elegir el candidato á concejal. Había necesidad de ilustrarse los unos á los otros, y esto da sed, ¿no es cierto? Llegó el em-

barazo de Adela, y con el embarazo la enfermedad: se puso insufrible; yo comencé á volver á casa cada vez más tarde, por no estarla oyendo todo el día, y fuí tomando el gusto á la política que da de beber. Vino por fin el chiquillo: Adela dejó por completo de trabajar; ella quería bautizarle, yo no. Entonces ¡qué diablo! fuí bebiendo cada vez más para matar la tristeza. No hay más remedio. ¡Pues si uno no procura alegrar el espíritu... estamos hechos unas máquinas!

Me iba, pues, metiendo mucho por la bebida, pero no me había dado todavía al ajeno, porque no lo podía sufrir; me repugnaba. «Es la pócima más amarga que hay en la botica,» solía yo decir, estremeciéndome al gustarlo. El ajeno no vino sino con las elecciones generales, cuando Mazagrán comenzó á hablar contra los viejos rezagados de 1848. ¡Ah, cómo nos acalorábamos, unos en favor de los viejos barbas y otros en contra! ¡Tenía que ver!..... el ajeno, el beber ajeno es peor de aprender que un oficio. Cuesta muchísimo trabajo hacerse á ello, y después no puede uno pasar sin ello. Es como la política, que le aburre á usted al principio.....

—Y se acaba por creer en ella—dije maquinalmente.

Pedro Blot me miró con ceño y se encogió de hombros.

—¡Si fuera sólo creer en ella!—murmuró.

Después continuó con desenfado:

—¡Vaya, no nos haga usted tan tontos! Ya sabemos que los farsantes son farsantes, porque hemos oído cantar á los viejos antes de oír cantar á los jóvenes. Por supuesto, siempre la misma música y la misma letra. Los viejos querían hacer su negocio, y le han hecho: los jóvenes van contra ellos por hacer su negocio, y le harán á su vez. Los viejos no han hecho más que su negocio; los jóvenes no harán más que su negocio.

—Pero ¿y los negocios de ustedes? —le pregunté.

—Parece—me respondió Pedro Blot sin pestañear—que nuestros negocios no se pueden hacer ahora en seguida. Hay que esperar.

—¿Y usted obedece así y todo á esos á quien usted llama farsantes?

—Así y todo.

—¿Y por qué?

—Porque demuelen.

—¿Y después?

—Después..... ¿Qué quiere usted?..... eso siempre gusta. Matan á Dios, que es el mal, y puede ser que

al fin y á la postre eso nos traiga alguna otra cosa mejor que Dios.

Quedéme helado al oírle, y no pude menos de pensar en la facilidad prodigiosa del oficio de Tartufa-ateo. No ha menester ni de lógica, ni de ciencia, ni de nada. Ni aun siquiera tiene necesidad de engañar á su Orgon, por que ya tiene cuidado de engañarse el solo.

Con tal que demuela el bien, llamándole el mal, su Orgon todo lo demás se lo pasa. ¡Señor, Señor! ¡Bendita sea vuestra misteriosa providencia! Los hombres se preguntan muchas veces por qué habéis ensanchado y allanado tan extraordinariamente los senderos de la mentira; pero ¿no es tan claro como la misma evidencia? Y la mentira constantemente vencedora sobre la Tierra ¿no es la encargada de demostrarnos la verdad del Cielo?

Por supuesto que Pedro Blot no daba el nombre de Tartufa ni á los antiguos barbas ni á los galanes jóvenes de la demolición; pero continuaba de esta manera su elogio:

—Entre tanto ellos se pasean en coche y nosotros andamos zancajeando á pie, con los zapatos torcidos, cuandos los tenemos; ellos viven en palacios, mientras nosotros nos albergamos en estos agujeros, y eso cuando no nos arrojan contra un

guardarrueda; ellos comen buena carne y beben buen Champagne, y su pipa *aculotada* no es más que una pantalla que no les impide fumar buenos puros de capitalista, cada uno de los cuales representa el valor de un pan de cuatro libras. Antes se escondían de nosotros para eso, pero ahora lo tienen á gala; y bien mirado, ¿qué nos va á nosotros en eso? Nosotros estamos aquí para nombrarles diputados; nosotros les nombramos diputados, y ellos son buenos diputados, porque todo lo hunden. Así es que ahora, cuando vienen á presentársenos alegando méritos, les es ya permitido prescindir de mancharse las manos adrede, como hacían antes, para entrar en nuestras casas, lo mismo que se ponen guantes de color de manteca fresca para ir á los bailes de sociedad. Ya sabemos que no creen una palabra de todo lo que nos dicen, y guiña uno el ojo. *Esta no es la cuestion*, como ellos suelen decir en la Asamblea. A más de que ¿quién es el que cree hoy lo que dice? Yo tal vez, cuando digo que no creo en nada..... y si acaso. Hay momentos en que esto del corazón me hace tanto daño, que se me corta la respiración. Entonces, cuando me falta el aliento, me pasa por las mientes la idea de que voy á cascar; y no tengo miedo, ¡cal, eso no; pero siento frío en los huesos, prueba de que no estoy bien seguro de que voy

á dormir con la muerte de los perros. ¡Qué tontería!

Detúvose aquí sin aliento, y tan terriblemente desfallecido, que á mí también me asaltó la idea de que se iba á morir allí de repente. Teníale la mano entre las mías y estaba fría y mojada.

Yo no sé si es una maldición el haber sabido manejar la pluma. Quería yo ser todo entero para aquel desgraciado, y hubiera dado la sangre de mis venas por encontrar dentro de mí las palabras que eran menester para la curación de su alma; pero la tiranía de mi antiguo oficio me abrumaba.

He tratado de reproducirte el lenguaje de Pedro Blot, tal cual era, y tú has debido pensar que estoy fingiendo con poca habilidad el estilo. No, no lo creas: Pedro hablaba como te cuento, y yo, aun en mi dolorosa emoción, que gracias á Dios era sincera, escudriñaba y criticaba sin querer aquel lenguaje en que el francés llano y honrado del obrero se mezclaba apenas con alguna que otra palabra de *argot* (1), pero se desviaba de vez en cuando hasta usar maneras de hablar que no eran propias del pueblo.

Debo añadir que todo iba envuelto y como empa-

(1) Jerigonza peculiar de la gente baja en Francia, á manera del *caló* de Andalucía.

pado en ese acento especial innoble del albañil de París, que hacen todavía más repugnante esa especie de cansancio ó languidez crónica de los labios y esa torpeza ó groşor de la lengua, síntomas del vicio inveterado de la embriaguez.

Buscaba yo á finas veras una palabra sola que decir, y no la encontraba. Las últimas frases de Pedro Blot parecían prestarme un asidero, pues que él mismo había manifestado alguna duda acerca de la sinceridad de su completa perdicion.

Es muy raro que yo me corte; pero aquella vez tenía la desgracia de *observar*, y no hay nada que envilezca tanto las emociones como ese espionaje literario, antigua manía ¡ay! inveterada en mí, como en el pobre Pedro Blot la sed del borracho.

En vez de hablar, socorrí materialmente á Pedro Blot lo mejor que pude, de lo cual tenía grave necesidad, porque se le había cortado la respiracion y volvía los ojos en blanco. ¡Ah! en verdad que Tartufa-emancipador no apacienta su piara en pastos muy suculentos: al sostener á Pedro medio incorporado en mis brazos, sentí á traves de la tela del saco que estaba anguloso y ligero como un esqueleto.

Magdalena había salido con el niño envuelto en su manton, por ver de adormecerle al aire sano

de afuera. Y mientras Pedro iba recobrando trabajosamente el aliento, oía yo la voz un poco temblorosa, pero muy dulce, de mi mujer, que canturreaba un villancico del país con el que habíamos sido adormecidos nosotros y todos nuestros hijos.

La letra decía:

«La puerta del Paraíso
Se ha abierto de par en par,
Y el Niño Jesús, de flores
Allí coronado está.

La Virgen Santa le adora
Con ternura sin igual;
¡Vamos, vamos, al Dios-Niño
Nuestros dones á llevar!»

Cuando Pedro acabó de recobrar la respiración quiso darme las gracias con los ojos: su mirada era buena. Su figura en aquel momento de relativo bienestar, aislándola de los objetos que la rodeaban, valía bastante más que su lenguaje.

—Ha creído usted—me dijo—que me las iba á liar, ¿no es verdad? Lo qué tiene es que esto no es tan peligroso como parece. Aún estoy fuerte, y lo que es el cofre está famoso..... ¿Qué es eso que arrulla la señora allá fuera?

Aplicó el oído, diciendo esto, al canto de Magdalena, y cuando pudo recoger los últimos versos, tornó á su mal talante para exclamar:

—¡Ca, no, no, ni hace falta!.... ¡Es una tontería!....

Está uno bastante embrutecido, es verdad, pero no tanto como para eso. Si su Niño Jesús de ustedes estuviera en ese Paraíso de ustedes ó en otro lado, donde ustedes quieran, ¿dejaría trabajar á nuestros farsantes de cantina? ¿A nuestros farsantes, que son nuestros amos y nuestros criados?... Que nosotros les sirvamos, aun despreciándolos y todo, se concibe, puesto que saquean y destruyen, puesto que sus dientes son garfios que socavan los fundamentos del viejo edificio social....

—¡Usted no ha nacido obrero!—le dije, interrumpiéndole á pesar mío, pues que había formado propósito de oírle en silencio.

Pedro dejó de mirarme.

—Yo no sé lo que he nacido—me contestó muy bajo, arrugando sobre los ojos la piel de la frente.

Después, irguiendo de súbito contra mí su faz pálida, en donde resplandecía de improviso una conciencia terrible, añadió entre dientes:

—No, yo no lo sé.... ¡pero aborrezco á mi padre y á mi madre!

—¿Viven?—le pregunté.

—No vivirán mucho tiempo, como de mí dependa.

Sentía yo escalofríos de pies á cabeza al oírle, pero él se dió en reír con una risa nerviosa, como al

principio de nuestra conversacion. Después continuó:

—No tenga usted miedo. También yo empleo figuras retóricas, como dice mi periódico..... El gran periódico. ¡Pega cada garrotazo al solideo, que es lo que hay que ver! Y ¿á que no acierta usted dónde aprendí á leerle? Con los *Frères*..... (1).

—¡Ah!—hubo yo de exclamar;—¿ha estado usted en los *Frères*?....

—Sí.

—¿Y les detesta usted?

—Sí..... ahora sí.

—¿Le han hecho á usted daño?

—No, ciertamente..... Y ha de saber usted que me enfadé muy de veras, así como se dice, contra el primer malvado que me dijo: «No hay Dios;» pero mi padre ha contribuído á arrancarme las creencias, y mi madre también.....

—¿Quiénes son, pues, su padre de usted y su madre?

—Un bribon muy enfermo y una bribona que se muere, según dice mi periódico. El bribon es el mundo antiguo, y la bribona es la sociedad de ustedes, más afeminada todavía que pervertida. Por

(1) Hermanos de la Enseñanza.

lo que hace á mi padre de carne y hueso, no ha tenido á bien decirme su nombre, y mi verdadera madre tampoco. Por lo visto, yo les incomodaba; á la una la recordaba seguramente una vergüenza, y al otro quizás un crimen; me abandonaron los dos, y han hecho bien. Pero los hijos como yo, los hijos engendrados por el vicio burgués, muy sagaz, muy decente, muy lavado, muy bien acomodado y muy respetado; los millares y millones de hijos vendidos, echados de casa, abandonados á la izquierda del camino, como se amontona la basura á la orilla de la acera; nosotros, los desechados, somos los que nos tomaremos la acera, la calle, la casa y todo. Aun cuando hubiera un Dios, ese Dios estaría de nuestra parte; pero no le queremos; ¡se nos ha echado fuera de Dios, como de todo lo demás! ¡Y que nos vengan los burgueses, nuestros padres, á hablar de familia! Están verdaderamente graciosos haciendo ese papel. ¡Y de patria!.... La familia es la herencia, la patria es la tierra de los abuelos, y nosotros no tenemos ni herencia, ni tierra, ni abuelos, ni padre, ni madre, ni hermanos, ni hermanas, y, por consiguiente, ni familia ni patria..... Pues bien, nosotros dejamos todo lo demás, pero queremos una patria. Tenemos derecho á ella. Y como nuestra patria es actualmente poseída por

nuestros papás, de quien no somos herederos; por sus señoras, que no son nuestras madres; por sus señoritos, que no son nuestros hermanos, y por sus señoritas, que no son nuestras hermanas, nosotros barreremos todo eso, muerto ó vivo, cocido ó crudo, á votos ó á tiros, como se pueda..... Y no tienen razon ¿entiende usted? los que nos acusan de que queremos repartir. ¿Repartir con quién?.... No, no repartiremos nada con nadie; nos lo tomaremos todo; en primer lugar para tenerlo todo, y en segundo lugar para que nuestros padres no tengan nada..... Esta es la consigna y la marcha.....

Nunca solía yo interrumpir á Juan; pero como él se detuviese aquí para tomar aliento, le dije:

—¡Ah, viejo socialista! no es ya tu Pedro Blot el que habla: eres tú.

Y Juan, sonriéndose, al mismo tiempo que se enjugaba la frente mojada de sudor, me contestó:

—Este es el flaco de los más grandes escritores de nuestro tiempo, que comienzan siempre haciendo hablar á su Pedro Blot, y concluyen por disertar ellos mismos. Has hecho bien en llamarme al orden. Cuando se me pone delante la imagen del vicio galoneado y pulcro, no sé adónde voy á parar, y me acuerdo que allá por los tiempos en que toda-

vía hacia yo libros, sostuve una vez esta tesis (con harto lucimiento, á fe mía); es á saber: que esa excelente y saludable cosa que se llama la LEGITIMIDAD en el lenguaje político, ha muerto en Francia del vicio majestuoso y engalanado de los «buenos años» de Luis XIV, más bien que no del vicio vulgar y desarrapado de Luis XV.

Una institucion fundada en la ley de la familia debe respetar la ley de la familia ó perecer.

Los acomodamientos de conciencia nada valen. El vicio y los productos del vicio son la revolucion misma. Los que hicieron al vicio sentarse en el trono pudrieron tan profundamente la madera de que estaba formado, que el trono falseó por todos cuatro pies á un tiempo cuando la virtud de Luis XVI le pesó encima.

A este propósito, y ya que hemos interrumpido la narracion, te haré notar que Tartufa burgués (el padre de Pedro Blot), moderado, liberal, imbuido en la idea de que es conveniente el catolicismo, pero que no ha de haber demasiado; hombre honrado en asuntos de dinero, ó casi honrado, que detesta lo que él llama el «exceso» en el bien como en el mal, pero que detesta naturalmente el bien todavía más que el mal, porque si el mal le da miedo, el bien le da vergüenza y le incomoda; Tar-

tufa-Tartufísimo, amante de la pastelería, partidario del pescado, goloso por la carne, que respeta todas las apariencias y que predica ante todo ¡oh, eso sí, ante todo! la religión en la familia, cuando no está en casa de la madre del pobre Pedro Blot; ese Tartufa tolerante, conciliador y acomodaticio, ni malo del todo ni del todo bueno; ese Tartufa del término medio, rebosando de concesiones y de prudencia, persuadido de que Dios y el diablo disputan y riñen ante el mundo, pero se entienden allá en la intimidad, muy esperanzado de que el mundo no concluirá sino al día siguiente de su muerte, después de la cual ese mismo Sr. Tartufa-Philinto será admitido, no precisamente en el Paraíso, porque tampoco lo desea, sino en un lugar conveniente é intermedio, en una especie de portalada neutral, establecida á manera de los centros de recreo, y donde se podrá entrar por la simple presentación de una tarjeta de conservador; te haré notar, digo, que ese Tartufa nos suministrará una silueta preciosa para nuestro libro en proyecto.

Sólo que no se la podrá recargar demasiado, porque eso ahuyentaría á muchos aficionados á la lectura, á muchísimos.

Queda, pues, sentado, y yo te concedo, que me introduje en el lugar de Pedro Blot por un instante

y hasta cierto punto; pero ¡bah! ese punto no era demasiado subido. Y es tan cierto que Pedro Blot en su lengua de salvaje expresaba, en efecto, mi indignación de cristiano, que le arrimé á mí sin saber casi lo que hacía, estrechando á finas veras contra mi pecho el sórdido envoltorio de su miseria.

Ya ves que no me alabo de ello; al contrario, me acuso; había en mí en aquel instante otra cosa que la caridad: como buen sabueso literario, olfateaba al gazapo de Tartufa detrás de Pedro Blot.

Pero había caridad también, caridad verdadera, y una compasión muy eficaz, pues exclamé con lágrimas en los ojos:

—¡Ah, hermano mío, querido hermano mío, pobre infeliz! ¡Si Dios me concediera la gracia de poder expresarle á usted cuán ardientemente le compadezco y le amo!

—¡Calla!—dijo Pedro Blot, que me miró con asombro;—¡y llora usted de veras..... puede ser que sea usted mi padre!....

Trataba de reirse; pero parecía que el ardor de mi arrebató le había rendido, pues sus párpados estaban también humedecidos. Resistióse, empero, y refunfuñó:

—¡Vamos! ¿A que voy yo también á lloriquear ahora? ¡Es mucha dulzura! ¡Farsas, y en todas par-

tes farsas! ¡Farsantes de la república y farsantes de la sacristía! ¡Yo que iba á decir á usted que servimos á aquéllos por ver de aplastar á estos otros á quienes usted pertenece, y á sus primos ó afines de ustedes los farsantes de la riqueza agrícola y del comercio,... y usted me abraza! ¿Acaso cree usted en volverme en su media sotana, haciéndome salir de mi saco? ¡Vamos, pronto! respóndame usted á derecho: ¿qué me quiere usted, eh?

—Quiero—le respondí con claridad por cierto, —quiero oír su historia de usted. Soy muy pobre, pero haré por usted todo cuanto pueda.

—Verdaderamente—murmuró echando un vistazo sobre mi traje,—que no tiene usted traza de capitalista. Y se diría, también es cierto, que conserva usted un resto de buen corazon.....

Continúo, pues: yo era cargador de carbon en la fábrica de Curva-vía, y Adela cosía botinas á máquina en París. Adela no sabía leer, pero yo por mi parte tenía la suficiente educacion; y el ciudadano Mazagrán, de que ya le he hablado á usted, joven que tiene el hilo de la trama, y que se manifiesta de treinta maneras distintas, me pagaba en promesas porque leyese sus librejitos á mis compañeros antes de fundar todavía su periódico. Allí es, sobre todo, donde yo he aprendido la verdad pura sobre

la gente de sotana y sobre todos los demás que representan esa comedia de Dios.

Mazagrán había recibido, siendo niño, el sustento en casa de un cura; sabía, por ende, largo y tendido acerca de los embustes de los curas. El cura que sostenía á Mazagrán daba todo lo que tenía, hasta la camisa; pero ya se sabe por qué hacen eso; eso es para atraer y embaucar á los que andan desnudos.

Mazagrán, por su parte, no da nada; no es tan bruto; pero promete sin regatear, y no obsta el que se le vea y se le conozca de cerca, porque tiene talento, y sobre todo *tupé* como ninguno. Prueba como tres y dos son cinco que les ha llegado al fin á los obreros el turno de divertirse, y que la gente pobre ha sufrido ya bastante tiempo para poder ahora gozar en proporcion. Esto, naturalmente, nos halaga; y luégo está de la mañana á la noche sacudiendo palizas á la sociedad envejecida y bárbara. ¡Bien necesita la infeliz ser dura de morir!

Y después todavía Mazagrán tiene su discurso de los domingos, en el que coge á Dios por una oreja para decirle cara á cara: «¡Vamos á ver! despiértate, Jesús, si es que no eres de palo!» Es una calaverada; pero Jesús no da nunca señales de vida. Y Mazagrán tiene los bolsillos llenos de dinero, gana-

do así, abofeteando á Dios: ya ve usted cómo es más fuerte que Dios.

Adela no le quería bien, conforme con sus rancias preocupaciones, y decía que crucificaba á su Salvador como los judíos del tiempo de la Pasión. «Le ha de suceder alguna desgracia,» era su constante cantilena. «Sí, toda su desgracia deseo yo para nosotros,» la decía yo. Mazagrán tira hoy cincuenta mil ejemplares de su periódico, y es afortunado como un jiboso. Sobre mí es sobre quien descarga toda la desgracia; pero no es de mano de Dios de donde mi desgracia viene, puesto que data ya desde mi nacimiento. ¿Qué edad me echa usted?

—Cuarenta años, poco más ó ménos.

—¡Cál! no acierta usted ni con mucho. No tengo más que veintisiete. Es que los años de miseria se cuentan dobles, como los años de campaña..... ¡Y yo he sido miserable siempre..... siempre..... siempre!..... ¿Dónde está Dios en todo esto? Pero continuemos. Es verdad que sufrí allí el accidente de las dos piernas; pero tampoco esto fué cosa de Dios; fué una carreta de cok que me pasó por encima en el depósito. No estaba yo ya muy valiente; acababa, por cierto, de salir del hospital, adonde me habían llevado á causa de unos ataques que me daban de no sé qué mal, de una cosa que se parecía á la epilep-

sia. El médico del establecimiento me dijo que aquello me provenía del ajenjo, y que, si no dejaba el ajenjo, moriría de repente. Tanto mejor, dije yo para mí; no me gusta ir languideciendo poco á poco..... ¿Usted sabe lo que es un aneurisma? Dice que también, por añadidura, se me está formando uno; pero me es igual: en el fondo estoy mejor que él. Entiendo algo de eso..... Me encuentro fuerte; no hay nadie más fuerte que yo en todo París.

Adela era la que estaba mala y no podía seguir adelante con su trabajo. El jueves último hacía ya quince días que no cobraba un céntimo por obra concluída. Y por cierto que no debía Dios apurarla de esa manera, puesto que ella era de los de su bando; pero está visto que no sabe Él ni quién le ama ni quién le aborrece.

Vivíamos en Curva-vía, y habíamos ido vendiendo poco á poco todo aquello de que se podía sacar dinero. No nos quedaba más que el colchon. Aun èste fué menester venderle, y Adela lloró al verme acostado en el suelo con mis dos piernas tullidas. Cuando la vi llorar me puse colérico, y la dije:

—¡Es cosa de acabar de una vez!

Aun ella estaba tan desesperada, que no pensó ya en su buen Jesús por aquel momento, ni en nuestro niño, y me contestó:

—Bueno; cuando quieras.

Y entonces, como si hubiera sido llamado ex profeso, subió el dueño de la casa á reclamarnos los dos plazos que le debíamos.

Usted no conoce más que á los caseros acomodados allá de sus barrios; pero el nuestro no es uno de esos ricachones: eso es lo que le falta. Su casa no tiene más que cinco habitaciones de sesenta francos cada una, y él es ya demasiado viejo para trabajar en nada. Duerme el pobre en el pasillo, para alquilar también su cuarto. Cuando le falta algún plazo se ve en mil apuros.

—Señor Moro—le dije, apenas formuló su reclamación,—no crea usted que es por causarle á usted extorsion, sino que ya no tenemos medio alguno de vivir, y vamos á poner fin á nuestra existencia.

Pero él no nos creyó, y nos llamó tramposos y y otras mil perrerías, concluyendo por ponernos á la puerta de la calle. Una vez fuera de casa, había la dificultad de que ya no tenía uno ni siquiera dónde matarse, ni con qué, puesto que mis piernas no podían llevarme á la orilla del río.

Adela estaba como una piedra: ya no lloraba.

De casualidad conocía yo el sitio éste en que nos hallamos, por haber dormido aquí con un camarada una noche que veníamos de pasar el lunes en

Suresne. Me ocurrió una idea, y la dije á Adela:

—Mira; sube á casa del alemán, y véndele lo que tenemos encima, la ropa puesta, así en junto, á cuenta de ajeno, por lo que quiera darte.

—¡Ya te entiendo!—me respondió;—tú te quieres matar á fuerza de beber; pero yo que no bebo.....

—¿Y qué le hace?—la dije;—bebe esta vez y no tendrás necesidad de beber mucho, por lo mismo que no estás acostumbrada: ahí tienes.

Adela hacía siempre lo que yo quería, y la suerte fué que el niño estaba en aquel momento en casa de la vecina; si le hubiera tenido allí, no hubiera quizá subido á casa del alemán.

Fué, pues, resuelta y decidida. ¡Ah, como que ha sufrido todavía más que yo! Y cuando atravesaba la puerta, la dije:

—Nos hacen falta también un par de sacos para meternos en ellos cuando ya no tengamos ropa.

No me respondió una palabra, y siguió. Nada la detenía, porque, en aquel momento, de seguro que ni siquiera se la ocurría que es pecado matarse.

El alemán bajó en seguida: la cosa lo merecía. Adela estaba vestida decentemente, y yo tenía debajo de la blusa un buen chaleco de Bayona casi nuevo. Este es el que más he sentido. El alemán tanteó nuestras prendas, y comenzó el ajuste.

Nos arreglamos en que había de darnos los dos sacos y dos azumbres de ajeno, que, á mi ver, era más de lo que nos hacía falta, pues que se puede uno morir con una sola botella de media azumbre bebiéndola de un tiron. De las dos azumbres no trajo el alemán más que azumbre y media; la otra media debía entregárnosla cuando viniera á recoger nuestros efectos al *nuevo domicilio*, que era aquí.

Lo cual era muy justo; pero yo no podía andar. Y como no teníamos más que treinta suses de lo que nos había valido el colchon, y los coches de plaza nos querían dos francos y medio por conducirnos aquí, el alemán me dijo:

—Voy á pedir prestado un carreto de mano y te llevo en coche hasta allá. Así, de paso, voy yo á entregarme en vuestros pingajos.

Por su parte no podía estar más amable, ¿no es así?... ¡Pero parece que está usted asombrado!....

A Dios gracias, Pedro Blot se quedaba todavía muy por bajo de la verdad. No era asombro lo que yo experimentaba; era que me faltaba la tierra debajo de los pies, con la relacion de aquellas desgarradoras atrocidades. Parecíame estar oyendo una historia inventada por un loco.

Crefa yo saber largo y tendido sobre las negras oscuridades de nuestro siglo, vencedor del oscuran-

tismo y de la ignorancia; pero aquello me cogía de nuevas. No hubiera yo podido ni soñar nunca nada que se pareciese ni de lejos á aquella tranquila y desoladora pesadilla.

—Y ahí tiene usted—continuó sencillamente Pedro Blot:—todo se iba arreglando. Echamos á andar, yo en el cochecillo que el alemán empujaba, y Adela detrás con su botella de agua clara en la mano, que nunca se separaba de ella, ni la podía excusar un momento á causa del ardor que sentía en el pecho. Traía además el niño á la espalda.....

—¡Cómo!—exclamé yo;—¿también traían ustedes consigo el niño?

—¡Pues claro!—me contestó Pedro;—y me parece que no debía de maravillarle á usted, puesto que le ha encontrado aquí.

Y añadió, con un tantico de aspereza:

—¿Le habíamos de abandonar?

Calléme la boca, y continuó Pedro:

—Adela no lo hubiera consentido. Por cierto que venía balbuciendo: «¡Virgen María, tened piedad!—¡Jesús misericordioso, todos los niños son vuestros!» Y añadía: «Lo que es yo no me mataré: estoy agonizando.» Pero esto no la impedía de andar.

Al fin se llegó. Por fortuna la garita estaba libre. Era de noche: yo ayudé á Adela en su tocado, es

decir, á desnudarse, y la metí en el saco con el niño. Para entonces ya había vuelto ella á empezar á llorar entre sí sin levantar el grito, y á disparatar en voz baja: «¡Jesús mío, el niño no tiene culpa: no ha cumplido todavía tres años. ¡Si yo pudiera llevarle conmigo!»

A mí me desnudó el alemán, mientras yo le decía, disculpándome de que llorase Adela: «Eso es la mala educacion. Todas las tontadas del Catecismo la vienen á la imaginacion en el momento de dar el gran salto.....»

—Pero ¿es decir que aquel hombre sabía que ustedes se querían matar?—le interrogué yo, no pudiendo todavía dar crédito á mis oídos.

—Pues claro—replicó Pedro.—Y á él ¿qué le importaba? Es allá de Prusia, es verdad; pero fuera de donde quisiera, eso no viene al caso: un comerciante es un comerciante. Y luego, por otra parte, la libertad..... Cuando acabó de hacer un lío con nuestros vestidos, estábamos ya instalados de la manera que usted nos encontró, sin más diferencia que Adela tenía al niño en los brazos, y yo tenía conmigo las dos azumbres de ajeno. El alemán se hallaba con todo un poco embarazado para despedirse y dejarnos, y buscaba una frase para marcharse. Por fin nos dijo: «La suerte que tenéis es

que estamos en el mes de Junio y no os constiparéis. Buenas noches.»

Y echó á andar por la cuesta abajo con nuestros ajuares en su carrito.

Yo encendí la pipa, y me puse á beber en seguida; pero me gusta mucho el ajeno, ¿sabe usted? mucho del todo, y no podía menos de recrearme bebiendo trago á trago, por golosina; tanto, que la primera noche con las dos botellas que embaulé no sentí más que alegría, mucha alegría. ¡Ah, soy fuerte! ¡Y qué á gusto estaba yo, y qué satisfecho de haber escogido este medio! El alemán no me había engañado; el ajeno era bueno.

Adela no quiso beber nada, ni siquiera una gota. Se dejó caer tan larga como era, y dijo: «Ha concluido una de llorar y de todo.»

Y casi inmediatamente después tosió con violencia como si se la desgarrara el pecho. Sudaba tanto que la corría el sudor, y eso que no había más que una tela, el saco, entre sus espaldas y el suelo húmedo y frío. Yo decía para mí: «Con eso tiene bastante,» y no me daba pena maldita; al contrario, me reía todo pensando en el alemán, que había dicho que afortunadamente no nos constiparíamos. ¿No es verdad que esto era gracioso, cuando estábamos dispuestos á matarnos? Lo que me impre-

sionó un poco fué cuando ella dijo: «¡Tener un niño..... ¡me había dado tanto gozo!.... ¡Era tan monín, y yo le quería tanto!.... Dios misericordioso cuidará del niño.....» Y luego añadió: «¡Virgen Santísima, concededme la gracia de tener á la hora de mi muerte un sacerdote..... ó si no es posible, hacedme sufrir mucho para morir: ¡haced que cumpla toda mi penitencia en este mundo!»

Estas son tonterías, pero parece que da miedo de oirlas.

Yo, en tanto, bebía cuanto podía, y no me hacía nada; me ponía contento; pero cosa de abrazarme, imposible.....

Pedro Blot hizo un esfuerzo para afirmar y fortalecer su voz, y prosiguió:

Los hay que resisten: yo, por ejemplo. ¡Sería yo capaz de vivir aunque comiera vidrio molido! Me creen muerto á cada paso, y luego despierto como un león. Si yo dijera lo que he sufrido en París, solo del todo, antes de conocer á Adela, no me lo creerían. He visto algunas veces murciélagos clavados á las puertas, que se movían aún al cabo de ocho días: una cosa parecida ha sucedido conmigo. Soy capaz de comerme de una sentada más de lo que yo peso ó de lo que abulto, y después soy capaz de ayunar como las beatas. ¡Ah! la libertad re-

fuerza el cuerpo, y luego el ajeno le quema á usted por dentro, es verdad, pero le forra á usted todo de hierro; y al contrario, la supersticion le ablanda á usted y le amilana, porque es la esclavitud. La pobre Adela no dejaba de tener voluntad para el trabajo, pero no sabía reanimarse. ¡Siempre débil y tímida por las necedades del Catecismo, de que la habían atracado, y por no haber querido aprender á beber! No tenía malicia ni ideas..... ¡Lo que las embrutecen á las niñas en los conventos y en las escuelas de las monjas! Por más que trabajé, nunca pude hacerla tener el nervio y el vigor mío..... En fin, dichosa de ella, que ya no siente nada. Duerme como las piedras.....

Seguí, pues, bebiendo toda la primera noche sin morirme, y me dormí soñando que todo estaba ya en regla y que me anegaba tranquilamente en la nada. ¡Allí sí que se está bien! Duróme esto casi todo el día siguiente, y no desperté hasta el oscurecer, que vino á sacarme del sueño una tos fuerte y rabiosa de Adela, lo cual me puso de muy mal humor, por encontrarme todavía vivo, y me dije: «Esto es insufrible: soy demasiado fuerte.» Adela y yo no nos hablábamos ya; tenía yo muy mal la cabeza, como que me estorbaba..... y ella tosía con una tos tan honda que respondía dentro de mí. Yo

me tapaba las orejas para no oirla, y me puse á beber de nuevo por compromiso. Había que llegar al término, ¿no es verdad? La sed no entraba aquí ya para nada, ni el gusto: la cólera, sí. Adela me fastidiaba. Estaba yo ya enfadado de haberla traído. Aquellos momentos no fueron nada buenos.

Una patrulla de soldados pasó ahí cerca por la zona de la ronda. Tuve tentaciones y aun deseos de llamar á la guardia; hubieran al menos llevado á Adela y al niño..... ¡Ah, lo que es el niño, es más listo!..... Era de ver lo prudente que estuvo. No respiraba..... Pero como no quiere uno bien á los militares, y luego hubiera tenido que desistir..... y se hubiera uno visto en los periódicos, donde todo lo ponen ahora. Hubieran dicho que el hombre (que sería yo) había hecho lo que esos que se tiran al río desde lo alto de un puente, para gritar en seguida ¡socorro! Estas cosas cuando fracasan dan mucho que reir, y yo tenía que guardar mi dignidad.

¡Para haber estado languideciendo después quién sabe el tiempo! ¡Oh, no; eso, no! Al cabo la pobre Adela no ha padecido apenas. Yo creo que se debió marchar de algún golpe de tos ó ahogada por el asma cuando me despertó al empezar la segunda noche. Hacía ya rato que no se la oía quejarse ni gimotear con su cura, que la Virgen debía enviarla

milagrosamente según se lo había suplicado, ni pedir á Dios llorando «¡perdon, perdon, perdon!» yo no sé de qué, porque era más inocente que su niño, dulce y suave como la leche, y sin maldad, salvo los rosarios con que me fastidiaba y me consumía la paciencia.

Hubo, pues, un instante en que todo quedó en silencio aquí en redor mío, cuando ella ya dejó de toser, después que me había despertado. El niño no rebullía. Me entró un miedo que me hacía dar diente con diente; yo no sé por qué tenía miedo; lo cierto es que me costó mucho trabajo contenerme y no empezar á vocear..... Pero ¡la fuerza que yo tengo!.... Me amordacé con el cuello de la botella, que hundí violentamente en la boca, y bebí hasta que se me acabó el aliento.....

Al cabo y á la postre estaba ya completamente borracho, y veía por todas partes millares de luces. Si llego á cerrar el ojo en aquel momento, hubiera tenido una bonita muerte; la muerte del hombre que no teme á nada ni cree en nada: la muerte tras de que yo iba.

¡Pero sí, búscalal Soy demasiado fuerte. Lejos de morirme, jamás de la vida me había encontrado mejor que entonces; empinaba y envasaba licor y más licor, y no me hacía nada: es imposible ma-

tarme á mí, bien seguro. Me volví á dormir, sin dar cuenta cuándo acabé de vaciar la tercer botella de media azumbre y antes de empezar la última..... Y también esta vez soñaba, pero no que estaba aquí tendido en tierra, sino que vivía muy á mis anchas en una casa grande como un palacio, y mía propia, toda mía, y que repartía zoquetes de pan á los que antes eran ricos, á quien nosotros habíamos ya hecho adelgazar; yo les daba todo el pan que me pedían según iban pasando por delante de mi puerta.

¿No es uno tan malo, eh?

Y Adela también era parte de mi sueño; parecíame escuchar en el viento una voz que me decía: «Yo, por mí, no; yo no me he matado; estoy rogando á Dios por tí, y Dios me ha perdonado porque le amaba.

¡Siempre Dios! ¡Majaderías! ¡Si es que le hay, que lo diga de una vez para que lo sepamos! Conoce uno á Mazagrán porque le ha visto; pero ¿quién es el que ha visto á Dios?....

Esta vez fué el nene quien me despertó tirándome del pelo. Se había escapado del saco, en donde Adela ya no podía retenerle, y pedía de comer. Según desperté sobresaltado tenía perturbadas las ideas, y no acordándome ya de nada de lo que

estaba pasando, dije: «¡Mujer, dále la sopa al nene, que nos deje en paz!»

Pero nadie me respondió, naturalmente; y recordándolo entonces todo de una vez, dije para mí: «¡Necesita ser uno de hierro para haber resistido á lo que uno ha bebido!.... ¡No hay más remedio que volver á beber!» Y así parecía, ¿verdad?....

¡Ah, no por cierto! El agua me corría de los ojos como de una fuente..... ¡Estaba muerta!.... ¡Adela estaba muerta!.... Los ojos se me quemaban y el corazón se me desfallecía. Porque, entienda usted, Adela tenía sus defectos; ya se lo he dicho á usted: en primer lugar, no sabía beber ni reirse; esto sin contar con su enfermedad, que era muy fastidiosa, y su Virgen Santísima, que lo era todavía un poco más. Pero habíamos sido ambos á dos igual y juntamente desgraciados, ambos á dos jóvenes; nos lo contábamos todo; de suerte que yo no sé si he amado más que á ella desde que estoy sufriendo esta vida perra..... ¡Adela, Adela! ¡Mi pobre Adela querida!....

Al fin me dió una palmada en la frente, y me dije: «¡Pedro, has de ser hombre! ¡Afuera niñerías! Adela ya no sufre. Duerme en el seno de la nada, donde se debe dormir á lo grande.»

Y diciendo esto, eché la mano buscando mi úl-

tima botella, pues estaba seguro de no haberla destapado todavía. Pero verá usted qué chasco: los niños no respetan nada..... el chiquillo había jugado á los bolos con la botella: el suelo era quien se había bebido mi ajenjo en lugar mío, y yo me desollé los dedos contra los cascós del vidrio roto. ¡Mal-haya!...

Traté de atrapar al nene, pero se me puso en salvo; entonces fué cuando entró su mujer de usted en busca de agua sin saber lo que estaba pasando aquí dentro, y yo la dije que se llevara si quería la botella de Adela. Ahí tiene usted toda la historia.

—Y no es historia muy bella, por cierto—dijo la voz severa de Magdalena, que había vuelto hacía un momento y estaba sentada en el dintel de la puerta con el niño dormido en los brazos.—Yo apuesto—añadió,—á que este pobrecín no está siquiera bautizado.

Pedro se echó á reir.

—¡Bautizado! —repetía;—¡bautizado mi nenel También ella es buena.

Y añadió en seguida:

—La pobre Adela tenía tantas ganas de bautizarle..... Pero el obrero tiene su dignidad.

—Amigo Pedro—le dije yo;—¿quiere usted que le lleve conmigo?

—¿A dónde?—exclamó Magdalena espantada.

—A nuestra casa —la respondí con tono resuelto.

—¿A nuestra casa? ¡Tú no estás buenol ¿Y dónde quieres meterle en nuestra casa?

—Quiero meterle en mi cuarto y en mi cama— repliqué.

Y me levanté para acercarme á Magdalena.

—Tú no comprendes lo que es este hombre—la dije por lo bajo;—es un villano rematado, pero tanto mejor; precisamente por eso no debo abandonarle. No necesito más que ocho días para tornarle de negro en blanco, y hacer de él un santo completo. Ya ves que daba en su sueño zoquetes de pan á los ricos cuanto querían, y que amaba á esa pobre mujer.....

—¡Lo que veo es que la ha matadol

—¿Sabes lo que él ha sufrido?

—No ha sentido más que la última botella.

—Ha buscado refugio en el embrutecimiento, no digo que no; pero eso es que no conocía el refugio de Dios. Tartufa utopista, que «hace su negocio» exaltando el apetito bestial de la naturaleza humana, le ha mostrado, en reemplazo de Dios, el olvido en la embriaguez, la libertad en la nada, la igualdad en la muerte. En tiempo de Moisés había ya farsantes que hacían á Israel postrarse ante un

becerro. Y este pobre petate, como no conocía nada más allá, ha contemplado absorto el encanto imbecil que le mostraban en el porvenir: una montaña formada con todo el oro, todo el tabaco, todo el ajo, todas las marsellesas y todo el ajenjo de la tierra, y se ha lanzado allá á cuerpo muerto, con los ojos cerrados, de cabeza. Lo que él no conocía, ó por mejor decir, lo que había olvidado era á Dios, y yo le mostraré á Dios. Me siento capaz de hacerlo, y creo además que ese es mi deber..... ¿Lo oye usted, Pedro, mi amigo? De usted es de quien hablo (había yo ido levantando la voz poco á poco y llegando á un movimiento oratorio que me parecía bellísimo); ¿lo oye usted, pobre infeliz? Yo le mostraré á usted á Dios, yo que le conozco, yo que también me veo anegado, pero en ese océano de consuelos fortísimos y de seguras esperanzas, que es Dios. Yo estaba quebrantado y abatido como usted, y más que usted; yo era vicioso como usted, y doble que usted; yo era como usted blasfemo, ¡ahl y diez veces y cien veces más que usted: ¡Cuántas veces no he amenazado al cielo con el puño cerrado! Yo veía en el cielo un sér deslumbrador, terrible, inmenso, y tenía razon, porque Dios es todo eso; pero no la tenía porque no veía al mismo tiempo al otro Dios, al Dios dulce y humilde de cora-

zon, al Dios querido de todos los que no tienen fuerza para sufrir y claman ¡misericordia! al Dios herido, al Dios mártir, llorando con los ojos y con el corazón el agua y la sangre de su milagrosa agonía.....

Magdalena hacía con la cabeza señales de aprobación; pero Pedro dijo tranquilamente:

—Vaya, vaya, déjeme usted en paz. Si hay ese Dios tan bueno que usted dice, buen provecho.

—Ya lo ves, hombre—murmuró Magdalena, dejando caer los brazos desalentada.

Y Pedro prosiguió, medio bostezando:

—Maldito el caso me hago yo de semejantes sermones. Si uno quiere ahogarse, ahí está el río. En vez de jurar y votar contra el ajeno, págume usted de beber, que tengo sed.

Magdalena, verdaderamente humillada, pero no asombrada en manera alguna de mi fracaso, repetía:

—Ya lo ves, hombre, ya lo ves..... No hay duda que vas adelantando.....

—Yo adelantaré—la interrumpí;—yo iré adelantando cada día un poco, y no habrá nada capaz de detenerme. Te engañas si crees que este pobre hombre se burla de mí.....

—Lo que es eso, no—me interrumpió Pedro

Blot;—nadie se burla de usted, que al fin es un anciano; yo también sé respetar las manías de cada uno..... ¡Vamos! ¿qué es lo que paga usted?

—Pago, en primer lugar,—le respondí con cierta severidad,—el entierro de esa mujer.....

Pero hube de cambiar de tono en seguida, porque un movimiento de Pedro me hizo notar que ponía el dedo en una llaga, que no por estar encubierta con un harapo de cinismo, era menos viva y penetrante, y añadí amistosamente:

—Pago, en segundo lugar, el bautismo del chiquito, si usted quiere; y pago, en fin, el *simon* para llevarle á usted al hospital, ya que usted no está de parte de venirse conmigo á mi casa, por no tener que oír tantos sermones.

—De una manera ó de otra—dijo hablando sola Magdalena,—la moneda de cien suses se irá de esta hecha; pero ¿qué importa, si al fin y al cabo así no servía de nada?

Y bien hubiera podido continuar sin que nadie la interrumpiera, porque Pedro estaba mudo en aquel momento. Sólo, después de un buen rato, dijo con voz algo demudada:

—¡Ah, sí! ¡Pobre Adela! ¡El entierro..... el entierro! Yo he sido la causa de que haya muerto, y yo aún vivo. Lo cual, seguramente, no es heroico.

Yo no le contesté nada, y continuó:

—Me espera allá donde está. Lo prometido es deuda, y deuda sagrada..... Es menester seguirla..... Oiga usted, caballero: bebiendo media azumbre de ajeno de un tiron, sin respirar, estoy seguro de morir sin remedio: es cosa que no falla. Pues bueno, le doy á usted el nene á bautizar por media azumbre.

—Aceptado—dije yo en seguida.

—¿Cómo es eso?—exclamó Magdalena;—vas tú á darle el arma con que matarse.

La impuse silencio, y.....

Juan se interrumpió aquí para decirme:

—Puede ser que creas que al aceptar el extraño trato de Pedro me llevaba yo mi idea, ó tenía algún plan preconcebido, ó le entreveía siquiera; pero no, yo quería hacer bautizar al niño, ni más ni menos, esperando que luego por el camino encontraría algún medio de hacer entrar en razon al padre. Por otra parte, bien lo sabes tú que has escrito para el teatro: llega un momento en la escena en que es menester que los personajes se muevan y cambien de sitio á todo trance. Este momento había llegado. Era menester moverse, y dije á Magdalena:

—¡Vamos! ¡En marcha para la iglesia!

—Espere usted á ver—dijo Pedro en el instante

en que salíamos; —yo no sé si es que me engaño; pero se me figura que tengo las piernas sueltas. Ayúdeme usted á levantarme, si usted me hace el favor. En caso de que pudiera ir hasta la pobre Adela, desearía verla por última vez y hablarla antes que me la lleven.

Le cogí por los sobacos, y aunque no tengo mucha fuerza, no me costó apenas trabajo el ponerle de pie, porque él también se hizo muy ligero. Pero tornó á sentarse inmediatamente, exclamando:

—¡Las piernas están firmes! Quite usted el saco. Estoy seguro de que podré andar..... ¡Ah! ¡Mal rayo me parta!.... ¡Qué lástima! ¡Adela y yo nos hemos descorazonado demasiado pronto!

—¡A buen tiempo acuerda usted á pensarlo!— dijo Magdalena implacable.

Yo en tanto le quitaba el saco tirando de él por los pies, y Pedro se levantó él solo, aunque tambaleándose, es verdad, y pálido como un espectro.

Lloraba el infeliz balbuciendo el nombre de Adela, y pude entenderle estas palabras:

— ¡Ella sí que se hubiera puesto contenta al verme de pie!.... ¡Vaya usted ahora á creer en Dios, que deja que sucedan tales cosas!

Después dijo de pronto:

—Denme ustedes un cuchillo si le tienen

—¡Muchas gracias!—exclamó Magdalena;—para que se hiciese usted daño.....

—No,—dijo Pedro,—ahora no; palabra de honor.

Y como Magdalena le diera el cuchillo que llevaba en la cesta de la merienda, abrió en el hondon del costal una abertura suficiente para sacar la cabeza, y á los lados otras dos aberturas para los brazos, con lo cual, metiéndose en seguida el costal por arriba, se proporcionó una especie de vestimenta semejante á la toga de los antiguos romanos, quedándole los brazos al aire y las piernas igualmente libres y desnudas. Llegó medio tambaleándose al rincón donde estaba la muerta, y en cuanto estuvo en situación de poderla ver, dejó caer los brazos, exhalando al mismo tiempo un sordo gemido. Permaneció un instante sin voz, y después reventó en sollozos.

—Nos hemos apresurado demasiado,—repetía;—nos hemos dado demasiada prisa; podíamos vivir, puesto que yo podía todavía trabajar..... Héla aquí muerta, por haberla dicho que había que morir..... ¡Pero no soy yo la causa.... es la miseria..... y la sociedad..... y Dios!

Luégo, serenándose, por medio de un gran esfuerzo, dió un paso hácia nosotros y nos dijo:

—Ahora váyanse ustedes, si quieren. Ya sè que

traerán ustedes un cura para llevarse el cuerpo, y no se lo impido, ya que la pobre Adela clamaba por un cura antes de morir; pero yo por lo menos conservaré mi dignidad: teniendo ya este saco sobre las carnes, no me veré obligado á permanecer aquí para cuando entre la clerigalla.

Después de lo cual nos volvió la espalda, y nosotros, Magdalena y yo, nos fuimos, llevándonos el niño, al que ni siquiera había querido mirar.

De modo que Magdalena no aguardó á que hubiéramos atravesado el umbral para decirme:

—¡Ah! querido; puedes gloriarte de haber puesto mano en el asunto!..... ¡Qué hermosa conversion has hecho!.....





IV

LA RESERVA DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO

PARA esto un jueves, 5 de Julio, día de San Bonifacio, y ve ahí por qué el chiquito se llama Facio, abreviatura del gran inglés Winfredo, que llegó á ser el Arzobispo y apóstol Bonifacio, á quien debe el beneficio de la fé la mayor parte de Alemania.

Todo el camino adelante, mi buena Magdalena, libre ya del susto terrible que había tenido por unos momentos de ver á Pedro Blot, su pipa y su ajenjo, instalados en nuestra reducida casa, fué dándome muestras de su buen humor con irónicos plácemes sobre el resultado de mis predicaciones.

Su excelente corazón estaba sin embargo muy

impresionado por la muerte de Adela, que ella atribuía á Pedro, no sin razón, porque la verdad es que aquel desdichado no estaba enteramente libre de culpa.

¿Y piensas venir á traerle esa pócima, caballero?—me preguntó con aire malicioso.—Es pecado, ¿sabes? mucho pecado, y si lo haces, cuando te vayas á confesar no se te olvide añadir que no faltó quièn de antemano te lo advirtiera.

Yo iba pensando, sí, mas no seguramente en la botella de veneno que había ofrecido á Pedro. Preguntábame si en mi ensayo de apostolado había quedado vencido tan completamente como se empeñaba en decir Magdalena. La angustia vehemente de veras que Pedro había experimentado en el momento de acercarse á la muerta, era para mí como una rehabilitación de aquella alma que, según todas las apariencias, no tenía nada que reprenderse á los ojos de la ley humana, ni quizá tampoco desde el punto de vista del honor (del que el obrero suele á menudo tener una noción muy severa), y que, sin embargo, había caído en abyección tan profunda. Porque es propio de ciertas teorías que reemplazan con la negación los principios de la moral eterna, el producir en la conciencia el mismo extrago y los mismos desórdenes que el crimen real y efectiva-

mente cometido: de suerte que un hombre honrado cualquiera, adoctrinado por tal cual charlatan de la fiera política, pudiera muy bien ser tan resueltamente enemigo de toda ley, de toda fé, de todo bien en una palabra, como el más desesperado de los criminales. Entre los resultados del baturrillo filosófico en que forcejea nuestra época, no concibo ninguno tan terrible como éste, ni tan lamentable.

Existen millones de franceses que no saben ya dónde está el mal y dónde está el bien, de tanto como se les ha cantado en todos los tonos «el mal es el bien» ó «el bien es el mal.»

Cada uno de estos infelices va en equilibrio, como el aro de un niño, abandonado á lo largo de una pendiente; de diez probabilidades hay cinco de que caigan hacia la izquierda y otras cinco de que caigan hacia la derecha. La mayor parte, gracias á Dios, llegan á lo último de la rampa sin haber matado ni robado; pero ¿por qué? Ni ellos lo saben.

Suele haber, es verdad, quien responda por ellos, diciendo que eso nace de un «sentimiento innato,» que llaman de este ó del otro modo, porque los que suprimen á Dios tienen que ser necesariamente muy vagos y muy varios en sus definiciones.

¿Crees tú en ese sentimiento destinado á reemplazar á la policía y á los tribunales?

Yo sí creo en él, porque yo creo en todo; hasta en otro sentimiento no menos innato y de índole diametralmente opuesta que explica la prodigiosa cantidad de suscritores que llegan á reunir esos monstruosos papeluchos, órganos oficiales del crimen, que parece que están redactados por esbirros y alcaides con la colaboración del verdugo.

Cada ocho ó quince días esos horribles papeluchos que se desayunan con el crimen, y con el crimen comen y con el crimen cenan, y á quien el crimen provee de gabán, de camisa y hasta de zapatos, y que morirían bien pronto de inanición si se les quitara el crimen de la boca, como mueren las moscas en los barrios donde una policía bien montada persigue la existencia de frutas y carnes podridas; cada semana, digo, ó cada quincena, esos perioducchos, muy diestros, muy hipócritas y muy implacables en su mezquina especulación, derraman sus lagrimillas de cocodrilo sobre la multiplicidad, siempre creciente, de los crímenes. ¡Oh, Tartufas de á *perro chico!*

Así el célebre Vidocq, ladrón y policía á la vez, según se cuenta, trazaba con una mano planes de robo admirablemente combinados, y pescaba con la otra á sus camaradas, encargados de poner en ejecución sus mismos proyectos, aprovechándose él

también de los dos sentimientos innatos, uno de los cuales pagaba su experiencia de lobo viejo, y el otro sus méritos como mastín cuidadoso.

Por lo que hace á mí, lo que me maravilla no es la multiplicidad de los crímenes, sino al contrario, su escasez, habida consideracion al gran número de personas establecidas que viven de ellos.

Los crímenes pululan, es verdad; estamos de ellos hartos, saturados, llenos hasta arriba. Hay tantos, que ya muchos majaderos, naturalmente golosos de crímenes, comienzan á encontrar que hay demasiados, y van teniendo miedo, sin perjuicio de seguir haciendo su manjar favorito de ese mechado espantoso servido por la redaccion de su bodegoncillo mal impreso. Los periodicuchos antropófagos se ven obligados á redoblar sus lágrimas para impedir que *la venta* baje, sin perjuicio de salir sangrando y sangrando siempre para hacer que suba *la venta*.

¡LA VENTA! ¡Los cuartos! Mas ¿acaso no es también por eso mismo por lo que se multiplican y se acumulan los crímenes? ¡Los cuartos..... los cuartos!

¡Qué bonitos *negocios* hemos tenido este año! ¡Y qué lindos articulitos lacrimosos! La venta ha producido. ¡Buena temporada!

Pero lo repito; bien que sea ya terrible la fre-

cuencia con que se suceden los crímenes, ¿por que no hay muchos más todavía? No se sabe: todo se andará. Llorad de gozo, sanguinarios papeluchos de horrores, porque vuestra venta subirá y el crimen también: es inevitable. Vivís del crimen, como el crimen vive de vosotros; agarraos bien, estrechaos bien: la union constituye la fuerza.

Y no temais á los otros papeles, á los grandes, que cuestan tres suses. En balde os tirotearán desde sus artículos de siete columnas, llenos de palabrería tartuferá; teneis en vuestro favor el descaro; en vuestro departamento se fuma, se comen los embutidos del crimen con los dedos, n maldita sila vergüenza, y se bebe vino tinto á la pata llana. ¡Adelante! Vosotros sois la prensa, la verdadera prensa, el aroma supremo de esa flor en toda su lozanía. ¡Continuad bonitamente vuestro comercio; empapad vuestros pañuelos en lágrimas y sangre; estrangulad, apuñalad, degollad, envenenad, ahogad, que todo eso calienta y vigoriza. ¡Y apretad, apretad con la ventá!

Y si los periódicos grandes os arguyen, decidles de mi parte: «¡Ah pedantes, mentecatos, hipócritas! ¿Sois vosotros los que habéis de detener el torrente de los crímenes? ¿Dónde tenéis el arma? ¿Dónde está vuestro Dios? ¡Sofistas, que habéis matado la religion en el corazon de los hombres! Nosotros so-

mos la tienda del crimen, es verdad, pero compramos por mayor en vuestro establecimiento, es decir, en la fábrica.....»

Pedro Blot no había matado ni robado: hubiera yo puesto la mano en el fuego. El suicidio suyo y el asesinato involuntario de Adela no eran de esos crímenes que la ley castiga, ni siquiera de los que excitan la vulgar indignación, por más que no haya otro crimen que Dios persiga con castigo más cierto.

Hablo principalmente del suicidio.

Mas ¿quién puede sondear el misterio del último instante en que es todavía posible el arrepentimiento?

El hecho, por otra parte, de que Pedro Blot hubiera sido un asesino ó un ladrón, no hubiera modificado nada mi deber de cristiano para con el niño, para con la muerta, ni para con Pedro Blot mismo. Pero la verdad es que yo le encontraba un sabor muy pronunciado de no ser más que un miserable mártir del mal, odiosamente pervertido, es verdad, y capaz de todo según todas las probabilidades, mas sin haberse todavía aprovechado de las concesiones filosóficas para saltar la última valla que separa el áspero sendero de los pobres diablos del camino ancho y cómodo de los bribones.

Iba yo pensando en Pedro Blot con mucho inte-

rés camino de Nanterre. Preguntábame qué sería posible hacer por él, que no quería ser ayudado por el bien, por más que hasta entonces no hubiera sacado provecho ninguno del mal, y por más que el mal, bien al contrario, le hubiese lanzado á lo más profundo del abismo de la miseria.

Mi prestigio personal era nulo ó poco menos; pero el prestigio de Dios permanece inmenso, á despecho de los esfuerzos de Tartufa, calumniador de Dios; inmenso en las cosas grandes, inaudito en las pequeñas.

Pedro, á pesar de la asombrosa buena suerte de su resurreccion, quedaría inválido para mucho tiempo, según todas las apariencias. El vicio le tenía sujeto, y lo que es más grave, él tenía sujeto al vicio, convencido de que el vicio era su derecho, casi su deber y su honor de libre-maniquí.

Pedro era un «impregnado,» no solamente del ajenjo, sino del absurdo; sudaba envidia, descontento, rebeldía, impiedad, todo ese vitriolo que corre las llagas de nuestros pobres heridos de la lucha social, sin cesar avivadas por los específicos de la farmacia de Tartufa.

Estas úlceras son terriblemente contagiosas, y Pedro Blot no era un camarada fácil de colocar «en confianza.» Tanto valdría recomendar la peste.

Así es que no encontraba yo nada á propósito para él, y seguía discurriendo en vano, cuando llegamos á Nanterre, á los primeros árboles de ese *boulevard* que señala, según dicen, la línea de las murallas romanas del viejo *Nannetodorum*, tales como estaban en tiempos de San Germán y de su gloriosa protegida Santa Genoveva, patrona de París.

Las campanas comenzaron á tocar en el momento en que llegábamos á la venerable iglesia del siglo XIII, que amenazaba ruina y que estaba ya condenada á esa especie de pena capital de los monumentos, que se llama reconstrucción. Magdalena me dijo:

—Hoy es jueves y hay exposicion del Santísimo. Tocan á la reserva.

—Tanto mejor—la repliqué;—así encontraremos de seguro con quien hablar.

No sé si he menester explicarte estas palabras. Ciertas parroquias de las afueras de París tienen una poblacion más dura de catequizar que los naturales de Cochinchina. Sin esperanza de que fuese posible bautizar solemnemente al futuro Facio, puesto que no teníamos documentos ni nada, quería yo al menos que le diesen agua de socorro, en atencion á la extremada urgencia del caso.

Por otro lado, había que hacer toda la serie de

informaciones necesarias por lo tocante á la muerte de Adela.

Eran las cuatro de la tarde. A no ser por la reserva, hubiéramos podido muy bien andar errantes hasta la noche, de la alcaldía cerrada á la sacristía desierta, sin adelantar un paso.

Pero el Santísimo Sacramento tenía reunidas en la antigua iglesia como una quincena de personas, y aquellas personas eran precisamente las que nos hacían falta. Estaban allí desde luego el párroco y su primer vicario, dos religiosas, tres hombres (dos paisanos y un señorete), miembros de la reducida conferencia local, y el señorete, además teniente alcalde; sin contar con que tenía también el honor de ser cuñado del médico municipal, volteriano rematado, cuyo indolente escepticismo debía resucitar en mí un lejano recuerdo de nuestro pobre doctor Olivier.

Había además tres ó cuatro señoras ancianas y unas lugareñas en traje del campo.

Todo esto daba á la ancha nave triste apariencia de abandono, y cuando entramos, la vista de aquel puñado de fieles agrupados ante la balaustrada del presbiterio nos causó una impresion dolorosa, tanto más cuanto que el viril estaba ya sobre el altar, radiante y circundado de luces.

Tampoco la iglesia, establecida, si mal no recuerdo, bajo la advocacion de San Mauricio, conservaba la venerable fisonomía que hubiera debido darla su mucha antigüedad, por haber sufrido numerosas y torpes restauraciones que la habían corcosido por todas partes sin consolidarla.

No quedaba en ella nada sano más que la capilla dedicada á Santa Genoveva, con sus dos candelabros en forma de copas de tejos y su multitud de *ex-votos* modelados en cera.

Estaba todo el mundo de pié para cantar el *Magnificat*. Nosotros nos colocamos detrás de los demás, y nos pusimos á cantar inmediatamente; Magdalena con su voz temblona y delgada como de niño, y yo con mi voz de bajo profundo, demasiado fuerte por lo visto, pues que ha habido muchos que me han acusado de producir escándalo en las iglesias de París.

Entre los numerosos Tartufas que te he señalado me he olvidado de un pobre hombre, más digno de compasion que de vituperio: el Tartufa cobarde que tiembla de provocar la cólera ó el sarcasmo de la impiedad, y que, no pudiendo hacer otra cosa mejor, se escandaliza.

Yo canto alto porque quiero que Dios me oiga y los hombres también.

Y tengo para mí que si todos los que cantan cantaran alto, muchos cobardes se curarían de su cobardía, porque la armonía gigante de ese himno que junto á ellos se elevara constantemente al cielo los circundaría de valor y encontrarían á Dios en todas partes, entre su propia timidez y la audacia de sus enemigos. Y cantarían á fuerza de oír cantar.

Y desde el momento en que el alma canta, ya no escucha ni las amenazas del mundo ni la murmuración de su propia cobardía.

En la iglesia de Nanterre nadie se escandalizó de mí. La escasa grey de fieles continuó cantando á su manera, dejándome á mí cantar á la mía. Dos ó tres buenas señoras volvieron la cabeza á ver quién estaba allí, y se sonrieron al contemplar la hermosa carita del niño que dormía tranquilo como una imagen, envuelto en el chal de Magdalena.

Inmediatamente después de la bendición del Santísimo Sacramento, y mientras se entonaba el *Laudate*, me fuí yo á buscar al vicario, que era el venerable anciano que oficiaba.

No puedo ocultar que noté un si es ó no es de desconfianza en la mirada que el vicario se dignó dirigirme. Mi voz de bajo profundo le había extrañado é inquietado: él mismo me confesó después, que al verme tan flaco, tan largo de piernas y tan

mal vestido, había estado á punto de tomar el torrente de mi salmodia por una «provocacion».

Lo cual es muy natural, y bien lejos estoy de argüir por ello á nuestro vicario. Hay tantos que tienen su bandera guardada en el bolsillo, arrugada como el pañuelo, que los que la enseñan están naturalmente sujetos á observacion; y quizá no está lejos el día en que la sabiduría de las naciones publique el resumen definitivo de las prudencias humanas concebido en estos ó parecidos términos: «Desconfiad de la franqueza.»

El vicario me hizo entender con un signo, que me escuchaba, y mi primera palabra no fué quizá de lo más apropósito para calmar la inquietud que mi talante le había hecho concebir.

—Señor cura—le dije,—no deje usted por Dios salir á nadie. De cualquiera de las almas buenas que están aquí, puede ser que necesitamos.

—¿Para qué?—me preguntó.

Y yo le respondí:

—Para una de esas obras de caridad que no dan espera, y que es preciso llevar á cabo á toda costa inmediatamente.





V

EN NANTERRE

L futuro Bonifacio — continuó Juan — se había estado tranquilo mientras el órgano y los cánticos llenaban la iglesia; pero el silencio le despertó, y se dió á gritar de la misma manera como yo salmodiaba momentos antes, sin respetos humanos. ¡Y bien sabe Dios que se hacía oír!.....

—¿No se trata de un bautizo?—me dijo el vicario:—pues este niño tiene ya tres años, lo menos.

—Habrá—le respondí—bautizo, entierro y aun otra cosa, y si alguno de los presentes es el alcalde, le agradeceré á usted que le mande aguardar.

En esto se nos acercó el señor cura. Estábamos

contra la capilla de la izquierda á la vuelta del ábside, junto á la entrada lateral del presbiterio.

—Se trata, según parece, de alguna desgracia,—le dijo el vicario,—y este señor (es el que cantaba) desea se suplique á los fieles que se aguarden, quizá para alguna colecta.....

—Quizá—les dije;—yo no tengo más que cinco francos... Pero hablen ustedes luego á sus feligreses, porque ya se van las hermanas; y si hay por ahí un médico, alguna autoridad ó algún miembro de las conferencias, que hagan el favor de venir á la sacristía. Es caso muy grave y muy apurado.

Hice una seña á Magdalena, que me estaba mirando, y tomé el camino de la sacristía, adonde llegó el vicario casi al mismo tiempo que yo. Yo no sé lo que hizo el señor cura, pero al cabo de un minuto comenzaron á llegar los buenos cristianos de Nanterre y todos venían preguntando: «¿Qué es? ¿qué hay?»

Las señoras creían adivinar el caso, pero no adivinaban más que á medias, pues que mi pobre Magdalena era demasiado vieja para tener un niño tan pequeño. El señor cura me indicó que me explicara con brevedad, haciéndome entender que el que más y el que menos de los allí reunidos tenía que hacer en su casa, y oí al vicario que respon-

diendo aparte á una pregunta que le habían hecho acerca de mí, decía:

—Debe ser un estravagante, es aquel que cantaba.

Yo les conté la historia de Pedro Blot por extenso, desde el principio, intercalando en ella todo lo que te he dicho á tí hasta el papel de Tartufa político; y debo decir que lo de Tartufa tuvo un éxito estrepitoso.

No hay paraje en el mundo donde este Tartufa sea mejor conocido que en la campaña alrededor de París. El vicario, perdonándome ya la voz de bajo, vino á darme fuertes apretones de manos, y el doctor volteriano, á quien su cuñado el socio de San Vicente había ido á buscar al *Café del Comercio*, al *Café de la Industria* ó al *Café de los Viajeros*, me dijo sonriéndose:

—Es usted duro con los liberales ¡vaya! La idea de quitarle á Tartufa el solideo para encasquetarle un sombrero hongo es original y graciosa; sobre todo en una sacristía..... En cualquier otra parte no sentaría tan bien. Pero es preciso que vayamos á certificar de cómo esa mujer se ha muerto ayer tarde ¿no es así, cuñado?

—El chiquillo está esperando el bautismo hace ya tres años, hizo observar por lo bajo Magdalena,

y con un padre como el suyo, es caso más urgente que si estuviera en el artículo de la muerte. Lo que más prisa corre es acristianar al niño.

El señor cura vacilaba, porque los reglamentos son muy severos; pero después de lo que yo le había contado de Pedro Blot, no podía menos de admitir aquel caso como de extrema urgencia. Al niño se le había dado leche con azúcar y pan, y ya no lloraba. Fué acto continuo bautizado de socorro condicionalmente, no sin cierta solemnidad, puesto que no escaseaban los testigos.

Magdalena y yo, prometiendo ser padrinos en el bautizo solemne, le pusimos desde luego estos nombres: Bonifacio por el santo del día, Pedro por su padre y Juan por mí; así lo dispuso Magdalena.

Todas las mujeres presentes, religiosas, señoras y aldeanas, se encargaron mancomunadamente de vestirle, prometiéndole para el día siguiente un baul de ropa completo, lo cual no pareció enorgullecerle gran cosa.

Había yo dado mi nombre y apellido al señor cura cuando el bautismo; pero el libre-doctor, que era un poco sordo, no lo había oído bien. Hizo que se lo repitiera luego su cuñado el teniente de alcalde, y exclamó en seguida:

—¡Le conozco! ¡Ah..... es una historial....

Y corriendo hacia mí con los brazos abiertos, añadió:

—Yo he leído las novelas de usted; por cierto que las hay..... hasta allí; y sus artículos de aquellos tiempos en que todavía no le sofocaba á usted la religión..... Había ahí entonces un talento diabólico; pero no había nada de San Vicente de Paul. Diga usted, demonio: ¿desde cuándo ha dejado usted de sacudir el polvo á las sotanas sobre las costillas de los que las llevan, señor redactor de *El Figaro*, y de *El Enano Amarillo*, y de la *Revista de París*?

Estas palabras enfriaron de súbito la corriente de simpatías que ya me rodeaba, tanto más cuanto que el despiadado doctor me apretaba y meneaba la mano con la más comprometedora cordialidad.

—Hay apellidos que se parecen.....—quiso decir el señor cura.

Pero yo le interrumpí con franqueza para declarar en voz alta:

—Soy yo, soy yo: no se trata de ningún otro. Yo he estado siendo años y años un bribon detestable.

—Lo que es eso no es verdad—exclamó Magdalena.

—Yo me entiendo—la repliqué estrechando á mi vez vigorosamente la mano del doctor;—no un bribon á lo José María ó á lo Jaime el Barbudo,

pero un bribon por imprudencia y por ignorancia; un *libre-charlador*, un *Petrus in cunctis* como el apreciable doctor, que tiene la bondad de recordarme mis picardías. ¡Ah, cuántas y qué grandes las tengo sobre mi conciencia! ¡Y de todos colores! El doctor, sin embargo, se equivoca un poco; yo no he insultado jamás á los curas, pero he hecho algo peor: los he protegido desde lo alto de mi cátedra de polichinela, los he querido acaudillar, yo, el grandísimo payaso, y les he prodigado, ex-cátedra, mis consejos de arlequín; creo que hasta les he bendecido, envuelto como estaba en mi vanidosa suficiencia, que se atribuía muy sencillamente á sí misma la infalibilidad del Papa y la autoridad de los Concilios. Mis novelas enseñaban la caridad á los apóstoles; mis artículos aprendían la teología á los doctores, y yo decía á Jesucristo: «Dios mío, no sois un Dios del todo malo, pero debiérais hacer esto y lo otro y lo de más allá: eso sería mejor. ¡Vamos! ¡Sed razonable! ¡Yo me intereso por vos y me comprometo de grado á hacer por vos cualquier cosa con tal que vos queráis estrechar vuestra inmensidad de manera que quepa cómodamente en mi cerebro!» No decía yo esto textualmente, y no lo decía tampoco en el *Cafe de los Viajeros*, ni en el *Café de la Industria*, ni en el *Café del Comercio*

de Nanterre, como usted, doctor; pero lo propalaba en París, en falansterios mucho más sonoros, como eran mis periódicos y mis libros. Y ganaba dinero con esas bolas, mezclando entre ellas eso que llaman «ideas morales y políticas», tales como los casos de conciencia de Ernestina, los discursos de Leon contra el gobierno, los escrúpulos sociales de Lacenaire, las disculpas de madama Barrabás, los desórdenes de la duquesa de Follembouche y las buenas intenciones de aquel eterno idiota, del príncipe Adolfo, empeñado en reconstruir el mundo bajo un plan corregido por él, es decir, por mí.

Todas estas máquinas no tienen fuerza, pero hacen daño. Yo tenía gente que me leía como me ha leído usted, doctor, y tenía hasta gente que me admiraba, pueden ustedes creerlo. Había quienes exclamaban detrás de mí: «¡Ah, qué talento! ¡Qué gran corazón!» Y yo era de su misma opinion, sólo que los encontraba fríos..... Doctor, mi querido doctor, yo apuesto á que usted tiene también sus aduladores en el cafetuchó *del Comercio*.

Quiso el doctor retirar la mano; pero se la tenía yo muy apretada. Todo mi vigor le tengo en los puños, que son de acero.

Bien creo que mi auditorio no se figuraba adónde quería yo ir; pero veían al doctor en grande aprie-

to, y el teniente de alcalde, su cuñado, dió la señal para echarlo todo á risa.

Un curita en ciernes, el sobrino del señor cura, que acababa justamente de entrar, descubrió en este momento el reverso de mi gloria de novelista, exclamando:

—Este es el famoso señor X, que predica ahora á los obreros en San Sulpicio.

—¡Y es verdad!—dijo el teniente dirigiéndose á mí;—¿por qué no lo había usted dicho, compañero? A menudo se habla de usted en nuestras reuniones, y hemos rezado el *Sub tuum præsidium* que usted pedía para verse libre del pecado de orgullo.

—Muchas gracias,—le respondí;—redoblen ustedes sus oraciones, porque mi orgullo se mantiene muy arraigado. Pero no le suelto á usted, doctor, usted ha sido aquí el que primero me dió la mano.....

—Se le va á comer,—dijo el curita en ciernes.

—Usted es—continué yo—en el *Café del Comercio* lo que yo era entre el público un poco más extenso que se divertía con mi pobre literatura. Usted vale más que yo, porque hace usted menos daño que yo, no hablando tan alto como yo; pero usted, yo y todos los hombres, ¡ay Dios! todos somos globos inflamados de orgullo.....

—Así es, así es,—dijo el teniente de alcalde.—
¡Ah, cuñado, cuñado!.... ¡el orgullo! ¡un globo! Esa
es la verdad.

—Señor teniente de alcalde,—exclamé;—yo he
dicho «todos los hombres,» así los de la conferen-
cia como los del café cantante.

—Así lo entiendo, compañero,—replicó el te-
niente de alcalde,—y no le regatearemos á usted,
si cae la ocasion, otro *Sub tuum præsidium*.

No sé yo cómo nombran ahora á los tenientes
de alcalde en Nanterre, pero te presento á èste
como uno de los espíritus más amables que he en-
contrado en mi camino. Sus palabras hicieron aso-
mar una sonrisa á los labios de los que le compren-
dieron, que por cierto no estaban en mayoría.

—¡Vamos, vamos!—me dijo el doctor sin impa-
cientarse:—¿me va usted á dejar en paz al fin? En
primer lugar, aquí no hay *Café del Comercio*; yo
voy únicamente á la cervecería.

—Perfectamente. ¡Debí haber adivinado la cer-
vecería!.... Pues bien, quería decir á usted como á
un antiguo amigo, pues que en realidad somos
amigos antiguos usted y yo por mis travesuras im-
presas; quería decirle que usted, providencia de los
enfermos, tiene oficio de santo, mientras que yo,
escribidor, tenía oficio de pícaro; que usted está

muy por encima de mí por sus estudios, por el bien que usted ha hecho, por su corazón de usted, que brilla en sus ojos, y por todo lo que atrae hacia usted, que es un caballero; y que puesto que yo he renunciado, por tal de conseguir la paz en la tierra y después la dicha del cielo, á millares de millares de amigos como usted, á mis lectores de otro tiempo, á mis queridos lectores, bien puede usted con un fin análogo quemar el respeto á la media docena de *libres bebedores* que le aplauden á usted en la cervecería..... ¿Quiere usted darme de comer esta tarde? Lo acepto.

Le solté la mano, y sin aguardar su contestación saqué mi voz de orador para hacer un sermón de tres minutos, en el que expuse que, concluido ya mi papel ó poco menos, comenzaba el de los cristianos de Nanterre, con respecto á la difunta, á su hijo y aun á su marido.

Mi palabra caía en buena tierra.

Cuando tomamos el camino de la choza ruinosa en donde Adela había dejado de sufrir, éramos una veintena, es decir, todos los hombres que habían asistido á la Reserva, y la mitad de las mujeres, con más algunos transeuntes que se nos agregaban, aumentándose así nuestra procesion por el camino.

Bonifacio quedó al cuidado de la mujer del cam-

panero. Me acuerdo que al subir por el Monte-Valeriano el señor cura llevaba en la mano una camisa, y el teniente de alcalde un pantalon, y el doctor una gorra: todo lo cual formaba el traje de Pedro Blot, á quien yo les habia pintado vestido á la romana. Uno de los labradores ricos, individuo de la conferencia local, se ocupaba ya en buscarle obra, y si yo hubiera querido *colocar* á Facio, hubiera tenido diez casas en lugar de una; pero Magdalena tenia ya ley al niño.

Marchaba ésta delante con una religiosa y dos buenas señoras, á quienes iba repitiendo nuestra aventura más por menudo y de una manera mucho más interesante, por diverso estilo, de como yo habia podido hacerlo. No digamos que estaba demasiado tierna para con Pedro Blot, pero en cambio hacía de la pobre Adela una mártir, casi una santa.

Yo iba abrazado con el doctor, que me suplicaba le hablase con franqueza y le confesara que no creía una palabra de «todas esas farsas».

La misma frase de Blot. De suerte que en Religion opinaban lo mismo.

En política, por el contrario, el doctor estaba muy contento con su fórmula liberal, la más bonachona de todas; y cuando yo le dije que Pedro

Blot, el comunista, era hijo legítimo de sus doctrinas, ó más bien de su carencia de doctrina, arreglada en dogmas de Ybetot para uso de los «hombres de bien» de Beranger, se me enfadó hasta ponerse colérico, él que no se enfadaba nunca.

Quiero también hacer constar este detalle. El doctor abominaba á Pedro Blot aun antes de haberle visto, como ciertos padres á lo Rousseau detestan al hijo que dejaron abandonado si por acaso se les vuelve á poner delante.

Pedro Blot no ha sido jamás afortunado en el liberalismo, que hace consistir toda su honradez en renegar de él pomposamente. No hay nadie que adule á Pedro Blot más que Tartufa en tiempo de elecciones, y no hay nadie que le ame más que nosotros los católicos, venciendo la repugnancia y vencidos por la caridad.

Los liberales «sensatos» y decentes y desinteresados como el doctor, que no solicitaba nada (sino la cruz de beneficencia á la chita callando), tienen pura y simplemente horror á Pedro Blot.

En cuanto á Tartufa candidato, una vez elegido, empieza á tomar tirria á Pedro Blot, como el deudor insolvente guarda inquina contra su acreedor, conforme á la ley de la ingratitud humana; á menos que Tartufa candidato no sea al mismo tiempo Tar-

tufa periodista, en cuyo caso continúa acariciando á Pedro Blot mientras Pedro Blot contribuye con el *sus* diario al sostenimiento del periódico.

¡Ah! Pedro Blot está más cerca del cielo de lo que parece, puesto que no tiene amparo en la tierra.

Llevábamos con nosotros la autoridad bajo la forma de un guarda de campo que era correligionario del doctor, aunque menos letrado, y me acuerdo que hubo una larga discusion acerca del levantamiento del cadáver. Todos los competentes en nuestra caravana admitían la siguiente distincion, de que oía yo hablar por primera vez en mi vida: «Si el suicidio tiene lugar en una casa, decían, hay que esperar á la identificacion del cadáver y demás diligencias judiciales; pero si el cadáver se encuentra en paraje no cerrado, se le puede trasladar desde luego para ponerle á cubierto.»

Aquí, en nuestro caso, la choza pastoril abandonada tenía, es verdad, su especie de techo; pero no tenía puerta, lo cual, según la jurisprudencia de Nanterre, no hubiera dejado de hacer un tanto espinoso el caso, si el doctor, previo examen, no hubiera declarado legalmente que allí no había suicidio, porque Adela había muerto de una congestion pulmonar.

Ante todo, había entrado yo solo en la choza

para proceder al adacentamiento de Pedro, á quien volví á encontrar en el mismo sitio en que le había dejado, acurrucado en el suelo junto al saco en que estaba el cuerpo de Adela. Tuvo al principio alguna dificultad en dejarse vestir, olfateando, según me confesó, la procedencia clerical de los trapos; pero los escrúpulos de Pedro Blot, sean ó no sinceros, nunca son muy profundos, y se desvanecen tan pronto como un vistazo en rededor le asegura de que no hay por allí ningún cofrade ó amigo que pueda echarle en cara su debilidad. Fué por lo demás completamente leal conmigo, pues me dijo al ponerse la camisa:

—Esto no me obliga á nada, ¿sabe usted? Lo hago para poder ir detrás de Adela yo solo, á un lado, y no en fila con ustedes.

Salióse cuando entró el señor cura, y se retiró sin aire de provocacion detrás de la barraca.

El sacerdote bendijo el cuerpo y recitó las paces, á que respondían los que habían podido entrar y los que se habían quedado afuera. Adela fué puesta en unas andas y se la cubrió con un paño negro para llevarla á casa de la piadosa señora que se había encargado de amortajarla y ponerla en una caja.

Seguíamos todos en procesion, mientras que algunos soldados, formando grupos acá y acullá por

la espalda del Monte-Valeriano, nos miraban de lejos con asombro.

Pedro había presumido demasiado de sus pobres piernas al hablar de ir al entierro solo. Yo le sostuve al principio muy á finas veras; pero no pude hacerlo mucho tiempo, y fué menester que el teniente de alcalde viniera en mi ayuda; de suerte que Pedro Blot se halló sostenido y casi llevado en volandas tres cuartos de legua por dos santurrones de las Conferencias de San Vicente.

No podía yo menos de pensar en que era aquella una figura muy viva de la institucion modesta y grande que lleva el nombre del más ardoroso entre los apóstoles de la caridad. ¿Acaso no está el gozo mejor y más íntimo de esta sociedad en socorrer á los que la aborrecen y en proteger á los que la calumnian? ¿Y no está en eso precisamente el origen de las desconfianzas que la rodean desde su nacimiento y que no se acabarán nunca? Los que se forman una religion de la venganza, ¿cómo han de creer á los que no tienen otro culto que el perdon?

Y la palabra perdon no vale nada. Amor es como hay que decir, porque el verdadero cristiano debe *amar* á su enemigo; esta es la ley estricta, fuera de la cual no hay ni santidad ni salvacion.

¡Oh! ¡Cuán lejos estamos en nuestros primeros movimientos interiores de este heroísmo necesario! Mas cuando nos acercamos á él por el esfuerzo de nuestra voluntad fortificada y templada en el fuego de la gracia; cuando á fuer de amar á Dios sobre todas las cosas llegamos á amar al hombre, nuestro hermano enemigo, como á nosotros mismos, ¡qué puro santuario es nuestro corazón y qué hermoso y radiante tabernáculo!

Es menester ser justos y no sublevarse contra lo que es la naturaleza misma de las cosas. Las instituciones católicas excitan la desconfianza, y no puede ser menos, porque tienen parte de milagro: casi todas tienen una historia que se sale de lo verosímil y mortifica á la razón.

Nacen de la nada en apariencia: del grano de mostaza, el más pequeño de todos los granos. En lugar de comenzar con estrépito y ruido de prospectos mentirosos que suenen á dinero, brotan en silencio en algún rincón ignorado, tan débiles y tan humildes que se pasa por encima sin verlas.....

Son los semilleros del Dios humilde.

La prudencia humana tiene en verdad motivos para irritarse contra estas «empresas,» loca y desatentadamente concebidas, que empiezan sin capital, teniendo que dar mucho y nada que recibir,

y que crecen en proporcion de sus pérdidas, mientras que tantas sociedades comerciales mueren en su misma opulencia y estremecen al mundo de los negocios al hundirse bajo las ventajas combinadas de su lealtad, su habilidad y su prosperidad.

¿No hay aquí maleficio ó escamoteo? ¿Y no es disculpable en Tartufa industrial el maldecir de estas hechicerías al día siguiente ó la víspera de su quiebra?

Mas no es solamente el pobre Pedro Blot el que tiene ojeriza contra San Vicente de Paul y sus hijos; eres tú hoy, y era yo mismo ayer todavía; son los talentos serios y los frívolos, los que saben hacer las sumas y los que saben deshacerlas, los honrados y los hábiles, los rusos y los franceses: todo el mundo, hasta los gobiernos inclusive.

Y es natural que no se crea en los milagros.

Y cuando no se cree, es natural negar: iba casi á decir calumniar. Es necesaria la fe para ver algo sobre la naturaleza.

Recuerdo haber dicho alguna vez que la devoción á Nuestra Señora de Lourdes era una impostura, y, por consiguiente, una impiedad.

Me he burlado del Sagrado Corazon de Jesús..... ¡Bien me acuerdo..... aun euando el Corazon de Jesús lo haya olvidado!

¡Ah! No seré yo nunca quien se arrogue el derecho de ser severo á propósito de los escrúpulos de la razón, de esa especie de asma del alma. Compa-dezco á los enfermos desde lo hondo de mi enfermedad, y puesto que estamos tratando de esa cosa con tan inadecuado nombre titulada *Conferencias*, convengo de grado en que todo talento «práctico» debe sospechar que hay gato encerrado al escuchar semejante cuento. Sé juez tú mismo.

Era allá por los años siguientes á la revolución de 1830, es decir, en aquella época escogida en que la indiferencia religiosa llegó en Francia al *sum-mum*. El París divertido no aborrecía á Dios como ahora que Dios le exaspera á causa de la multitud inmensa que invade los templos; París, en realidad de verdad, no sabía ya que había Dios, y el Sr. Desgenettes, el venerable cura de Nuestra Señora de las Victorias, de quien te hablaba en nuestro último episodio, me ha dicho muchas veces con lágrimas en los ojos: «Durante varios domingos seguidos, en cuaresma, cantamos las vísperas para los hermanos de la doctrina cristiana, las hermanas de la Caridad y tres señoras.....»

Y una vez..... (esto me lo han contado), el mismo Sr. Desgenettes, se encontró solo en su iglesia con una mendiga, cuyo niño lloraba á gritos.

Cuando la pobre hubo recibido la limosna, quería retirarse respetuosamente, porque no podía hacer callar al niño; pero el atribulado siervo de Dios la dijo: «Estése usted, hija mía; no se vaya usted, y deje usted llorar al niño para que Dios oiga siquiera que hay alguien aquí.

Puedes ir ahora, no ya en domingo ni á la hora de vísperas, sino cualquier día y á cualquier hora, á visitar á Nuestra Señora de las Victorias, y verás si hay necesidad de retener en las iglesias á los niños que lloran para que Dios oiga que hay alguien.

Una tarde, no sé en cuál de aquellos años célebres por su prosperidad material, que precedieron á la caída del trono de Julio, se reunieron media docena de jóvenes en un modesto cuarto de estudiante en el barrio de las Escuelas. Había entonces muchos conspiradores, pero aquellos jóvenes no conspiraban. Al contrario: el objeto de su reunion era huir del olor fétido de la política que envenenaba ya las conversaciones del barrio Latino, y se pusieron á hablar de sus estudios, de sus cosas, de la dificultad, sobre todo, que había en conservarse puros dentro del medio en que vivían.

Fué aquello en su pobre sencillez, una solemne fiesta á los ojos de Dios, por ser el primer coloquio entre los representantes, por nadie autorizados, de

la juventud cristiana. La idea religiosa se sobrepuso allí bien pronto á todas las demás, y allí fué pronunciada, según dicen, la admirable frase que es el fundamento de la institucion de las Conferencias.

—La lismona es un broquel seguro, dijo uno de aquellos jóvenes: *pongamos nuestra castidad bajo la salvaguardia de nuestra caridad.*

Y así se hizo. El fin de aquellos jóvenes que corrían la escuela, no estaba lleno de sutiles nociones filosóficas: querían *labrar su salvacion* en una ciudad en donde el salvarse es especialmente difícil.

Y lo decían.

Esto era casi todo.

Pero acontece que no puede uno labrar su propia salvacion sin producir en redor suyo el bien bajo todas sus formas, con la palabra, con el ejemplo, con la oracion; de suerte que al trabajar por su salvacion aquellos jóvenes, produjeron el bien, en la medida de sus recursos, que eran muy limitados, y de su crédito, que era casi nulo.

¿Has entendido? *No hactan ellos el bien solamente por aquellos á quien hactan el bien, sino también por guardarse á sí mismos en Jesucristo.*

Eso es egoismo, dirás tú.....

¡Que Dios te colme de egoismo semejante! Llámase amor divino, y es lo más grande que hay so-

bre la tierra; la poderosa pasion de la criatura por su Padre que está en el cielo.

Gracias á este egoismo, traducido en abnegacion, al cabo de un mes ya los seis eran doce, y hubieron de buscar otro local más ancho: al cabo del año los doce eran doscientos, y fueron menester muchas habitaciones; al cabo de diez años..... ¡Ah! Yo no sé cuántos somos ahora, porque los jóvenes han abierto las puertas de su fraternidad á los viejos, para que éstos, reanimados por la virtud joven, puedan también arrimar el hombro á la obra de este egoismo radiante de amor y de sacrificio.

Y París tiene cien Conferencias; y hay varias en cada ciudad, y una á lo menos en cada villa y en cada aldea. Y los pobres reciben pan y vestido por valor de algunos millones, y consuelos por valor de una suma que ningún Banco acertaría á expresar en guarismos.....

Es evidente que, según todas las leyes de lo verosímil, los estudiantes no han podido fundar esto: no es obra de estudiantes. Los estudiantes deben estudiar ó bailar, deben ir á cátedra ó al teatro, pero no enmohecerse en esas oscuras guaridas donde «se labra la salvacion,» como si estuviéramos todavía en la Edad Media.

Esto es horrible; esto es ofensivo para el espíritu

y repugnante á los ojos; esto desdice de una época de luz y de ilustracion en que todos los que tienen apego á los cuartos están formando causa á la limosna.

No puede consentirse que cosas tan monstruosas existan en el siglo XIX, en el siglo de Pedro Blot. ¡A las armas, ciudadanos! ¡Tras de eso hay algo! ¡La patria está en peligro!

Así llegó á haber una vez un Gobierno, ó mejor dicho, un ministro que estaba de mal humor por ciertas contrariedades domésticas, y que llevaba todavía la pipa de Mazagrán en su bolsillo de duque de nuevo cuño..... Este ministro, enfermo y desgraciado, no era Tartufa, pero tenía un miedo terrible al ciudadano Tartufa, que justamente acababa en aquella época de salir de su agujero y comenzaba á gruñir *La Marsellesa*.

Por captarse la gracia del ciudadano Tartufa, aquel ministro consintió en agarrar á San Vicente de Paul por el cuello y registrarle, no sin cierta brutalidad.

El ciudadano Tartufa le quedó por ello muy agradecido, y les colgó á la primera ocasion, á él y á su gobierno, de un farol de la calle.

Esto es lo que sucede y lo que siempre sucederá á todo gobierno bastante tímido para abrir al ciu-

dadano Tartufa el postiguillo vergonzante que da á la parte trasera del teatro de la política.

Mas ¿qué fué lo que hallaron aquel gobierno y aquel ministro en los bolsillos violados de San Vicente? Bien se cansaron de rebuscar, puedes creerlo, porque tenían un deseo pueril de contentar á la tartufería liberal, que iba luego á hacerles el favor de acuchillarlos por la espalda. La historia testifica, sin embargo, que no hallaron nada, absolutamente nada en las faltriqueras de la caridad.

Dios estaba allí; pero no le vieron.

Si hubiera mirado mejor aquel gobierno infortunado, á quien la villana cobardía de Tartufa, insultador de sepulturas y de mujeres, acabará por resucitar cualquier día, hubiera entrevisto quizás, él que todo debía esperarlo del bien y que del mal debía temerlo todo, el primer germinar de esas instituciones nacidas de San Vicente de Paul, que serán en el porvenir la gloria de nuestra patria, cuando Dios quiera que nuestra patria se despierte al fin más gloriosa del letargo de sus desdichas.

Hubiera visto, para no citar más que una sola, la Asociacion de los Patronatos, mina de sarcasmos para Tartufa economista; la Asociacion de Salvamentos, mejor dicho, la gran asociacion todavía en mantillas, que tiene por objeto redimir al hijo del

obrero. No sabría yo explicarte estas cosas debidamente; peco todavía de ignorancia, y á pesar de mi edad, y á pesar también de mis sermones, no soy más que un recluta entre los soldados de Dios; pero necesito expresar bien ó mal mi admiracion por estas cosas, cuyo estudio va á ser la última ocupacion de mi vida.

No me quejo tampoco demasiado de ser un viejo novicio, porque esto me permite entusiasmos de neófito, y hay momentos en que estoy como el buen La Fontaine cuando descubrió de improviso que el profeta Baruch no valía menos que su amigo Boileau Despreaux, apellidado el Horacio francés por los que no son muy aficionados, y sobre todo no tratan con mucha intimidación al Horacio latino. Necesito exclamar á la vista de las cosas de la Religion, ¿entiendes? me es absolutamente necesario exclamar: «¡Qué hermoso, qué bueno! ¡Es maravillosamente bueno y hermoso!»

Voy, pues, á explicarte como pueda lo que hace la Asociacion de Patronatos; al menos aquello de que me acuerdo y que más me ha impresionado.

Coge al hijo del obrero al salir de la escuela, esto es, en el momento preciso en que Tartufa envenenador va á hacer de él un Pedro Blot, y le dice: «Hijo mio, escoge un oficio. ¿Qué quieres ser?»

Y en cuanto el niño responde: «Quiero ser esto ó lo otro,» le busca un patron honrado, con el que concierta en nombre del niño las mejores condiciones del aprendizaje; le vigila luego, le guía y le alienta en sus esfuerzos, le consuela y alivia en sus penas, y es para él la providencia de la vida del trabajo.

¿Nada más? No, todavía falta mucho. La asociacion utiliza hasta los ratos de ocio del niño, las noches y los domingos en provecho de su inteligencia y de su corazon; le instruye, le ilustra, le eleva, y va todavía más lejos: le divierte..... sí, llega hasta el extremo de crearle un conjunto de placeres y de alegrías para él solo, en anchos patios donde reina una atmósfera pura, desde el punto de vista físico, como desde el punto de vista moral.

Es la madre que sigue á sus hijos desde la primera comunión hasta el matrimonio y más allá todavía, desempeñando así humilde y tiernamente el misterioso y potente trabajo de pacificación y de *reconciliacion* que cegará quizás con el tiempo (¡ah, Dios lo quiera!) el abismo abierto y cada vez más ahondado por Tartufa, predicador del odio social.

¿Cómo quieres tú que una cosa como ésta no sea objeto de horror para los secuaces de Tartufa materialista, que hace las paces con Bismark tan pron-

to como se trata de crucificar de nuevo á Jesucristo en la persona del Jefe de su Iglesia?

Y no es esta sólo una obra católica; es además la obra patriótica por excelencia, la obra, por consiguiente, más odiosa de todas para los enemigos de Dios y de la patria.

Mas ella seguirá su curso á pesar de todo, y dí que yo te lo digo; ella será la victoria de Dios y de la patria; ella será la que reedificará por el amor la casa de la familia francesa demolida por el odio.

¿No lo crees? Tanto peor para ti. Los hombres de tu época parecen pagados para no comprender más que la amenaza; ¿cómo habías tú de adivinar el lenguaje de la caridad?

¡Es una cosa tan pequeña un patronato!

¡Y la masa de enemigos que le rodea es tan enorme!

Deja obrar á Dios, sin embargo; deja crecer al niño, al pobre hijo de la maternidad cristiana, instruido en la fe y amamantado en el honor; mañana será el trabajador vigoroso, el ciudadano decidido, el soldado, el admirable soldado de la disciplina invencible. Tú le tendrás por custodio, por aliado, por amigo en la paz como en la guerra, y él será el que salvará.....

Iba á decir á Francia, pero Francia no está en

peligro, á Dios gracias; por lo presente, Francia no tiene necesidad de ser salvada, materialmente hablando; lo que Francia necesita hoy como ayer, como siempre, es que se sostenga su bandera enhiesta y firme. Pues bien; ese niño, el hijo del cumplimiento de nuestro deber, el hijo del catolicismo, es el que sostendrá cuando sea necesario, y el que enarbolará contra todos, el estandarte de nuestra Francia querida.

Juan se enjugó la frente, y yo le estreché la mano; también yo tenía cubiertas de sudor las sienes.

—Volvamos á Pedro Blot—continuó.—Estábamos de vuelta del Monte Valeriano con el cadáver de la pobre Adela. Casi de noche era ya cuando llegamos á Nanterre, y sin embargo, había gente á las puertas de las casas para vernos pasar. Nuestra aventura de la choza había circulado, teniendo tanto más atractivo cuanto eran menos conocidos los pormenores. Estaba yo vestido, según suelo estarlo, de una manera suficiente por lo que respecta á las buenas costumbres, pero que no hubiera dado á los viajeros de otras naciones idea muy clara de la elegancia que se usa en nuestros *boulevards* parisien- ses. No sé qué papel me atribuía la opinion pública de Nanterre en el drama todavía misterioso, cuya víctima era llevada en hombros por en medio de la

calle Mayor; lo único que puedo decir es que todos por unanimidad me miraban de reojo.

Después hice más que comer en casa del doctor: dormí allí. El pobre no podía volver de su asombro ante la abyección en que había caído una tan hermosa inteligencia (se trataba de la mía).

Magdalena siguió á la buena señora que se había encargado del cadáver de Adela; el párroco, el vicario y el curita en ciernes, relevándose á ratos, velaron toda la noche junto á la muerta.

En la habitacion vecina habían tendido en el suelo un colchon para Pedro, y Magdalena me dijo á la mañana que se le había oído roncar unas veces y llorar otras. Con frecuencia se levantaba, se llegaba hasta la puerta y echaba una ojeada á los que velaban el cuerpo. Magdalena le sorprendió tres ó cuatro veces bostezando; andaba como preocupado, inquieto y descontento.

Al decir descontento no hablo ya de su pena, que era profunda, y que crecía en lugar de aminorarse á medida que iba recobrando el libre uso de la razon.

Hablo de cierto embarazo que experimentaba mezclado de cólera. Las sotanas le molestaban, fácil era conocerlo, y Magdalena, con su perspicacia de mujer, adivinó que experimentaba una contra-

riedad muy viva de encontrar siempre aquellas detestables sotanas velando y orando.

El hecho es que el clero de Nanterre no podría seguramente velar con el mismo rigor á todos los pobres que mueren en la parroquia; pero hay desgracias que imponen, por decirlo así, la solemnidad en redor suyo. El hombre no es dueño de ese sentimiento que le hace tornar en algún modo la cabeza y el corazón á ciertos días de su vida. No puedo negar que los curas de Nanterre desplegaron una especie de lujo de compasión en honrar á la miserable criatura muerta en un saco y cuyos restos les confiaba Dios por tan raros modos; la verdad es que la trataron como si hubiera sido la dueña y señora del contorno.

No hay en ello nada que alabar ni que reprender.

Pedro Blot se preguntaba (no creas que lo invento; él me lo ha dicho): «¿Por qué diablos hacen estos cuervos todas estas mojigangas de balde?»

Pues al clero se le insulta por el dinero que exige, conforme á su derecho, y por el dinero que perdona renunciando á su derecho.

Al otro día, muy de mañana, llamó el doctor á la puerta de mi cuarto.

—¡San Juanon!—me gritó por el agujero de la llave;—¿se ha despertado ya vuestra reverencia?

—¡Vaya! Hace más de una hora que estoy rezando,—le respondí.

—¿Por mi alma, eh?

—Algo, sí; pero mucho más por la de Pedro Blot.

—¿Quién es ese Pedro Blot? ¿Es el bribon infame que ha matado á su mujer?

—Precisamente,—le dije, abriéndole la puerta.

Entró, y me dió un valiente apretón de manos, prosiguiendo:

—¿Conque quiere usted más á Pedro Blot, que á mí?

—Sí, porque él tiene para ser lo que es todas las razones que á usted le faltan para ser lo que usted se ha hecho.

—Frase de autor á medio sueldo. El verdadero móvil de usted, venerable San Juan, es que espera que Pedro Blot y los canallas de su laya se tragarán algun día á los hombres honrados como yo, ilustrados, moderados, y, por consiguiente, molestos, puesto que están en vías de envolver al mundo.

—No lo espero, mi querido doctor,—le repliqué:—no sucederá. Tan pronto como ustedes hubieran envuelto á lo que usted llama el mundo, el sub-mundo les envolvería á ustedes, y hablando con un hombre de inteligencia como usted, no necesito decir que hará perfectamente.

—Si puede. Está rabioso el sub-mundo, bien lo sabemos; pero está enjaulado, y cuando gruñe le arrojamamos bolillas clericales á través de las rejas: esto le divierte..... Pero me olvidaba decir á usted por qué he venido á molestarle con infraccion de las sagradas leyes de la hospitalidad. Es precisamente por causa de su cantero de usted, que está abajo y viene á ver á usted. En cuanto le he visto, me he escapado. No está borracho, ¿sabe usted? pero parece que traspira borrachera.

—Traspira miseria y desconsuelo. Ustedes le han escamoteado á Dios, que es la esperanza de los desconsolados y su apoyo. ¿Cómo quieren ustedes que un sér tan miserable se sostenga sin Dios!

—Yo no sé, San Juan, yo no sé..... Dios por sí mismo no tiene nada de repulsivo, porque su profesion es hacer el muerto; pero si usted hubiera tenido como yo un ilustre cuñado en la sacristía, nunca se hubiera usted convertido. La gente de Dios es la que es cargante, no Dios, pobre estatua..... Pero es igual; me ha tocado usted en la parte dolorida hablándome del sub-mundo; hay doscientos mil Pedros Blot en París, que hoy por hoy nos hacen nuestro negocio; pero no alegran cosa mayor el horizonte..... ¿Haré subir al oso, ó va usted á bajar?

Ví que le desagradaría recibiendo en su casa á mi amigo Pedro, y me apresuré á coger el sombrero para salir. El doctor me abandonó en medio de la antesala por no arrostrar la vista del estómago que debía digerirle más tarde ó más temprano. Tampoco el gran rey Luis XIV se atrevía, según dicen, á mirar la veleta que domina el real panteon de San Dionisio, adonde debían ir á parar sus ilustres restos mortales.

Con el traje decente que se le había procurado no tenía ya Pedro aquel marcado aire de protesta, de absurdo y de blasfemia que me asombraba en el cuando estaba metido en el saco. La camisa limpia no le sentaba bien. Ya no era más que un tullido ordinario que movía á compasion como cualquier otro mendigo.

Tú lo sabes, dramaturgo: del comediante despojado de su traje, queda muy poco; pero si además se le pone fuera del teatro, ya no queda de él nada absolutamente; y por eso tienen por detrás todos los teatros esas salidas oscuras por donde los héroes de carton y las heroínas de yeso se escapan después de representada la comedia, para volver á entrar de incógnito en su carne y sus huesos.

Entonces se ven cosas extraordinarias: la ramera de las obras de Dumas (hijo) puede convertirse en

una madre de familia respetable, y el traidor de melodrama delecta *la moral en accion* á sus pequeños.

No tengo el honor de conocer con bastante intimidad á Tartufa Erostrato, el cómico á todo trance, para mostrártele en su casa cuando vuelve de quemar una catedral; pero he sorprendido á su mujer visitando á los pobres, y en la oscuridad de las capillas laterales de mi parroquia he creído alguna vez reconocer..... No, no, no la descubro. Tanto menos, cuanto que la señora de Tartufa es mucho más rabiosa que su marido cuando se pone.

Pedro Blot no era comediante, ó por lo menos si lo era, como lo somos todos, no lo sabía; había representado de buena fe el drama lúgubre y grotesco de su suicidio, que sólo había matado á otro. No era un malvado, puesto que se escondía para llorar; no era tampoco un hombre sin inteligencia, puesto que conocía claramente á Mazagrán, su «libre-embaucador,» la más vulgar, y por consiguiente, la más temible encarnacion de Tartufa.

Pedro Blot era un desgraciado, seco por la succion de Tartufa-vampiro, que extrae el pensamiento de Dios del corazon humano, es decir, que extrae la obediencia, la paciencia, la resignacion, el deber, todo lo que consuela y fortifica, para introducir en

su lugar el vicio impotente y repugnante, la rebel-
 día, que es la peor de las esclavitudes, el imbécil
 derecho de gozar, la concupiscencia brutal, la envi-
 dia, el odio, la locura del egoísmo, todo lo que de-
 grada al individuo para luego bastardear la raza.....

¿Has visto, tú que eres campesino, has visto á las
 culebras vaciar á los sapos?

Yo conocí un sapo y una culebra..... tranquilí-
 zate, que no es esto un apólogo del tiempo en que
 hablaban los animales. Mis dos animalitos no dirán
 una palabra: es un recuerdo de la infancia.

Una vez que andaba yo cogiendo moras en una
 sebe, distinguí de lejos una cosa que me pareció
 extraordinaria. Se deslizaba por la orilla del cer-
 cado, y luego ví que era una culebra que se arras-
 traba con la cabeza levantada; pero la cabeza de
 aquella culebra me parecía horrorosa de grande.

Me aproximé, y cesó mi asombro; lo que yo to-
 maba por la cabeza de la culebra era un sapazo
 muy gordo que ella se iba mamando conforme an-
 daba. No puedo decirte hasta qué punto iba orgu-
 llosa la culebra. El sapo era el que no parecía es-
 tar tan contento ni con mucho.

Enemigo como soy de todas las serpientes, me
 lancé con el palo levantado para cortar el cuello á
 Tartufa-reptil; pero, menos cándida que el perso-

naje de Molière, mi culebra hizo una contorsion rápida y desapareció entre el seto.

Al huir dejó escapar el sapo.

—¿De susto?

—No por cierto; como se arroja la monda de una pera.

El sapo aquel ya no era más que un pellejo de sapo, una cosa floja y estrujada, de donde se había chupado ya todo lo chupable. No estaba muerto, sin embargo; se movía, y al cabo de un momento se metió por un agujero de la sebe, por el mismo agujero donde se había escondido la culebra.

Aún me parece que estoy viendo á un viejo aldeano que se había parado á mirarme mientras yo examinaba aquel curioso detalle de historia natural, y me dijo con tono grave:

—«¡Ah, las *v'lins* (las venenosas, las culebras)!... Las culebras y los sapos se aman mutuamente. ¡No hay peligro de que una culebra le haga daño á un sapo. El sapo sabe esto perfectamente y no huye jamás de la culebra, porque la culebra LE COME SIEMPRE, PERO NO LE MATA NUNCA.»

Y como yo no entendía esto muy bien, el viejo campesino me explicó que la culebra dejará al sapo todo el tiempo necesario para redondearse de nuevo; pero entonces, cuando el sapo haya vuelto á ser

lo que se llama un hermoso sapo, próspero y repleto de apetitosas viscosidades, la culebra tornará á sorbérsele como un huevo fresco, delicadamente y sin maltratarle.

Te he contado esto, porque tal fué la suerte de Pedro Blot en toda su vida: se le ha chupado y vuelto á chupar siempre y siempre.

Magdalena se engañaba cuando creía que mi conducta y mis palabras no habían producido efecto alguno en este pobre hombre. Yo había conmovido allá en su interior lo poco que la última succion de Mazagrán, su culebra, le había dejado. Había sido además conmovido harto vivamente y sin duda halagado por la importancia considerable que se daba á sus asuntos entre la reducida cristiandad de Nanterre. Los piadosos respetos y consideraciones de que eran allí rodeados los mortales despojos de Adela no le eran del todo indiferentes, y en suma conservaba todavía en su cerebro inseguro bastante cantidad de buen sentido para conocer que no teníamos nosotros ningún interés humano en obrar así.

Puedo decirte desde luego que el entierro de su compañera, que se hizo sin fausto seguramente, pero con decencia y en medio de un concurso numeroso de fieles, le inspiró un verdadero reconocimiento.

Hubiera él preferido un entierro civil, al menos así lo dijo, aunque no estoy yo bien seguro de que fuera sincero en aquel instante, y para conversar conmigo sobre este punto era para lo que había llamado á la puerta del doctor tan de madrugada.

No necesité más que una sola palabra para reducir el escrúpulo de su vana gloria, que él llamaba su dignidad, su conciencia.

—Pedro—le dije:—de esa manera cumple usted el postrer deseo de su pobre amiga.

No me hizo ya objecion alguna; pero cambiando de tema se me quejó amargamente de haber oído zumbar alrededor de los oídos la palabra *fullero* cuando subía por la calle.

Traducía él esta palabra, y tenía razon, en reproche de haber causado la muerte á su compañera y vivir él todavía.

—Pedro—le dije yo;—cuando estaba usted ayer rodeado de clericales, ¿le lanzó á usted alguno esa injuria á la cara?

En lugar de responderme, refunfuñó:

—¿No se podría diferir un poco el entierro?... Es menester que sepa yo dónde la van á poner para reunirme á ella.

La amenaza implícita de suicidio contenida en estas palabras no me inspiró serio sobresalto. Co-

no sabía yo que Pedro no estaba ya en eso, al menos por aquel entonces.

—Seguramente que no tengo nada por qué quejarme de ustedes—añadió.—Han cuidado de la pobre Adela; de sobra, ahora que ya de nada puede servirla; pero la señora devota y el vicario han tratado de catequizarme.

—¿De veras?—exclamé yo lleno de gozo;—¿le han hallado á usted ya alguna plaza?....

Una plaza de holgazán, sí. Parece que el guarda de su cementerio no puede ya..... y ¿no han tenido la idea de meterme allí para ayudarle?

—¿Y usted lo ha rechazado?

—¡Voto á bríos!.... Será uno desgraciado, pero todavía sabe respetarse.

La campana de la iglesia se puso á tocar. Pedro mudó de color y se le enaguaron los ojos encendidos.

—¿Cree usted que esto es ya por ella?—me preguntó con voz ahogada.





VI

EN EL HOSPITAL

PEDRO estaba profundamente conmovido prosiguió Juan,—al preguntarme si el toque de la campana «era ya por Adela;» yo, sin embargo, le respondí con severidad:

—Por ella es, y por usted todavía más que por ella, amigo mío. Ella ya no tiene voz, ó mejor dicho, ese tañido es su voz que le dice á usted: «Yo no tenía más que á ti sobre la tierra y tú no tenías más que á mí. ¿Serás capaz de abandonarme en mi último viaje?»

Pedro titubeó, y le oí refunfuñar:

—Pero eso de ir en fila con las sotanas, seamos justos, eso no puede ser.

—Pedro—le repliqué;—si usted falta á ese deber, será usted un cobarde, y no serán los demás los que le traten á usted de fullero: seré yo.

Una ráfaga de ira brilló en sus ojos; pero la palabrota que se le venía á la boca se perdió en un sollozo, y me cogió las dos manos balbuciendo:

—¡Usted es un hombre de bien, usted! ¡Ah, pobre Adela! Harto cierto es que ya no tiene voz..... ¡No hay dignidad que valga! Yo iré con los curas..... iría, si fuera necesario, con los prusianos.....

Juan fué aquí de nuevo interrumpido en su narracion por el fragor de un terrible combate empeñado detrás del emparrado entre Facio y Berta.

Esta vez no parecía que Facio fuera el vencedor, pues lanzaba un prolongado grito de angustia.

Cuando hubimos separado, no sin trabajo, á estos dos eternos enemigos, se averiguó que Berta había agarrado á Facio por el pelo á traicion, y le había derribado sin dar cuenta. Interrogada Berta sobre los motivos de semejante atentado, respondió haciendo pucheros:

—¡Así! Para eso yo no fuí quien empezó, que fué él. Él decía que mi papá quería más á su papá Pedro que á mamá María, puesto que papá no habla jamás de mamá María en casa!

—Es que ella me había dicho antes de eso—replicó Facio—que mi papá Pedro era un pobre de los que andan pidiendo por las calles, y que su mamá era una señora muy hermosa..... ¡Así!

—Mi mamá—exclamó Berta,—era á lo menos hija de papá.....

—Pero no era hija de mi madrina Magdalena. ¡Bien seguro!

Juan cogió á Facio por una oreja, de lo cual se aprovechó Berta para tirarle esta última pedrada:

—Yo estoy en mi casa, y tú no.

Juan soltó la oreja de Facio para atrapar á Berta; pero ésta se le escapó dando gritos desgarradores, entre los que se percibían estas palabras:

—Papá quiere más á Facio que á mí, y mamá me detesta..... me voy á ir por el mundo.

Se había parado la niña á diez pasos de nosotros, y miraba á Juan muy esquiva y huraña.

—¿Quieres que la coja yo, padrino?—dijo Facio.

Juan le rechazó tan bruscamente, que el pobre muchacho vino á caer entre mis rodillas.

—¡Ay!—me dijo muy bajito y con el corazón atribulado;—esa niña le da muchos disgustos..... ¡y yo también!

Y de un solo brinco, mayor que el salto de un hombre hecho y derecho, Facio se puso junto á

Berta y la ciñó con ambos los brazos, como dicen los luchadores.

Lejos de pegarla como solfa, trataba de abrazarla, y como la niña se resistiera, le oí perfectamente á Facio decirla al oído:

—Es por no entristecer á tu padre. Haz como que me abrazas.

Y entonces Berta, sin vacilacion alguna, se le echó al cuello.

—¡Soy muy mala, Facio,—decía—soy muy mala! Tú, Facio mío, eres mucho mejor que yo.

Y formaban entre los dos un grupo encantador, en el que había sonrisas y lágrimas, perdon y cólera, candor y un sí es no es de travesura.

Yo miraba á Juan, que estaba como en éxtasis, y Juan se tornó al fin á mirarme con los ojos bañados en lágrimas, y me dijo:

—¿Crees tú en la herencia de las almas? Facio no es más que el pobre Pedro Blot antes de ser visitado por Tartufa, con algo quizás de la pobre Adela, de aquella pecadora-mártir, á quien yo no he conocido. Quiero mucho á Facio..... ¡pero á Berta! ¡ah! á Berta la quiero demasiado: ¡Facio tiene razon! La amo tres veces. Porque es María, el amor de mi juventud, mi mujer, mi imperecedero recuerdo..... Es también la otra María, su madre, mi hija,

la profunda y dolorosa ternura del estío de mi vida, aquella de quien Dios se sirvió para moler y triturar todas las fuerzas de mi corazón y arrojarlas hechas polvo á los piés del Consolador divino..... Es también Berta, la florecilla nacida del barro de una tumba; el reflejo fiel de lo pasado, la huella viva de tantas alegrías y de tantas amarguras: es todo lo que yo he querido fuera de mi familia que dejé tan joven! Es toda la luz y toda la sombra de mis posteriores días. No tengo más que á ella fuera de Dios y fuera de mi anciana y santa esposa Magdalena, que por la misericordia de Dios vela por mí, y que es para mí la tranquilidad, el sueño, y á manera de recuerdo dulcísimo..... ¿Qué será de esta niña, que es ahora fea como mis dos Marías, y que, como mis dos Marías, llegará á ser maravillosamente bella? Es un demonio que la primera comunión convertirá en ángel; pero ¿después? Ya ves tú, cuando se trata de ella arguyo contra Dios..... ¡Hágase su voluntad divina! Esto lo digo, pero lo digo muy tarde y muy bajo. Magdalena es la madre de mis otros hijos; pero no puede amar á Berta como ama á sus hijos. Y es menester que Magdalena proteja á Facio contra todos, hasta contra mí mismo, que no tengo corazón más que para Berta, según dicen. ¿Hubieras adivinado que había en mi cueva sitio para tantas

cosas, á más de la estufa y de mi mesa llena de libros viejos?... ¡Venid ambos á dos!

Esto último iba dirigido á Facio y á Berta, que se aproximaron inmediatamente con los brazos entrelazados.

Mis hijos les seguían, dispuestos á implorar para ellos el perdon; pero no había ya necesidad de eso. Juan repartió muy equitativamente sus caricias entre los dos culpables perdonados, y les preguntó:

—¿Andábais todavía á la escucha?

—¿Qué quieres, papá?—respondió Berta;—cuando tú cuentas algo hacemos lo que podemos por escuchar.

—¡Y cuentas las cosas tan bien, padrino!—añadió la serpiente de Facio.

Juan se volvió hacia mí.

—El caso es—me dijo, teniendo á Facio sentado sobre una de sus rodillas y á Berta sobre la otra,—que te estoy abrumando con relaciones, mientras que en mi casa hace ya tiempo que no les doy ese gusto. Cuando charlo contigo, siempre estoy en la idea de que siembro grana de libros..... Idos á jugar, encantos míos, que hoy va á haber una gran historia.

—¿Sí? ¿Y para nosotros también—exclamaron mis hijos.

Para todo el mundo, á no ser que vuestro padre se canse una vez de mí. Vamos, ¿tienes algún convidado á comer?

—No, que yo sepa al menos—le respondí.

—¿Comes tú fuera?

—No.

—Pues, entonces envía un recado á Magdalena diciéndola que nos quedamos en tu casa. Y vosotros, á jugar un partido al marro. Ya se os llamará cuando venga la historia.

Los niños se dispersaron como una bandada de pájaros.

Cuando nos quedamos solos otra vez Juan y yo, me dijo él:

—Ya has tenido tiempo de olvidar la *primera etapa* de mi conversion.

—La tengo tan presente—le contesté—como si me la hubieras contado esta mañana.

Me estrechó la mano sonriéndose y murmuró:

—Ya lo sé; pero tengo placer en oírte lo decir. Tu cara esposa me ha confesado que les habías referido *la muerte del padre* á ella y á tus hijos, y parece que han llorado.....

—Mucho. Está hecha para eso.

—No, no está hecha para eso. Tú eres demasiado joven para haber conocido al señor Barante, allá

cuando estaba en boga. Había resucitado aquella antigua sentencia *scribitur ad narrandum*, pretendiendo que la lección provechosa no se encuentra en las reflexiones del historiador, sino en la imparcial brutalidad del hecho desnudo. Ya puedes figurarte el éxito que esto tendría entre los que leen saltando páginas. Muchos escritores se tomaron el trabajo de refutar su sistema; pero se detuvo aquella imponente oleada de tinta cuando se probó que el señor Barante disertaba como cada hijo de vecino siempre que le caía la ocasión, y que no había nada en el fondo de su nuevo sistema, sino aquella vieja treta de exclamar: «¡no disertemos!» cada vez que había tenido necesidad de disertar. Yo por mí, confieso francamente que si no tuviera nada que probar, me callaría. *Scribitur ad probandum* sería mi divisa si yo mereciera tener una divisa, ó cuando mucho, permitiría «escribir para narrar» á condición de «narrar para probar.»

Ya te lo he dicho desde el comienzo de mi primera narración; yo he querido mostrar en el conjunto de mis recuerdos la conversión, beneficio supremo de Dios, ó más bien, Dios mismo caminando con paso misterioso á través de los acontecimientos que forman la vida de un hombre, depositando un germen bajo cada suceso y aprovechándose de toda

felicidad y principalmente de toda desgracia para marcar la vía por donde Dios desciende al hombre y por donde el hombre ha de subir á Dios.

No hay nada más que Dios en todo eso. Y si alguna vez me acontece invertir el orden de los tiempos como lo hago aquí hablándote de Pedro Blot, cuya aventura, posterior á mi conversion, no debía entrar en mi cuadro, es porque Pedro Blot, según el orden simétrico de mis ideas, corresponde á Tartufa-pagano, y Tartufa-pagano fué después de Dios el más poderoso obrero de mi salvacion.

La misericordia divina toma, en efecto, los corazones según son en sí. La caridad convierte á las almas buenas: las otras, como la mía, que no es buena (¡Vos lo sabeis, Jesús mio!) necesitan que el mal, providencialmente manejado, las suscite por medio de ese reverso de la generosidad que se llama la indignacion.

El odio instintivo que yo tengo á la culebra, me ha servido tanto ó acaso más que mi afeccion demasiado tibia hacia el pobre animal á quien devora.

Yo cónocía á Tartufa antes de toparme con Pedro Blot. Tartufa me había ya hecho derramar lágrimas de sangre, y ya llevaba yo luto por mi hija martirizada.....

Mas ¿para qué quiero defender aquí mi cronolo-

gía? No es un libro lo que te voy dando, sino lo necesario para hacer el libro del viaje de Dios en busca de un alma. Tú dispondrás como quieras estas piedras y tú las labrarás á tu modo.

Te iba diciendo que nuestro primer episodio, *la muerte del padre*, no estaba hecho para provocar ese enternecimiento un tanto frívolo que nos acomete en el teatro y que se traduce en un torrente de lágrimas contagiosas que humedecen á la vez trescientas docenas de pañuelos que han ido allí con la decidida intencion de humedecerse y que se vuelven descontentos si no se les hace recibir lágrimas en el peso y medida correspondientes al precio de las localidades. De todos los juegos de pluma, odiosamente fáciles, bien sabes que el más simple es el que consiste en humedecer el pañuelo de los espectadores del domingo en el *boulevard*. Sujetos hay á quien la explotacion de las lágrimas ha elevado al rango de notables comerciantes literarios, y no serían capaces de responder en el examen de los estudiantes de segundo año de Instituto.

En nuestros días ¡ay me! las lágrimas, esas perlas del corazon, están envilecidas, como todas las cosas, por el tráfico, y yo desconfío de ellas.

No; la relacion de la última hora de mi padre no está «hecha para eso», como tú has dicho; no es

una lamentacion; es un cántico de accion de gracias. No es tampoco la caida de la tarde de un hermoso día; es la aurora de un día espléndido.

Y aquí tienes por qué precisamente esta etapa marca con un jalón tan brillante como un faro el camino de mi retorno á la esperanza; porque me llegó una vez la hora en que, en medio de un inmenso desfallecimiento de todo mi ser y en la oscura noche que me envolvía, ví lucir esa sonrisa del pasado, esa muerte blanca como un bautismo, y me dije: ya sé dónde está el puerto, y conozco la corriente que lleva á ese puerto.

De este pensamiento, á la voluntad de dejarme llevar hacia el puerto, frágil despojo, náufrago perdido entre las olas, no había más que una lágrima, y Dios la esprimió ardiente de mi corazón para hacerla asomar á mis ojos; pero una verdadera lágrima que no se la podría acuñar para el teatro.....

Parece que en el momento en que acababas de repetirles mi relacion en tu casa, todo el mundo te preguntó por la continuación, y que tú les respondiste de muy mal humor: «La continuacion no la sé, porque ese bruto de Juan me ha dejado aquí con la boca abierta.....»

Quise protestar contra la palabra bruto, pero Juan me detuvo con un gesto.

—No todos los días tiene uno la llave de los recuerdos,—me dijo.—Eso es un estado de gracia que viene á su hora. Hoy pensaba yo haber hablado á tus niños y á los míos de su primera comunión, de ese gran día que se va acercando para toda esta gentecilla menuda. ¿Pensais mucho en esto en tu casa?... Y en lugar de hablarles de su primera comunión, voy á hablarles de la mía, lo cual será mejor acaso. Pero antes necesito concluir con Pedro Blot y con su culebra. Continuemos.

Me costó en verdad algún trabajo el impedir á Pedro Blot que se suicidara: era eso para él como un punto de honor, y se representaba Adela aguardándole bajo no se qué forma y no sé en qué sitio. Porque ellos no creen en nada, es verdad; pero creen en todo. Explícatelo si puedes.

Niegan la inmortalidad del alma, y van al cementerio á hablar..... ¿con quién, ¡con quién entonces?

Después del entierro, en el que Pedro estuvo cabal en punto á decencia, sentimiento, y hasta respeto, empleó todo el resto del día en conversar con Adela en el campo santo. Allí tuve necesidad de ir á buscarle, ya entrada la noche.

Algo habló de tirarse al agua á la mañana siguiente desde el puente de Suresnes; mas la persistencia con que yo pensaba en él le maravillaba y le

conmovía. Cuando le dije que iba á estarme aún todo el día en Nanterre, me dió las gracias casi con entusiasmo, porque no se le ocultaba que era por causa suya. Durmió en casa de la misma señora y abrazó á Facio llorando. Magdalena le dijo:

—Este angelito acaso esté ya más adelantado que su padre. ¿Está usted bautizado siquiera?

—En la edad en que eso se hace—respondió Pedro—no era yo capaz de defenderme. He debido pasar por eso seguramente, pero no es mía la culpa.

Yo dormí todavía aquella noche en casa de mi amigo el doctor, que me abordó muy en serio en el terreno político, para decirme que el orden social tiene dos enemigos á cual más venenosos: Pedro Blot y yo; los radicales y los clericales; dos clases de malhechores igualmente dañosos; unos que obedecen al diablo y otros que obedecen á Dios. Para bien ser, hay que ir bordeando entre Dios y el diablo, pues toda prudencia consiste en el medio: tal era la filosofía del doctor.

A fuerza de bordear de esta manera esas pobres gentes, los liberales, acaban siempre por encontrarse con el escollo del despotismo ó con el de la anarquía, y allí encallan, gritando tan pronto ¡viva el orden! como ¡viva la libertad! El doctor admitía esto respecto al pasado; pero estaba seguro del por-

venir, que pertenecía á la cerveza de Nanterre.

Divertíame yo en probarle que Pedro Blot era hijo legítimo de su cantinela materialista, y que yo, el oscurantista, me pasaba la vida desde hace cuatrocientos años defendiendo á la autoridad, es decir, á la patria contra los facciosos de todo linaje, y que en cada revolucion los libres-asesinos andaban conmigo á hachazos y á tiros para celebrar el triunfo del progreso. Pero el doctor me llamó «sanguijuela del pueblo,» y me declaró que todavía no se me había guillotinado ni fusilado bastante.

—Si no fuera por ustedes—me dijo—ó mejor dicho, si no fuera por Dios, que es una exageracion, y por mi cuñado, que es su profeta, el mundo marcharía, porque ese es su oficio. Yo no quiero ni guillotina ni fusilamientos; yo por mí no haría mal ni á una mosca; pero mientras mi cuñado no sea liado como un fardo y puesto á la sombra, jamás tendremos paz en Francia.

Era este doctor de carácter tan alegre que casi no se sabía cuándo hablaba en broma ni cuándo expresaba con sinceridad su pensamiento; mas esto no impedía ver el fondo de su doctrina. Para él Francia se encarnaba en la cervecería de Nanterre, frecuentada por «la clase ilustrada», todos hombres de bien que sabían leer el periódico que vende al

pormenor cura cocido; todos liberales, tolerantes y hasta generosos, mientras que no se trata ni de Pedro Blot ni de los clericales; con un miedo horroroso á los salteadores, pero aborreciendo á los gendarmes; tirando piedras al gobierno y acariciando al motín que les haga temblar de susto; muy orgullosos de su bienestar, desconfiando de los que son más pobres que ellos, odiando á los que son más ricos..... ¡Ibetot, en una palabra: el reino, la parroquia, la república de Ibetot! Todo el talento y todo el corazón de Ibetot, toda la política y toda la poesía de Beranger, Píndaro documentado de Ibetot, zapatilla montada en lira, musa coronada de laurel..... en salsa, y cuya aureola es un gorro de algodón, todo ribeteado de coplillas indecentes..... No os riais de Beranger, ni de su botella, ni de su parrá, ni de su liberalismo, ni de su lubricidad: no os riais de Ibetot. En Francia, en la patria de Corneille y de Hugo, Beranger es el poeta «nacional.....» Ibetot puede llegar á ser la capital de Francia.....

Ahora bien; Pedro Blot es un amargo dolor que aborrece á Dios y que blasfema contra Dios. Se puede hablar con Pedro Blot, nunca con Ibetot, que es una obesidad sin odio y sin amor; un vientre, una cosa que no se desazona ni siquiera con Dios.

El doctor y yo hemos quedado buenos amigos.

Le han dado una condecoracion, y no quiere que nadie diga mal del orden establecido. A lo más se permite hacer todavía de cuando en cuando desde el fondo de la cervecería de Ibetot una advertencia al Gobierno, para obligarle á desconfiar más y más del clericalismo. El es el que ha hecho y hará todas las revoluciones. Por causa de su cuñado.

¿Y Mazagrán? ¡Ah! Eso ya es harina de otro costal. Ese no se hace nunca conservador por un simple cintajo. Le han hecho diputado, le han hecho otra cosa mejor. La última vez que Pedro Blot vino á ver á Facio, llegó á mi casa todo salpicado por el coche ministerial de Mazagrán, y me dijo acepillándose: «¡Ah, farsante! Ha echado los tiranos afuera para ponerse él las botas, y la camisa y el gabán. Y todo continúa lo mismo que antes, salvo que ahora es él el que paga los polizontes.»

Lo más curioso es que Pedro Blot no se desama de Mazagrán por eso. Es la historia natural del sapo que ama á pesar de todo á la culebra. Evidentemente le gusta á Pedro Blot ser manteado por Mazagrán, y en cuanto Mazagrán desdeña el mantearle, Pedro Blot tiene sed de Mazagrán como del ajenjo, y aun creo que en materia de venenos prefiere á Mazagrán sobre el ajenjo, porque embrutece mejor y más aprisa.....

Callóse aquí Juan, y le pregunté:

—En resumidas cuentas ¿convertiste á Pedro Blot?

—Sí, sí—me respondió:—más de veinte veces.

No puedes formarte idea de la disposición de esos desgraciados para el bien como para el mal; pero Mazagrán ó los que le reemplazan en las reuniones cuando Mázagrán ha hecho su negocio, concluyen siempre por llevárselos con el aliciente del vicio.

El vicio es la fatalidad de los pobres.

Pedro Blot no se tiró al río desde el puente de Suresnes ni desde ninguna parte, y aceptó la plaza de guarda del cementerio, donde permaneció tranquilo cerca de dos meses.

Venía á ver á Facio cada ocho días á París, y Magdalena me decía: «¿Sabes que va á ser mejor que tú y que yo en cuanto cumpla con Pascua?»

Y verdaderamente estuvo muchas veces á punto de confesarse y comulgar. Una de las religiosas de Nanterre le había tomado por su cuenta. Sentía él hacia ella una afección parecida al culto, y también me quería mucho á mí. Pero en esto llegaron las elecciones memorables, que han hecho de Mazagrán un hombre de Estado.

Era poco antes de la guerra: abríase la egira de la borrachera. El boulevard, ese lugar maldito, cansado ya de elegancias, lavaba sus trapos en el

arroyo. *Figaro* compraba un gancho, alquilaba un cuévano y encendía una linterna para buscarse la vida por los muladares. El mismo *Journal des Debats*, ensayando seniles calaveradas, aprendía el arte de *aculotar* las pipas en el figon de los Bertines.

Francia titubeaba y vacilaba toda, porque Maza-grán, ya borracho, había exhumado del cementerio de Montmartre un órgano viejo de barbarie que sabía refunfuñar la *Marsellesa*.

Per espacio de tres semanas Pedro Blot bebió política cruda. Abandonó su plaza, y tornó á dominarle la enfermedad del ajenjo.

Así vegetó largo tiempo, viviendo en la miseria. De cuando en cuando daba una vuelta por Nanterre á ver á la religiosa, que se murió antes que él.

Entonces fué cuando le vimos el corazon. Cayó enfermo y vino á pasar la tiritona de la calentura á nuestra casa, donde Magdalena le cuidó como una madre. Mezclaba los dos recuerdos de Adela y de la religiosa; y allá á su manera rezaba algunas veces, aunque otras veces blasfemaba como por gusto, y hacía gala del odio que tenía á Dios.

Cuando refería lo que había sufrido en su vida, de verdad daba lástima. ¡Un martirio rudo y continuo sin abnegacion ni resignacion: enfermedad,

hambre, sed, frío, cólera, envidia..... ¡y jamás un átomo de esperanza!...

¡Ni una recompensa, ni un consuelo!

¡Ni siquiera un resto de confianza en los mismos que le habían arrancado el corazón!

Cuando estos víctimas de la estúpida ambición de Tartufa Catilina no llegan á ser positivamente facinerosos, hay que agradecerélos y admirarles.

Pedro se puso bueno y se fué y después volvió para marcharse de nuevo y volver á venir y volver á marchar.

Salvo el ajenjo, era sobrio como un dromedario, y vivía con nada: fué menester mucho tiempo para matarle.

Por fin un domingo por la mañana, el médico primero del Hospital, que continuaba siendo mi amigo aun después de mi ruina, *rara avis!* subió á mi casa, y me dijo:

—¿Es verdad que eres tú el camarada de un bribon rematado que se llama Pedro Blot?

—Sí, yo soy—le contesté,—y más que su camarada. Nos hemos frotado la nariz el uno contra el otro como los salvajes de Madagascar cuando hacen alianza, y somos hermanos en miseria. ¿Está enfermo?

—Sí; de una media docena de enfermedades

mortales. Nos le trajeron borracho el domingo á la tarde, y sin conocimiento. Cuando se le hizo volver en sí dió miedo á todo el mundo, y el enfermero que estaba de servicio, que no es santo ni mucho menos, se ha marchado aburrido de las infamias que vomitaba por aquella boca.

—No me extraña—le dije,—y sin embargo, todavía no es tan malo como otros muchos.

—Eso pretende Sor Vicenta, que se ha quedado sola con él. Excelente criatura; pero propensa como tú á la severidad para con el común de los pecadores y á la indulgencia para con los malvados.

—Todo depende de lo que se entienda por «malvado» y por «común de los pecadores». Jesús fué puesto en cruz por hombres muy comedidos y hubo al menos uno de los dos ladrones que no contribuyó nada á su tormento. Pero Pedro Blot ni siquiera es ladrón. No tiene la lepra más que en la piel.

—Todo lo que tú quieras; pero eso se pega.

—¿Y está en peligro de muerte?

—Hoy sí.

—¿De cuál de sus enfermedades?

—De ninguna. Se le va á hacer una operacion necesaria, pero gravísima, de la que probablemente no saldrá, porque tiene que durar diez horas.

—¿Y él ha manifestado deseo de verme?

—Si; ha dicho que aunque estuviera medio muerto irías por ver de animarle en el último instante.

Mi sabio e ilustre amigo se reía al decir esto.

Creo que se reiría de aquel pobre diablo y de su fatuidad. Porque ¿qué interés podía nadie tener en animarle?

Magdalena, que estaba oyendo sin despegar los labios, se me acercó y me dijo:

—Voy á ir contigo, si quieres; al cabo es el padre de Facio.

—¡Ah! ¡También ha hablado de su comadre Magdalena!—exclamó el doctor.—Buenos días, Magdalena. Y ha hablado de Fácio. Si cabemos todos en mi coche, vámonos.

Juan hizo una pausa en este pasaje. Tenía los ojos medio cerrados, y, pasado un momento, comenzó á hablar como distraído.

—Ando rebuscando por acá dentro—me dijo,—por la historia que he prometido á los niños. La del pobre Pedro Blot está casi acabada. No fui yo quien le consoló y animó en el último trance, sino Facio; y eso que no tiene nada de apóstol.

Facio llegaba á los cinco años y era un guapo rapaz, malo como la polilla. Su presencia en la casa había introducido algún desconcierto en nuestra vida de familia.

Y lo mismo sucedía con las salidas de Berta del colegio. No podía ser interés ni avaricia el disgusto de nuestros hijos, de Magdalena y míos, porque Facio no nos contaba nada: el teniente de alcalde de Nanterre, tan convicto como estaba de felonía para el *ilustrado* doctor, su cuñado, nos enviaba cada mes aun más de lo que Bonifacio comía; y en cuanto á Berta, se educaba á costa de la familia de Moy. Pero nuestros hijos y nuestras hijas, que se habían visto obligados á despajarse después de mi «naufragio», hacían mal humor al ver que otros estaban ocupando á nuestro lado el lugar suyo.

Ya me parece haberte dicho que todos estaban lejos; debo añadirte que todos estaban bastante bien colocados. Dos de las chicas estaban casadas, y dos muchachos también. El tercero de los hijos y la tercera de las niñas, muy jóvenes todavía, trabajaban en distintas casas; pero ambos en excelentes condiciones.

Como no había donde meterles á todos juntos en mi cueva, venían por tandas, y bien sabe Dios que eran bien recibidos. Ninguno de ellos era rico; pero ninguno era del todo pobre, y tengo el consuelo de poder decir que su modesto aoomodo también era debido á mí, en parte al menos, pues que los restos

de mi antigua influencia les habían acomodado á todos, desde el primero hasta el último.

Dios me había herido severamente, es verdad; pero su misericordia había suavizado el golpe para todos los que me eran queridos. Yo nada les daba, porque nada poseía, y porque tampoco necesitaban de nada; pero todo lo que tenían lo tenían por mí.

Todo esto parece una defensa, y quizás lo sea, porque se me ha acusado de haberme refugiado en el «egoísmo de los anacoretas», en la «holgazanería católica»: hasta se ha dicho que había abandonado á mis hijos.

Es la primera vez que me defiendo. Y será la última.

Mientras he tenido á uno solo de mis hijos desarmado contra las necesidades de la vida, he obligado á mi pluma á seguir adelante, á mi pobre pluma que no señalaba ya sobre el papel. Cuando he parado de escribir, era que ya no quedaba nadie que ayunara en mi casa más que Magdalena y yo.

—¿Estamos muertos de hambre? No; y hay todavía pobres que comen las migajas de nuestras migajas. Porque aun tengo mis pobres, lo mismo que cuando el público me pagaba por mis rapsodias cien mil francos al año.

¡Qué bueno es Dios! ¡qué bueno! ¿Por qué un

vencido como yo, colmado de paz y temiendo sufrir demasiado poco al pié de la cruz, no ha de poder hacer la limosna de su felicidad á los vencedores de este mundo?... Pues yo bien sé lo que sufren, porque he sido tambien vencedor y torturado por la victoria.—¡Mas con qué desdén hubiera yo rechazado lejos de mí á cualquiera que me hubiera dicho entonces que pusiera mi mayor felicidad en quebrantar mi orgullo, que era mi vida misma, la vida de mi vida!...

¿Y le he quebrantado de veras? ¡Señor! ¡arrancad de mi corazon hasta el orgullo de haber quebrantado mi orgullo!

Llegamos al Hospital Magdalena, Fácio y yo cuando iba á comenzar la operacion. El cirujano estaba ya en su puesto. El doctor nos dejó en el pasillo, por más que Fácio tuviera mucho deseo de ver. A los cinco años no tienen los niños nocion de la muerte ni casi del sufrimiento.

Magdalena rezaba. Yo por mí le pedía á Dios con fervor la palabra que derrite los corazones y reduce las conciencias.

La operacion duró unos quince minutos.

Fué, á lo que parecía, una operacion magistral y que tuvo el éxito más completo. El doctor estaba por ello conmovido cuando vino á buscarnos.

—Os prohibo estar más de tres minutos con el enfermo,—nos dijo,—y aun faltó á la consigna en permitiros entrar á verle. Hemos tenido un éxito asombroso; ya volveréis mañana. Este pobre hombre va á andar en los periódicos. No ha jurado ni gruñido, por más que el cloroformo no le hizo nada. Es un hombre de hierro.

¡Pobre amigo Blot! ¡Carcomido de la miseria y del vicio, de esas dos roñas alimentadas por la horrible industria de los que viven del odio!

Cuando entramos, Pedro estaba acostado en una cama muy blanca. La hermana de la caridad andaba alrededor de la cama y le elogiaba por su valor.

—Bien sabía yo que había de venir alguno de casa de ustedes,—me dijo sin casi menear los labios.—Soy atrocemente fuerte, pero con todo, de esta vez, se me figura que voy á liarlas para la Siria.

—¿Quiere usted que venga el capellan?—le preguntó la hermana de la caridad, que al ver la calma en que se había quedado desde la víspera, le miraba ya como convertido.

—Gracias,—respondió él de buen humor;—no gasto por ahora.

Y añadió guiñándome el ojo:

—¡No sabe más que eso!

La hermana, que estaba para retirarse, volvió

hacia él y besó la cruz de un rosario que sacó del bolsillo, diciendo con dulzura:

—Es verdad; no sé más que eso.

Y le alargó la cruz.

Pedro no se movió, y dejó caer los párpados sobre los ojos, pero sin alarde.

La hermana cogió en brazos á Fácio y le besó. Al volverle á posar, desenredó su rosario y se le metió por el cuello como jugando.

—Ya veo la historia,—murmuró Pedro Blot meneando la cabeza y sonriéndose;—me van ustedes á enredar cuando ya no pueda defenderme.

La religiosa se marchó en cuanto vió á Fácio llevar la cruz del rosario á los lábios.

Había allí algo que me oprimía el corazón de una manera terrible. No sé si he sentido alguna vez la presencia de Dios con más fuerza que en aquellos instantes.

Magdalena y yo nos aproximamos á la cama, y ella le cogió la mano á Pedro. Estábamos solos. A los pocos pasos, en el esconce de una ventana, había un jovencito que escribía sobre las rodillas.

—Es redactor del periódico de medicina,—me dijo Pedro;—escribe de prisa porque sale mañana. Hace diez años, que no se ha visto operación tan hermosa, según dicen.

Retiró la mano de entre las de Magdalena para tendérmela á mí, y en cuanto se apoderó de la mía me la estrechó vigorosamente. No era aquel apretón de manos el de un moribundo.

—Ha ido sin duda á buscarme la sotana—me dijo hablando de la hermana de la caridad.—Es una buena muchacha, pero muy tonta..... A estas horas Mazagrán almuerza en el ministerio á cuarenta pesetas el cubierto..... ¡farsante! Tiene talento, y es preciso que haya nacido de pie para vivir como en bodas á costa de todos los que sufren..... Con tal que esta pobre vieja de esta sociedad no le ahogue al darle á comer y á beber su propio contento..... Caro, sí, le costará á la sociedad; pero no tiene que hacer por su parte más que pagar el precio, y él se hará todo lo que hay que ser..... hasta gendarme..... ¡Calla! Ya el mata-sanos en capullo ha concluido de escribir cómo he sido *curado*.....

No había más amargura en la ironía de esta última palabra que en lo concerniente á Mazagrán, y Pedro continuó en seguida:

—Yo era muy fuerte, pero todo se gasta. Dénme ustedes ese «abejorro» para que le abrace.

Cogí á Facio, y conforme le levantaba, las sartas del rosario de la monja se chocaban y rugían.

Pedro frunció las cejas, y dijo mirando á Facio:

—Aquí está el retrato de la pobre Adela.

—Mira Juan—murmuró Magdalena;— con una palabra, como tú sabes decirlas, caería redondo este infeliz en brazos de Dios.

—Pedro—le pregunté yo;—¿ha oído usted lo que dice mi mujer?

Pedro abrazó á Facio con más ternura que nunca.

—¿Y se acuerda usted—añadí,—de lo que yo le decía en otro tiempo? Le solía decir á usted: «Está usted muy cerca de Dios. No hay nadie sino Dios que haya sufrido más que usted.....»

—Si viera claro ese Dios de ustedes—refunfuñó,—¿dejaría á Mazagrán hacer su negocio?.....

Magdalena le habló al oído á Facio, y éste cogió con las dos manos el rosario de la hermana y le pasó de un tirón al cuello de su padre con esa graciosa facilidad de los niños.

Pedro quedó asombrado; todavía quiso reírse, pero sus labios lo resistieron: estaban rígidos.

—Es una tontería—dijo,—aprovecharse de que uno no puede más..... Pero esto no hace mal ninguno..... ni bien tampoco. ¡Ah! si fuera verdad que hay alguien que ha sufrido por mí más que yo mismo y que ha muerto para hacerme en otra parte tan dichoso como aquí he sido desgraciado, aunque éste fuera el Dios de ustedes..... se lo agradecería.....

Pero sí, búscale..... ¡Trabajos! ¡Y después trabajos!....
¡Y más tarde, todavía más trabajos!.... Esto es todo
lo que yo he tenido sobre la tierra. No se puede
creer en lo que es contra el sentido común.

—Pedro—le respondí,—los trabajos de usted en
la tierra son su riqueza de usted en el cielo. ¡Es
verdad que Dios ha muerto por usted! ¡Es verdad!
Yo se lo juro! Él es, su Salvador es el que le habla
á usted en el fondo de su conciencia quebrantada.
¡Amigo mío, amigo mío querido, no se amilane us-
ted: vea, crea y ame. Mírele usted por usted mismo
martirizado. Mire usted las cinco llagas de su cuer-
po y de su corazón que manan todavía la sangre de
nuestro rescate en esta hora mucho más preciosa
para usted que la reunión de todos los siglos. ¡Mí-
rele usted! Dígale usted tan sólo: «¡Padre mío, pa-
dre mío, padre mío!»

Humedeciéronsele los ojos, y en cada uno de
ellos brilló una lágrima. Y sus labios tocaron la
cruz voluntariamente, mas con recelo. Entonces
le entendí con indecible sorpresa, ó por lo menos
creí entenderle que balbuciaba:

—¡Padre mío, yo os perdono!

Sufrió un estremecimiento terrible. ¡Dios mío!
¡Perdonar á Dios! y exclamé:

—No es eso, pobre amigo mío, no es eso.

Pero me detuve, porque parecía como que una voz interior me gritaba: «¡Ya llama á Dios su padre! ¡Ya ha cesado de odiar á Dios! ¡Ya ama á Dios!»

Y parecíame que experimentaba yo una partecica de la alegría de Dios.

En este momento dijo Pedro (y le oí solo yo, porque Magdalena se había ya ido á encontrarse con la hermana y con el capellan):

—Madre mía.....

Me incliné para oírle, porque hablaba muy bajo, y pude comprender que repetía otra vez:

—Yo os perdono.....

Así aquel extraño pensamiento que acababa de atribular mi espíritu, el perdón concedido á Dios, era probablemente una ilusión mía, nacida del hecho de haber pronunciado Pedro la frase «Padre mio» en seguida después de mí, que había aplicado el mismo nombre á Dios.

Las otras palabras «Madre mía, os perdono,» daban ya sentido diferente á las primeras.

Pedro había hablado antes seguramente de su padre terreno, puesto que ahora hablaba de su madre; y á su padre terrenal debía ser á quien había antes perdonado.....

Quiero manifestar todo lo que pasaba por mí en aquel instante en que me sentí cristiano por la ca-

ridad, hasta las más íntimas fibras de mi ser, más y mejor aun que en todas las demás horas de mi vida, tan ardientemente deseosa de pertenecer á Dios toda entera.

Pedro, en sus largos días de odio desesperado, había tenido tres rencores principales, de los cuales dos, los que se dirigían contra su padre y su madre desconocidos, daban forma, á su rebelion contra la sociedad. El tercero se dirigía á Dios, casi tan desconocido para él como sus padres; y estos tres resentimientos, malos, pero no inexplicables, habían abierto el abismo de su miseria moral, harto más hondo que el de su miseria material.

Motivos había para creer que su perdon de ahora era para aquel hombre y aquella mujer, para sus desnaturalizados padres, que con su traición, le habían arrojado al suplicio de los abandonados; y en este caso, Pedro, mi pobre idiota de París, había salvado de un salto, que puede llamarse prodigioso, el precipicio que separaba su odio inveterado, amargo, gangrenoso, el ódio que había constituido toda su existencia, de la verdadera y perfecta caridad divina.

Pedro era grande de todos modos, y ahora tocaba del primer vuelo, según sucede con frecuencia en el adorable milagro de la buena muerte, tocaba,

digo, á lo sobrehumano, á la sublimidad cristiana.

¿Era así realmente? No lo sé. Suele uno juzgar á los hombres tal como les ha visto. Yo había visto á Pedro Blot enteramente otro. Allá detrás del Monte-Valeriano, metido en el saco, me había dado miedo; pero era más que nada por la negra, desoladora y densa oscuridad en que yacía....

La desgracia de Pedro era como si dijéramos *supina*. Nada le aliviaba. Dios se lo había negado todo, hasta el lado punzante y trágico del tormento que tanto ayuda al alma á levantarse. Tan cierto es esto, que tú mismo has debido preguntarte más de una vez por qué dedico yo tan enérgica compasión á las desolaciones vulgares.

He pronunciado la palabra, y no hay otra: en Pedro todo era *supino*, salvo una maldita migaja de excentricidad, como aquel suicidio por medio del agenjo, que era doblemente *supino*, hasta el extremo de llegar á producir el especial asombro que nace de un exceso de estupidez.

Poesía no había nada en él, ni pretexto para la poesía. Pedro no era ni siquiera un pillete; bien lejos de ser un malvado que se prestara á la indignación lírica. Era un desgraciado nada más.

Me costaba, pues, no poco trabajo creer que se hubiera crecido de aquella manera repentinamente,

que se hubiera transformado y depurado hasta lo admirable, hasta la piedad inverosímil del hijo desamparado y muerto en su desamparo, á fuego lento, que perdona á su padre y á su madre, autores de aquella angustia tan larga como su vida.

Y les perdonaba por sí mismo, aparte de toda otra causa exterior, sin que nadie le hubiera dicho: «es menester perdonar», sin haberles encontrado ni haberles visto, sin peripecias y por consiguiente sin drama, y por el solo poder de la iluminacion suprema..... Te digo todo esto para explicarte, para disculpar la irresistible fuerza que me llevaba al otro miembro de la alternativa, al primero, *al perdón á Dios*, no porque esta idea fuera menos extraña, al contrario, espantaba mi propia conciencia; sino porque me parecía más vecina de la salvaje ignorancia de Pedro, más acomodada á su orgullo populachero, y también sin duda porque *era mía*.....

Sea de esto lo que quiera, renuncio á decirte lo profundo de mi emocion y la intensidad de la plegaria que de mi corazón brotaba. Besaba yo la mano de Pedro, que tenía apuñada la cruz; pero él no sentía mi beso, ó por lo menos nada en él indicaba que percibiera el contacto de mis labios.

Volví la cabeza al ruido de los pasos del capellán que venía con la hermana.

La máscara de la muerte se había colocado de un golpe sobre la faz de Pedro, más no podía uno equivocarse ante el movimiento de sus labios, que ahora se apegaban á la cruz con gran ardor voluntario y visible.

—¡Arrepíentase de sus pecados, hermano!—le dijo el sacerdote precipitadamente, pues creía llegar ya tarde.

—¡Ya lo ha hecho!—murmuró Magdalena detrás de él.—¡Ya lo ha hecho, y bien, á fé mia!

Estaba Magdalena todavía en la idea del *perdon á Dios*, pues que no había podido oír las últimas palabras de Pedro Blot que se referían á su madre, y debió expresarse con tan marcado tono de ironía, que el capellan la miró con severidad mezclada de estupor, como si la hubiera oído una blasfemia.

Mi pobre Magdalena, que no está muy fuerte en teología, escondió la cabeza entre las manos, apoyados los codos á los pies de la cama, y añadió con dulzura:

—Ande usted; no tema: déle usted la absolucion. ¿Por ventura Aquel de quien él hablaba no entiende todos los idiomas? Pedro ha perdonado al mal que ha sufrido y al mal que ha hecho. Lo cual quiere decir sencillamente que quiere ser perdonado, sino que la lengua le ha trocado las palabras..... ¿Piensa

usted que la bondad del Corazon de Jesús se va á quedar en deuda con este pobre corazon?

Yo en tanto rezaba con todo el fervor de mi alma. No sabía yo más ni quería saber más que Magdalena, ó mejor dicho, era del mismo parecer que ella, hasta en lo más recóndito de mi fe. Parecíame estar viendo aquel Corazon de amor dulce y humilde y todo rodeado de llamas que truecan el estiércol en oro puro.....

Juan hizo aquí una pausa. Sus ojos buscaban el cielo á través del follaje; su mirada tierna como la de los ciegos, que ven, según se dice, en el interior de su alma, no reflejaba ya nada de las cosas de aquí abajo. Permaneció un instante en silencio, como si un pensamiento demasiado grande le hubiera ahogado las palabras. Cubrióse de carmín su habitual palidez. Todo su sér parecía que vibraba; nunca había visto yo al recogimiento trascender así al exterior de un hombre.

De repente le asomó una lágrima á los ojos.

—¡Ah!—dijo muy bajito y con voz temblorosa:—tengo miedo de hablar. No me atrevo á decirte el cántico de reconciliacion entonado dentro de mí por el tartamudeo, por el *lapsus* quizá de esa ignorancia que *perdona* á la infinita luz de Dios. Si yo

me engañaba, que Jesús tenga misericordia. ¡Ah! Dios á los piés del pobre; el santo de los santos suplicando al más ínfimo de los pecadores! Porque Dios le *había suplicado*, de eso estaba yo bien seguro. Y aun veía inscrito en el esplendor eterno aquel pacto inaudito, escala de una palabra entre la suma debilidad y la Omnipotencia; aquel trato aceptado desde lo hondo de la agonía sobre la cama de un hospital por el miserable de los miserables; y he dicho aceptado, porque realmente había sido ofrecido desde lo alto del cielo por aquel que llena los mundos de la majestad de su gloria!

¡Oh, Dios mío, Dios mío, nuestro camino, nuestra vida y nuestra salud! ¡Dios de las misericordias sin límites, Dios de la cruz, Dios loco de amor! ¡Él os había perdonado! ¡Él, gusano de la tierra, á vos que sois Dios! Y este perdon, tan poca cosa como es, ante la riqueza de vuestro perdon inmenso, brotaba torrentes de misericordias.

¡Oh cuánto amáis, Dios mío, á los que andan arrastrando como Pedro Blot, abatidos bajo las humillaciones de este mundo! Tan cerca están de vos, que al menor movimiento tocan ya la herida de vuestros pies. Vos les igualáis casi á vos en la hermosa participacion de vuestra ternura, y se les puede decir como á vos en otro tiempo el Centurion:

Sed tantum dic verbo..... «¡Decid siquiera una sola palabra, oh vencidos de aquí abajo. ¡Tenéis un tesoro amontonado: no le dejéis perder por falta de una palabra!»

¡Oh, dichosos vosotros los desgraciados, los hollados..... grey esclava y maltratada por la rabia de los perros de Satanás, de los perros políticos, sociales, literarios, encarnizado; en vuestra ruina, porque vuestra ruina es su fortuna de un día, porque se hinchan sobre el monton de vuestros padecimientos, hasta la hartura de sus ciegas ambiciones! ¡Oh miserables, ardientemente queridos de Dios! Vosotros estáis desde toda la eternidad en su corazón, y desde toda la eternidad abaja él hasta vosotros los deseos de su ternura insaciable. ¡Pacientes, menesterosos, desdeñados; vosotros sois las glorias escogidas, los llamados antes que todos, los primogénitos, los preferidos, las almas adornadas con los esplendores nupciales del sufrimiento!

Por vosotros saludó el ángel á la Bendita entre todas las mujeres; por vosotros el misterio adorable de la Encarnacion exhaló aquel cántico de supremos triunfos entre los labios de María Inmaculada; por vosotros saltó de gozo Juan Bautista en las fecundas entrañas de la estéril; por vosotros guió y alumbró la estrella á los Magos y acudieron los

pastores, instruídos por la voz del cielo, alrededor de la cuna de humildad y de gloria en que dormía vuestro Rey, el Rey de los Reyes; por vosotros, José, que era el trabajo, la castidad, la grandeza y la obediencia, huyó á Egipto con el precioso depósito, afrenta y honor de su raza; por vosotros creció el divino niño en la oscuridad laboriosa; por vosotros el precursor, alimentado de ayuno y vestido de cilicio, abrió el camino del Desierto anunciando el Verbo del Padre; por vosotros, pobres, principales predestinados, salió Jesús de su oscuridad, sembrando sus caminos de milagros; por vosotros, ¡ah! por vosotros eligió doce discípulos parecidos á vosotros, y también por vosotros obró tantas maravillas en los cuerpos y en las almas de los semejantes á vosotros, purificándolos, curándolos, resucitándolos, y aposentándolos en lo más profundo de su corazón hasta poder decir hablando de vosotros: «Todo lo que á ellos se les diere, á mí mismo es á quien será dado.»

¡Oh pobres, que sois ricos con la inestimable opulencia que hay en la desnudez y en el hambre y en la sed y en el frío y en la humillación y en las lágrimas; hermanos de Jesús, hijos de Jesús, favorecidos de Jesús, herederos de su cruz, beneficiados con su preciosa sangre, corazones inundados por el

agua de la agonía y del amor que brotó de su costado abierto por la lanza! Vosotros, para quien el cielo es tan fácil y la tierra tan dura; vosotros que sois deseados, que sois implorados desde lo alto..... ¿Cómo puede hallarse entre vosotros un solo ser bastante insensato para rechazar lejos de sí su divino patrimonio y para trocar su derecho de primogenitura real por el vapor de un plato de lentejas?....

Conforme Juan me hablaba se iba haciendo más sonora su voz, que me envolvía y me bañaba, penetrante como el calor de su piedad hermosa. Todo lo que me dijo entonces lo guardo dentro de mí, y, sin embargo, no he podido reproducírtelo tal como él me lo dijo. Quizás he hecho mal hasta en intentarlo. Juan tenía boca de oro, pero era uno de esos elocuentes á quien nadie puede traducir.

Volvió á tomar el hilo de su narracion, y dijo:

—A otra pregunta del capellán, que pedía una señal de arrepentimiento, Pedro, cuyos ojos arrasados de lágrimas hablaban ya bastante, respondió con un movimiento de cabeza muy perceptible, y recibió en seguida la absolucion.

Mientras el sacerdote pronunciaba la fórmula de ésta, experimentó Pedro un estremecimiento interior que trastornó sus facciones con tal violencia,

que Facio, asustado, se echó para atrás; pero aquello no fué más que una pasajera convulsion, y en seguida volvió el enfermo á levantar la cabeza.

Me miró. Creí sentir el nombre de Adela vagar por sus labios; pero no fio mucho de mí.

La palabra «gracias» sí que salió de su boca, de esto estoy bien seguro, y la palabra «Dios», y oprimió la cruz del rosario contra su pecho, en tanto que sus ojos suplicaban.....

Todos estábamos de rodillas.

Hubo allí, como dice Magdalena, una ráfaga de claridad que pasó sobre él, y Facio tocó sus manecitas una contra otra, gritando:

—¡Papá se ha curado!

En aquel momento la cabeza de Pedro Blot tornó á caer sobre la almohada, y repitió por tres veces, con voz que se oyó hasta de lo último de la sala, la misma invocacion que yo le había dictado: «¡Padre mío! ¡Padre mío! ¡Padre mío!»

Y concluyó su carrera sobre la tierra.

Magdalena le abrazó y le cerró los ojos.

Cuando se levantó el capellán, una pobre anciana, cuya agonía duraba ya desde hacía cuarenta y ocho horas en la sala contigua, le llamó gritando:

—¡Yo también, yo también! ¡Ya le quiero!

Había rechazado hasta entonces los auxilios de

la Religión, recibiendo al sacerdote con groseros insultos cada vez que se la presentaba. Al llegar el capellán al lado de su cama, le dijo:

—Dios ha venido. El hombre ha rogado: yo también hallaré gracia.

Y se confesó entre lágrimas y sollozos.....

Como Juan no hablaba ya, le pregunté con harto desenfado queriendo disimular la emoción extraordinaria que sentía:

—¡Vamos! y ahora ¿me falta oír que consideras á Pedro Blot como un santo?

—Te falta oír,— me respondió,—que creo en Dios y en cada una de las partículas de Dios, si no es una impiedad el hablar así, aun en el sentido figurado, del Sér absoluto é invisible. Que creo en la rica porción de los desheredados, en los gozos prometidos á los que lloran, en la glorificación de los humildes, en el celestial desquite de los oprimidos. Dios está en todas partes, y el hecho milagroso de su presencia en todas partes, no puede seguramente ser disminuido ni aumentado. Y sin embargo, Dios *había venido* al Hospital, por más que ya estuviese allí, pasando á través de sí mismo, porque Dios se cierne, *más presente* en cierto modo por Jesucristo, Dios á la vez y Rey de los angeles

de Dios, sobre la suprema angustia de los que sufren, que son los huéspedes de su divino corazón. No estoy cierto de ninguna otra cosa más que de la misericordia infinita del Corazón de Dios. Y ¿quién será osado de responder categóricamente á tu pregunta? ¿Sabes tú acaso lo que es un santo?... Mas cada vez que recitó el salmo *Laudate pueri Dominum*, me acuerdo de Pedro y le veo «levantado fuera de su cieno (1)» por la mano del Herido adorable cuya sangre derramada es un oceano de gracia, y veo al padre de los pobres, al Rey de la gloria, enamorado de los atractivos de la miseria, coger á Pedro Blot, el último de entre los últimos «para colocarle entre los príncipes (2) de su pueblo.» En suma, yo ruego por él; pero tambien le ruego que ruegue por mí...

Juan siguió después de un rato de silencio:

—Al cruzar la sala para retirarnos, advertí que Magdalena no iba con nosotros. Fáció, á quien yo llevaba por la mano, me dijo:

—Se ha quedado allá atrás con un viejo.

Volví á deshacer las pisadas, y hallé en efecto á Magdalena hablando con un viejecillo enfermizo

(1) ... *de stercore eringens pauperem...*

(2) *Ut collocet eum cum principibus... populi sui.*

que no llevaba nada en la cabeza, ya toda calva, más que un hilo de bramante atado á manera de venda, sosteniéndole sobre los ojos una especie de pantalla verde. Un querubín rubio cubierto de andrajos le llevaba de la mano, porque él no veía.

En el momento en que yo llegaba se despedía de Magdalena para continuar su marcha, tambaleándose, hacia el otro extremo de la sala.

—¡Mira, mira, querido! me dijo mi mujer sonriendo y suspirando: es un *pobre de Pedro Blot* que viene nada ménos que de Curva-vía!

Y Bonifacio exclamó inmediatamente:

—Bien le conozco yo; es el antiguo noble á quien llevaban la sopa cuando vivía mamá Adela, y se enfadaba cuando la sopa no estaba buena.

—Me ha detenido,—continuó Magdalena,—para decirme con mucha cortesía: «Señora, yo no puedo leer los números, ¿quiere usted enseñarme la cama del *señor* Pedro Blot, que tiene el 16?»

—Ese ha tenido muchos miles,—dijo Fácio con aire de importancia.—Papá le llamaba «jesuita», pero nunca le dejaban sin su ración de sopa.

Magdalena le dió un abrazo, y continuó:

El viejo ha conocido á la *señora* Adela, y llora á mares hablando de Pedro y diciendo: «No tenía yo en el mundo más que á él.»

Nosotros también llorábamos.

Los naturalistas han escrito páginas hermosas sobre la prodigiosa grandeza de Dios, considerada sobre todo en los pormenores de las cosas infinitamente pequeñas. Nos muestran el animal que vive sobre la tierra, el insecto que vive sobre el animal, sobre el insecto el animalillo invisible, y sobre el invisible, no sé qué, que no tiene nombre, pero que vive.

De esta manera desciende aún más abajo y sube todavía más alto la escala del milagro del amor, desde la generosidad ilustre de un Rothschild, hasta la oscura compasión de Pedro Blot.

Y ¿qué cosas no veríamos,—te pregunto yo ahora,—si fuera posible que Midas, que es todo de oro, diese de su opulencia como Pedro Blot de su sopa?

Sucede en la sociedad lo mismo que en la naturaleza: en bajo es donde se ocultan los tesoros.

Las gentes que ven por ahí la tela grasienta y reluciente de mi gabán, apenas pueden contener la risa cuando me oyen hablar de «mis pobres.» Y tienen razón; porque la cosa no deja de tener gracia. Pues bien; *Pedro Blot era uno de mis pobres*, y PEDRO BLOT TENÍA SUS POBRES.

Y hay que añadir que la justicia de Dios invierte la escala milagrosa de que te hablaba hace

un momento, la escala de la caridad que es la escala misma de la salvacion.

Cada uno de nosotros, en definitiva, será recompensado en proporcion exacta del amor que haya tenido, es decir del sacrificio que haya ofrecido, y no conforme al valor material de la ofrenda.

Ochavo habrá quizás que valga más que todos los millones del Universo.

Y acontece que Creso, por generoso que sea, no habiendo podido nunca dar ni la más mínima parte de «lo necesario», permanece agobiado por sus bienes al pié de la escala, en tanto que Pedro Blot que ha tenido hambre suficiente para haberse comido la sopa que repartía, está en lo más alto, vecino del cielo, y no tiene más que decir, aunque sea muy bajito, cuando llegue el momento: «Aquí estoy, padre mio, soy yo.»

Hacía ya un rato que estaba yo viendo formarse del lado de la casa la procesion de los futuros oyentes de Juan. El partido del marro se había concluido, y los niños curiosos de saber, habían ido á buscar á mis hermanas, á mi mujer, á todas las autoridades que pudieran tener influencia sobre Juan para hacerle adelantar la hora de la historia.

Juan se había quedado pensativo buscando qui-

zás una frase de efecto para concluir su terrible paralelo entre la opulencia y la miseria; así es que no veía toda aquella gente formal y menuda que iba llegando por una de las calles del jardín.

—¡Calla!—dijo cuando al levantar los ojos se vió rodeado;—¿ya estáis aquí?

—Venimos á *La Primera Comunion*,—dijo mi mujer.

—Se nos ha prometido *La Primera Comunion*,—añadieron mis hermanas.

Y mientras cada cual se iba acomodando debajo del emparrado, lo más cerca posible del narrador, las palabras *Primera Comunion* corrían de todos los corazones á todos los lábios, despertando aquí un recuerdo profundo, allá una misteriosa esperanza, acariciando á todas las almas, difundiendo en el aire ese soplo encantado, perfume de incienso y de primavera, de fervor y de flores, de armonía y de abandono, de sacrificio y de alegría, ese olor de sublime adoracion esparcido en torno del festín en que los niños tienen la dicha de verse servidos por los angeles, ese aliento de Dios muriendo de amor, que por una hora que se le respire embalsama todos los días y todos los instantes de la vida.....

FIN DE PEDRO BLOT.



Se vende este libro á DOS PESETAS
en las principales librerías.

Los pedidos de fuera á la Librería Católica
de San José, Arenal, 20, Madrid

DELL'ISTORIA
DELLA
CIVILTÀ
DELLA
CIVILTÀ
DELLA
CIVILTÀ
DELLA
CIVILTÀ

6097